ÍÑIGO R. ROVIRA

# EL COLEGIO DE LOS ESPAÑOLES



# EL COLEGIO DE LOS ESPAÑOLES

Uesdan II

Iñigo R. Rovira

Derechos de autor © 2025 Iñigo R. Rovira

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

*A mi madre, valga la redundancia. Porque no creo que haya libro escrito que no esté dedicado a ellas.*

*«… quam domum, seu Collegium volo Domum Hispanicam nominari» … deseo que esa casa o Colegio se llame la Casa Española.*

TESTAMENTO DEL CARDENAL GIL ÁLVAREZ DE ALBORNOZ, 1364

# CONTENIDO


Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Epígrafe
Prefacio
Apertura
Capítulo I. El viaje
Capítulo II. El personal de servicio
Capítulo III. El colegio
Capítulo IV. Los colegiales
Capítulo V. Audentis fortuna aiuuat
Capítulo VI. No lesa majestad, no falsificación, no herejía
Capítulo VII. Educativo para niños
Capítulo VIII. La cámara diecisiete
Capítulo IX. Supra Magister
Capítulo X. Un peón
Capítulo XI. El granero
Capítulo XII. El tribunal
Capítulo XII+. La ruptura
Capítulo XIV. El algebrista
Capítulo XV. Planes

Capítulo XVI. In vino veritas
Capítulo XVII. Credenciales
Capítulo XVIII. Palomo y compañía
Capítulo XIX. Festina Lente
Capítulo XX. Celebraciones
Capítulo XXI. La cita
Capítulo XXII. El plan
Capítulo XXIII. Confesiones
Capítulo XXIV. Siguiendo el plan
Capítulo XXV. Improvisando
Capítulo XXVI. Vigilancia y secretos
Capítulo XXVII. Buenas impresiones
Capítulo XXVIII. Salida nocturna
Capítulo XXIX. Convalecencia
Capítulo XXX. Fundición
Capítulo XXXI. El tornaviaje
Nota del autor
Bonus: El puente de los pinos
Agradecimientos

# PREFACIO

Ignoro si Europa será un país dentro de unos años, pero sé que ahora existimos los europeos. Tampoco sé desde cuándo existe España, pero sé que en 1364 existían españoles. Esta historia de ficción va sobre algunos de ellos que en el año 1468 estudiaron en una institución llamada «San Clemente de los Españoles» ciento cuatro años después de su fundación. El colegio sobrevive hoy en día, y anualmente sigue doctorando a sus brillantes alumnos.

En Madrid, día de San Javier de 2024, IRR


Planta Baja
Via Bellfiora
Via Urbana
Via del Collegio
Via Saragozza
1. Entrada
2. Jardín
3. Cocina
4. Letrinas
5. Granero
6. Cámaras de los colegiales
7. Ecónomo


Planta Superior
Vía Bellsiora
Urbana
Vía del Collegio
Vía Zaragoza
8
7.
7.
7.
7.
7.
6.
5.
5.
5.
4
3.
2.
1.
1. Biblioteca
2. Comedor
3. Habitación nº 18
4. Habitación nº 17
5. Dependencias del rector
6. Sala de servidumbre
7. Dependencias hombres ilustres
8. Residencia de Moras.

# Primera Parte

# APERTURA

Escribo estas hojas en el año de nuestro señor de 1493 cuando lo vivido es mucho más que lo que me resta por vivir y en mi memoria perdura el recuerdo de la muchacha que hace muchos años dejé de ser. Tal vez el tiempo haya dulcificado la historia, pero así es como la recuerdo.

# CAPÍTULO I. EL VIAJE

¿Conocéis a alguien a quien le cueste decir que no? Así era yo. Incapaz de decir que no, aun a sabiendas de que lo iba a lamentar tarde o temprano. Esta historia va acerca de una de esas veces que me dejé llevar, que eligieron por mí, y a los pocos días ya estaba arrepentida. Pero ¿qué otra elección tenía una chica a la que le faltaban años para la veintena? Ese defecto me llevó a una aventura cuyo comienzo no pudo ser más desalentador. En especial, esos días de tedio, de abusos… Velatorios aparte, creo que fueron los más tristes que había vivido.

Cierro los ojos y aún me vienen los recuerdos de esas columnas del Colegio de los Españoles, en la ciudad de Bolonia, en los Estados Pontificios de Italia. De la balaustrada de su capilla, de la silueta de la ciudad cuando se miraba desde el tejado… El colegio había sido fundado por un cardenal español cuyo espíritu estuvo presente de una manera o de otra a lo largo de esta aventura.

Podría comenzar esta historia por el viaje, porque fue donde conocí a uno de los personajes que me influyeron para actuar como actué. Pero lo haré desde el principio, cuando en octubre del año de nuestro señor de 1468 yo servía en la colegiata de Roncesvalles, que ya se había reconstruido después del incendio que fue la causa de mi peregrinaje a Santiago.

A la colegiata llegaban peregrinos que iban de viaje y tornaviaje por el Camino de Santiago. Por lo regular, les ofrecíamos hospital, descanso y servicios religiosos. Gozaba de fama en toda la cristiandad, y a veces llegaban caballeros, prelados, obispos y gente de cierto rango. Un día, tal y como cuando llegó mi tío unos meses

antes, recibimos la visita de un caballero que pidió cita con la abadesa. Estuvieron reunidos toda la mañana, y mientras las demás hermanas cuchicheábamos sobre quién podría ser el visitante y cuál su propósito, pues teníamos claro que no era un peregrino, una de las hermanas, que en estas ocasiones hacía las labores de secretaria de la abadesa, me vino a buscar.

—Male, que dice la superiora que vayas.

—¿Otra peregrinación? —bromeaban las hermanas, porque la situación recordaba a la de mi tío antes del verano.

No estaban muy lejos. Aunque el viaje a Santiago en cierto modo había cambiado muchas cosas en mí, no estaba segura de querer repetirlo. Así que, cautelosa, llegué a las dependencias de la abadesa, pedí permiso y entré en la estancia donde me esperaban la superiora sentada en su despacho y el caballero sentado en una de las sillas de cortesía. Tras un gesto de la abadesa con el que me ofrecía la otra silla, tomé asiento. Escuché con atención, pues ni el tono de la abadesa ni su lenguaje solían ser el mismo cuando hablábamos entre hermanas que cuando había forasteros.

—Hermana Magdalena —dijo la reverenda en un tono dulce—. Este caballero es alguien importante. Hemos departido sobre las necesidades de nuestra orden y ciertos servicios que la corona de Castilla requiere. Hay una vacante libre de camarera en un colegio de las provincias papales del norte de Italia. Los requerimientos del trabajo encajan a la perfección con vos. Tiene que ser de los reinos de España, discreta y resuelta, que hable el castellano y entienda el latín…

—Pero reverenda, yo…, mi latín…, yo lo hablo muy mal…

Me arrepentí de interrumpir a la superiora en cuanto vi la severidad de su gesto, pero, sin reproche alguno, ella continuó:

—Precisamente por eso me parece que os viene como anillo al dedo. Vuestro latín es en verdad mejorable, pero es de los mejores de entre nuestras hermanas. Es de interés de nuestra comunidad que el latín no solo no se pierda, sino que se mejore. En ese colegio donde queremos mandaros están los doctores más eruditos de los que podéis aprender. Esos doctores no vienen a los conventos a enseñar, y desde luego no hay sitio para una mujer en la

universidad. Por otra parte, tenéis la experiencia de El Camino y el haber llegado hasta aquí desde los campos castellanos. ¡No me digáis ahora que no queréis correr una nueva aventura! Por eso, hermana, ya que sería de gran utilidad para nuestra comunidad, decidnos: ¿emprenderíais un nuevo viaje?

Ahí es cuando, en vez de responder un rotundo «¡no!», hice el ademán de subir los hombros y respondí de la misma manera que siempre lo hacía por aquella época:

—Vale.

Hubo un silencio, como si el caballero —iluso él— esperara una respuesta más elaborada por mi parte. Al ver que eso era todo lo que yo tenía que decir, el caballero se incorporó y comenzó a hablar mientras daba pequeños paseos por la estancia.

—Todos los gastos del viaje son a cargo del colegio y hemos dispuesto a la reverenda de algunos florines para que cubráis los imprevistos. Os uniréis a un colegial de una merindad cercana que pasará por aquí en su camino. El viaje os tomará varias semanas, pero los alojamientos y los transportes, incluido el marítimo, ya están arreglados, y os dejarán en la puerta del mismo colegio.

El caballero guardó silencio. Se aseguró que la puerta de la estancia estaba cerrada y, mientras volvía hacia mí, continuó hablando en un tono más bajo:

—Hay algo más. En ese colegio están ocurriendo cosas extrañas y tenéis que ser los ojos y los oídos de lo que pase allí dentro. Una vez que os establezcáis, se pondrá en contacto con vos una persona a la que tendréis que dar cuenta de lo que allí observéis. Esa persona me reportará vuestros progresos. No confiéis en nadie más. Como ya os ha dicho la reverenda, los estudiantes que allí residen son ya licenciados y serán grandes funcionarios, no hay ningún idiota, y de ahí la importancia de que vuestra tarea sea llevada con diligencia y discreción.

—Entiendo —dije por decir algo.

Busqué un gesto de complicidad mirando a la superiora, pero no encontré más que una señal dando a entender que hablaríamos más tarde. El caballero dejó de pasear al detenerse frente a mí. Me clavó su mirada y continuó con su alocución:

—El estudiante no está al corriente del propósito de vuestro viaje, y todo lo que sabrá es que, cuando haga noche aquí, alguien se unirá a su camino.

Me señaló con un gesto severo para advertirme:

—No sois su par. Él es un colegial y vos para todo el mundo no seréis más que una camarera interesada en aprender latín. Insisto en que debéis guardar el secreto hasta que vuestro contacto se identifique pronunciando las palabras «No hay cosa más cierta que la muerte», a lo que deberéis contestar con «ni cosa más incierta que la hora de ella». Memorizad la frase. En todo lo demás, estaréis al servicio de la gobernanta, a la que no comunicaréis el verdadero propósito de vuestra estancia. Tanto la reverenda madre como yo esperamos que realicéis los servicios que el trabajo requiera con la diligencia que esa institución merece. Recordad, y aquí os voy a insistir por si no ha quedado claro, que estaréis con la flor y nata de los estudiantes, que todos serán doctores en sus materias y están llamados a servir en la élite del funcionariado e iglesia de los reinos españoles. ¿Tenéis alguna duda?

Callé. No por falta de dudas, sino por falta de tiempo para ordenarlas todas en mi cabeza y exponerlas de manera coherente. Y otorgué.

—Pues no se hable más —concluyó el caballero—. Confío… confío en la confianza que la reverenda madre y otros seres queridos tienen en vos. No nos defraudéis —dijo mientras me volvía a señalar con gesto severo.

—Podéis retiraros, hermana —me ordenó la madre—. Ya hablaremos luego.

Hice una reverencia y me dispuse a abandonar las dependencias de la abadesa, cuando antes de abrir la puerta me volví, descarada de mí, y sin reprensión abrí la boca para decir:

—Disculpadme, caballero. Si tengo que reportar mis pesquisas, me gustaría saber a quién estoy reportando.

—Mi nombre es Gonzalo Chacón, y estaréis sirviendo a los reinos españoles.

De camino al dormitorio me pregunté qué demonios —que Dios me perdone— había pasado en esa sala, pero lo cierto es que ya

tenía una nueva aventura en ciernes.

No acabaron ahí todas las emociones del día. Cuando todavía estaba asimilando la conversación que habíamos tenido, una de las hermanas llamó a la puerta de mi celda. Me contó que me esperaban en la puerta de la colegiata. Cogí un sobretodo de abrigo, y cuando salí estaba el caballero Chacón junto a su caballo.

—Male —me llamó para mi sorpresa, pues solo los muy cercanos me nombraban de esa manera—, un viejo amigo mío me ha dado esto para vos. Me dijo que sabríais cómo usarlo.

Me guiñó un ojo, y del lateral del caballo sacó un largo y recio bastón. Lo miré con más atención y exclamé:

—¡UESDAN!, ¡ese es el bastón de mi tío!

Tomé el bastón con mimo y lo acaricié. Estaba algo cambiado. El tronco era el mismo, y uno de los extremos tenía el remache de la punta desgastada por el camino, tal y como lo recordaba. Sin embargo, el otro extremo tenía una funda en forma de bola de cuero que hacía una caperuza. Esa parte era nueva. Destapé la caperuza y una punta de lanza reluciente brilló ante mis ojos. La toqué con el índice, y al ver un pequeño punto de sangre en la yema, me lo llevé a la boca.

—¿Pero por qué? —pregunté confusa.

—Vuestro tío goza de buena salud —dijo el caballero sonriendo—: También me dio esta carta —me acercó un sobre lacrado y continuó —: Me dijo que no os lo entregara hasta que no os contara el motivo del viaje. Él estaba seguro de que no os negaríais. Al parecer, os conoce bien. Por cierto: ese bastón que ahora es vuestro es una buena lanza.

Montó al caballo, se despidió con un «que tengáis buen viaje», espoleó y partió camino abajo.

Volví a acariciar la caña. No podía creer que mi tío me lo hubiera regalado. Reparé en la carta que también me acababan de dar. Me fijé en el lacre y no había duda de su autenticidad.

La carta decía:

«*Querida Malena, por casualidad de la vida, me topé con mi viejo amigo Gonzalo Chacón. Servimos juntos con el condestable Álvaro de Luna. Él me puso al tanto de la situación del Colegio de los*

*Españoles. Buscando soluciones, fui yo quien le sugerí que contactara contigo. Chacón es un buen hombre y yo le volvería a confiar mi vida. Además, es gracias a él y a su amistad con la abadesa por lo que te mandamos a Roncesvalles. Haz lo que tengas que hacer para completar la misión que te encomiende. Aunque sé que a ti te gustaría seguir con el aprendizaje de las artes de caballería, creo que tu formación debe centrarse en el humanismo y la cultura clásica. Ningún sitio mejor que donde vas. Postdata. Te envío la más querida de mis armas, mi báculo UESDAN, para que te guíe más lejos y más arriba con la ayuda de Dios.*
*Te quiere tu tío GdQ*».

Tardé casi un día entero en poder volver a reunirme con la reverenda Enriqueta. Yo estaba llena de dudas, y, a pesar de la confianza y ánimos de mi tío, le expresé a la superiora mis vacilaciones:

—Reverenda, yo no creo que esté preparada para hacer lo que me pedís.

—Magdalena, el que tengáis esta oportunidad es la respuesta a mis plegarias. Nadie en la orden habla buen latín. Vientos nuevos han llegado a la cristiandad y la palabra de Dios se proclamará a los cuatro puntos cardinales con ese invento alemán para fabricar libros. Todo el saber universal estará al alcance de todo el que sepa leer. Ese saber está escrito en latín. La palabra de Dios está en latín; la leyenda, literalmente lo que hay que leer, está escrita en latín. Seréis mucho más útil a la orden e incluso a los peregrinos si dominái la lengua de los cultos.

—Pero ¿y todo eso de las cosas extrañas?

—Conozco a Chacón desde hace mucho tiempo. Podría ser el caballero más poderoso de Castilla; sin embargo, él siempre está en la sombra, pero para bien. No para la conspiración, sino para elegir lo mejor para el reino. Él quiere estar al tanto de lo que ocurre en el colegio, y está bien que le ayudéis, pero lo importante para nosotras y para vos es que dominéis —hizo una pausa y sus gestos me animaron a seguir…

—Sí, reverenda. Que domine el latín. Pero… ¿cuánto tiempo voy a estar allí? ¿Y si me sorprenden fisgando?

La madre Enriqueta sonrió, como hacía en estos casos, y dijo:

—Dios proveerá, hermana, recordad a San Mateo: Dios proveerá.

Tras la nueva conversación con la abadesa, que si de algo sabía era de monjas y que debía tener claro mis vocaciones mejor que yo, me encontré empaquetando mis pocas pertenencias y a la espera del estudiante de Sangüesa, que tardó pocos días en llegar.

Y así fue. Se presentó don Juan de Jaso con su pequeño séquito de dos pajes y su ligero equipaje. El navarro, según me dijo, era natural de Ultrapuertos, y aunque paraba más por las cercanías de Sangüesa, vivía a caballo entre las dos Navarras, la alta y la baja. En esta ocasión venía de Ultrapuertos, donde había recopilado algunos legajos de leyes y reclutado el par de fornidos pajes que nos escoltarían hasta la ciudad portuaria de Barcelona.

Juan era alto, pero poca cosa. Tímido y callado, no me atrevería a decir que estaba más animado que yo en el viaje que los caprichos del destino o la voluntad divina, y ese maldito defecto mío de no saber negarme, nos hicieron compartir. Culto en el lenguaje y en las formas —nunca oí de su boca blasfemia o palabra malsonante—, don Juan era de una de las familias más importantes de la merindad, y del único que tenía referencias cuando le conocí.

Partimos puerto abajo en un camino del que ya era una experta, pero antes de llegar a Pamplona nos desviamos hacia Sangüesa y todo fue nuevo para mí. De Sangüesa a Sos, Egea, y Zaragoza, con la obligada parada en el Pilar. Seguimos a favor del Ebro y luego contra el Segre. Pasamos por Lérida, Cervera, Igualada y llegamos al puerto de Barcelona con el alto justo en la Posada del Mar. Listos para embarcar hacia Génova en la Santa Fe, una nao parte de una escolta de varias embarcaciones que hacían la ruta del Mediterráneo, se nos unieron dos nuevos compañeros. Aunque ya le había visto en la posada, fue a bordo de la Santa Fe cuando de verdad conocí al segundo colegial, don Pedro Tallero, un portugués, originario de Braganza y afincado en Lisboa que viajaba con un amigo, el señor Palomo. Don Pedro era un estudiante de Digesto y Teología que la diócesis de Lisboa enviaba al colegio. El señor Palomo solo iba de comparsa de su amigo, porque tenía negocios que atender en Padua, cerca de Venecia.

Todavía me avergüenzo del miedo que pasé en la travesía, cuya mayoría de anécdotas omitiré, por no zaherir tanto a mi persona como a mi acompañante don Juan, que tenía de marinero lo mismo que yo, y de aventurero lo que yo de trovadora, solo las ganas y ninguna experiencia. Por tanto, coincidimos en nuestro bautismo marino, aprendimos juntos a que vomitar por sotavento no es la mejor de las ideas, y eso ya creó cierto lazo. Los portugueses, sin embargo —o el portugués Tallero, porque el señor Palomo nunca me dijo de dónde era—, estaban mucho más acostumbrados a la navegación, en especial este último. Para ellos, la travesía fue como cualquier otro viaje o incluso como otro día en el convento.

Los días fueron grises como el cielo que nos acompañaba, días tristes y aburridos pasaron, como pasaron los puertos de Marsella, Niza y Savona, hasta que una mañana arribamos a Génova para hacer noche en la taberna que teníamos acordada. Tal y como habría hecho al finalizar una etapa de peregrina, propuse a mis compañeros dejar nuestros enseres y darnos una vuelta por el burgo. Solo don Juan accedió, ya que los otros dos dijeron que tenían familiares en la ciudad y que los visitarían. El señor Palomo se despidió porque embarcaría para Venecia y don Pedro Tallero vendría por la noche a cenar. Con estas, solo don Juan y yo nos presentamos en el hospicio, donde nos acreditamos. El tabernero mostró familiaridad al ver los documentos y nos asignó dos alcobas en el piso superior.

Yo, que entonces creía estar acostumbrada al trasiego de extranjeros que pasaban por la colegiata, no estaba preparada para el bullicio de una ciudad portuaria y la cantidad de maleantes malencarados —*ciüsma* como los llamaba el señor Palomo— que pululan por las cercanías del puerto. En cuanto tuve ocasión, le hice saber al navarro que había cambiado de opinión y que prefería volver a la posada para encerrarme en mi alcoba, no sin antes rogarle que me avisara cuando fuera la cena.

En la alcoba, me pasé la tarde lamentando mi decisión de emprender ese viaje: «¡Es que soy idiota!», y mis lamentos continuaban con preguntas que me hacía: «¿Cómo me he metido en esto yo sola? ¿Quién me manda a mí decir que *vale*?» Harta del viaje

y harta de mortificarme entre las cuatro paredes de la sencilla estancia, en cuanto anocheció, decidí bajar al comedor para ver si servían la cena.

En el comedor, reconocí a mis compañeros de viaje, los tres sentados en una mesa, y me lancé en especial a don Juan para reprenderle que no me hubiera avisado, porque estaba segura de haberle pedido que no cenara sin mí. Fue cuando recordé el propósito de mi viaje y que no estaba entre pares. Pero no pude reprimir el comentario que hice.

—Caballeros, creía que no iban a dormir en la posada y que vos, señor Palomo, partiríais a Venecia.

El señor Palomo, en ese castellano cuyo acento no era capaz de clasificar, pero que seguro no era de la Tierra de Campos, me respondió:

—Esa era mi intención: navegar a Venecia. Pero este mistral hace que no haya muchas rutas, y no las habrá por lo menos en una semana. Ya que vais a Bolonia, he pensado en quedarme esta noche aquí para ver si puedo unirme a vos. Padua está a un par de jornadas de Bolonia, si consigo un buen caballo.

—Donde caben tres caben cuatro —sentenció Tallero.

El resto de la cena continuó con una amable conversación trivial de la que yo no participé, pues bien sabéis que tengo aprendida la lección del «oír, ver y callar», y cuyas formas y lenguaje cultivado contrastaban con la algarabía del resto del comedor. Las mesas que nos rodeaban eran crisoles de inculturas. Bastos marineros que gastaban la paga de semanas de faena en la mar en el vino más barato. Berreaban en idiomas ininteligibles cada vez que la bien entrada en carnes empleada de la posada se acercaba a rellenar sus jarras. Entonces las zarpas de los sedientos se abalanzaban sobre las partes más blandas de la anatomía de la sirviente. La empleada se defendía a jarrazos certeros, provocando los chichones y las injurias de los borrachos. Y no paraban hasta que el dolor del jarrazo era más fuerte que el placer del tacto, y se reían rogando a la posadera que no se enfadara. Pero lo que de veras los mantenía a raya era cuando la ducha empleada amenazaba con cortarles el suministro del vino. Entonces los malandrines se callaban por un rato y

enseguida encontraban cualquier otro motivo de distracción. Alguno, cuando vio que con la fornida pinchaba en hueso —si se me permite la metáfora, porque ningún hueso se veía entre tanta carne—, se fijó en otra de las pocas mujeres que estábamos allí, es decir, en mí. Me daban escalofríos al solo pensar que uno de esos se me acercara. Escudriñé a mi compañía y los dos estudiantes, flacos y enclenques, más interesados en las palabras que en la guerra, de manos blandas y lengua fina, no parecía que me pudieran dar protección alguna. El señor Palomo, aunque algo más fibroso, tampoco tenía maneras de un hombre de guerra. Ítem más, el ambiente y las conversaciones soeces de aquel tugurio, el olor a vinazo y el mal de tierra de tantas jornadas embarcada no me hacían sentir cómoda. En cuanto terminamos de cenar, me volví presta a encerrar en mi alcoba. Una vez en la estancia, puse todos los bultos que pude tapando la puerta, me tumbé en el jergón y me arropé con cuantas prendas de abrigo tuve a mano, pero el ruido de la juerga que tenían abajo no me dejaba dormir, así que tal y como había visto hacer a algunos peregrinos en los albergues de El Camino, con la cera de la vela, me hice unos tapones para los oídos y con el sueño acumulado que traía de la travesía, a pesar del mal de tierra galopante, me quedé dormida casi al instante.

Tan profundo fue el sueño que solo me desperté asqueada al notar el fétido aliento y el peso de una criatura nauseabunda que trataba de inmovilizarme y deslizar sus lascivas manos dentro de mi ropa de abrigo. Cuando grité por primera vez, retiró una mano de mi cuerpo y la puso tapándome la boca. Traté de morder la mano y me llevé dos bofetadas y algunos insultos. Sentí como el que ve a la parca en su cama; el alma se me congeló y el cuerpo no me obedecía, y cuando el agresor se estaba abriendo paso entre mis ropas, cerré los ojos y solo los abrí al sentir que el abusador desplomaba el peso de su cuerpo sobre mí tras escuchar el grito de un tercero:

—¡Aparta tus sucias manos, *hidepú*!

El señor Palomo le había dejado frito, rompiéndole en la cabeza un orinal, por suerte vacío.

—¿Estáis bien? —me preguntó.

—Sí —dije mientras me retiraba mis improvisados tapones.

—¿Os ha…?

—No, nada. Solo me ha toqueteado, pero gracias a Dios habéis aparecido.

—Oí los gritos —y tomando al borracho por los pies añadió—: Ayudadme a sacar a esta escoria de la alcoba. Y que dé gracias que no quepa por el ventanuco, que si no, lo defenestraba.

Entre los dos lo arrastramos hacia el distribuidor de las alcobas.

—Volved a encerraros y descansad. Voy a tener unas palabras con el posadero sobre cómo ese patán ha podido abrir vuestra puerta. Y dormid tranquila, joven, que yo lo haré aquí afuera con un ojo abierto y *cíüsma* como esa no volverá a incomodaros.

Y con un guiño se retiró, momento en el que yo —que Dios me perdone, porque no estoy arrepentida—, sin poder contener la ira, fui hacia el despojo inconsciente que yacía en el pasillo y le arreé un puntapié en sus partes. Aunque me quedé muy a gusto, apenas pude dormir el resto de la noche, que se tornó en un duermevela.

Por fin amaneció y, como estaba previsto, el carruaje del colegio esperaba para llevarnos a nuestro destino. Era una calesa verde cubierta con un techo negro que tenía cierta elegancia, pero sin mucha floritura. La puerta del carruaje lucía una imagen de un capelo rojo con las borlas colgando y en el centro un escudo de fondo blanco y una banda diagonal verde. El pescante del cochero era amplio y el tiro lo componía un cuarteto de caballos que se veían de posta. El señor Palomo tuvo unas palabras con el cochero mientras este estibaba el equipaje. Gesticulaban mucho con las manos mientras hablaban, y a mí me hacía mucha gracia. Luego desaparecieron los dos un momento, y, al regresar, el señor Palomo nos dijo:

—Viajaré con vos. Teníais razón, don Pedro. Donde caben tres, caben cuatro.

Yo todavía estaba conmocionada por los sucesos de la última noche y, atando cabos, decidí probar fortuna con el señor Palomo y descubrir si mi salvador era mi contacto, cosa que tenía todo el sentido. Cuando vi que tanto el portugués como el navarro estaban

ocupados en otras cosas, me acerqué a mi tercer acompañante y en voz baja traté de sacarle la contraseña.

—Señor Palomo, muchas gracias por lo de anoche. Una no sabe cuándo va a llegar la hora de su muerte.

Él me dirigió una mirada extraña y se limitó a contestar:

—*Prego.*

Su respuesta hizo darme cuenta de lo perdida que estaba y lo difícil que iba a resultar la misión que tenía encomendada.

Cuando el cochero terminó la estiba, se dirigió a nosotros gesticulando y diciendo:

—*Presto, non voglio*… —hizo una pausa y luego continuó tratando de comunicar con mucha expresividad gestual— *Montagna… Notte gelo… gelata.*

—Que nos demos prisa, que quiere pasar las montañas de día —tradujo el señor Palomo, aunque creo que lo habíamos entendido todos.

Por dentro el carruaje era cómodo. Estaba forrado con tapicería algo desgastada, pero de tela de calidad, y los asientos bien acolchados. Nos acomodamos los cuatro, uno por esquina del carruaje, y en esa posición pasamos cuatro días en los que las únicas paradas eran para cambiar los caballos. Paradas que aprovechábamos para aprovisionarnos de víveres, aliviar nuestras necesidades y las noches para dormir en las postas.

En cuanto amaneció el segundo día en el valle del Po, se puso a llover y no paró. El cuarto día, aburridos, hastiados e incluso con algo de miedo porque no sabíamos cómo sería nuestra nueva vida, creo que no abrimos la boca en todo el viaje. El traqueteo de la calesa, el tamborileo de la lluvia sobre la cubierta del vehículo y las toses y carraspeos de los otros tres ocupantes fueron los únicos ruidos.

Llevábamos tres semanas de viaje desde que dejé Roncesvalles y estaba harta. Yo no tenía alma de clausura, sino lo contrario. Me gustaban las historias de caballería y jugar en los campos de Castilla. Como he mencionado, apenas unos meses antes había peregrinado a Santiago junto a mi tío y me había llenado la cabeza con leyendas de caballeros, las virtudes de la caballería, y había

reavivado mis ganas de aventura. Sin embargo, nunca tuve dudas de que mi sitio estaba en cualquier lugar que pudiera servir y estaba a gusto con mis hermanas. Y allí me encontraba encerrada en un carruaje con tres hombres que apenas conocía y que estaban tan asustados como yo. Se estaba haciendo de noche, y el conductor habló en una mezcla de latín, castellano y emiliano sobre algo de luces y noche que no entendí muy bien.

—Dice el conductor que ve las luces de las torres. Que si seguimos de noche podemos llegar —tradujo Palomo.

—Sí, por Dios —dijo don Juan, leyéndome los pensamientos—. Tengo ganas de que este viaje termine ya.

Moví la cortinilla del ventanuco a ver si veía algo, pero nada. Así que volví a acurrucarme y resguardarme del frío, que empezaba a ser molesto. Un eterno rato más tarde, el coche se detuvo.

—*La Porta de Saragoza* —gritó el cochero.

—La puerta de Zaragoza. Hemos llegado. Bienvenidos a Bolonia —dijo el señor Palomo.

El retén de guardias a cargo de la vigilancia de la puerta reconoció tanto el carruaje como al cochero. El guardia que estaba al mando saludó, echó un rápido vistazo al interior de la calesa y ordenó abrir el rejado de la puerta de la ciudad.

—Yo me quedo aquí —dijo el señor Palomo—. En cuanto nos franqueen el paso, nuestros caminos se separarán. Quedo muy agradecido por el viaje.

Saludó cordialmente a don Juan, se dio un abrazo con el señor Tallero, tomó su equipaje y me volvió a guiñar un ojo. Yo no quería despedirme sin darle una muestra más de agradecimiento por lo ocurrido en la posada genovesa:

—Estoy en deuda con vos —dije. Hice una pausa y añadí—: Pero, señor Palomo, ¿dónde haréis la noche?

—No os preocupéis, voy a dar una sorpresa a un conocido. Que tengáis buena estancia —dijo despidiéndose.

—Id con Dios —respondí yo.

A los pocos pasos hicimos la parada definitiva. El carruaje se detuvo, el cochero se apeó y se refugió en un soportal donde golpeó con fuerza las aldabas de un portón. De noche, como era, nadie

atendió. Entonces volvió sobre sus pasos, cruzó la calle, se fue andando bajo otro soportal y golpeó la puerta de otro edificio gritando unas palabras, y sin esperar a que nadie respondiera, volvió a la calesa a descargar el equipaje. Cogí los bártulos y fui a refugiarme bajo el soportal de la última puerta que había llamado el conductor, tal y como lo habían hecho mis dos compañeros. La puerta se abrió y apareció una enjuta señora que, abrigándose, nos miró a los tres y, señalando primero al navarro Juan y después al portugués Tallero, dijo:

—Vos y vos, venid conmigo. Y vos —dijo dirigiéndose a mí— aguardad aquí, ¿clarico?

Los tres cruzaron la calle, la señora sacó un manojo de llaves, abrió el portón y se perdieron dentro. Yo me quedé sola, esperando tal y como me habían ordenado, de pie, frente a las paredes del Colegio de los Españoles. Al menos, el viaje ya estaba hecho. Entonces fue cuando escuché la voz del cochero, que todavía hurgaba entre las lonas del techo de la calesa:

—¡*Ragazza, ragazza, il bastone*!

—¡UESDAN! —grité—. Casi se me olvida.

# CAPÍTULO II. EL PERSONAL DE SERVICIO

Se me hizo eterno el tiempo que esperé a que la gobernanta apareciera bajo el soportal de enfrente. Cuando lo hizo, se abrigó, cruzó la calle y, antes de que ella dijera algo, me presenté. Ella se limitó a decirme que la acompañara y me remarcó que, de noche, solo los colegiales podían estar en el colegio.

La gobernanta, de nombre Virtudes, era una conquense sobria y severa a la que, como pronto percibí, no le gustaban las bromas. Alta, delgada y con una cara de facciones alargadas y prominente barbilla, me saludó con un tono seco:

—Venís con buenas referencias, espero no decepcionéis a aquellos que os han recomendado.

Aunque traté de decir un «sí, soy yo», la verdad es que me quedé muda y me limité a seguirla con los ojos bien abiertos en esa noche lluviosa.

A los pocos pasos llegamos a los soportales del edificio donde nos alojábamos las mujeres del personal de servicio. Paramos frente al portón, la gobernanta restregó bien los pies en el felpudo y fiscalizó como hacía yo lo propio con mis botas. Cuando creí que ya me había limpiado lo suficiente, me echó una mirada que me hizo repetir la operación. Entramos en el edificio y me indicó las escaleras.

—Vuestra celda es la tres. En el primer piso. Tenéis por compañera a una buena pieza que ya tengo que atar en corto. Espero que no me deis problemas. Acostaos. Y una cosa más: aquí nos guiamos por la hora de la *Torre dell'Orologio:* El reloj de la torre

de la plaza Mayor. Este ingenio no para ni de día ni de noche. A las seis de la mañana abrimos el colegio para empezar la faena, pero como sois nueva, os quiero a las cinco y media preparada en vuestra habitación para daros las instrucciones pertinentes.

Me debió notar dudosa, que lo estaba, y me aclaró eso del horario.

—Vamos a ver, niña. El colegio es lo más parecido a un convento. Al menos sabréis qué significa eso. Lo que llamáis hora prima yo lo llamo las seis, la misa de tercia es a las nueve, y tal, ¿clarico? Las campanas de toda la ciudad os recordarán la hora en la que estáis. Así que más vale que os acostumbréis pronto a cómo medimos aquí el tiempo. ¿Os ha quedado clarico? —no esperó mi respuesta—. Pues ale, idos a descansar el poco tiempo que vuestra tardía llegada nos deja.

Subí las escaleras buscando el número III y antes que mis nudillos golpearan la puerta, esta se abrió y la que iba a ser mi compañera de celda se apresuró a recibirme con no menos apresurada retahíla de preguntas:

—Vos sois la nueva, ¿no? Yo soy Beatriz, de Salamanca, vuestra nueva compañera. ¿De dónde venís? ¡Uf!, estáis mojada. Este es mi lado de la cama, os ayudo con el equipaje. ¡Uy! ¿Y este bastón?

—Eh, saludos, cuantas cosas, ¡cuántas preguntas!…

—¡Ja!, lo siento —cambió el tono de voz a susurros—. Es tarde, no hagamos ruido. Usad esta toalla y secaos bien. Ahí tenéis dobladas vuestras ropas de faena. Nos levantamos a las cinco y media porque a las seis…

—Me ha citado doña Virtudes a las…

—¡Ah! Ya has conocido a la «Seve».

—¿La «Seve»?

—Sí, la gobernanta. Aquí todo el mundo tiene mote. Y ella, menuda está hecha. Cuidado con ella, no seríais la primera que larga y pone de patitas en la calle. Pero bueno, no os voy a asustar. Si hacéis bien la faena, no os pondrá problemas.

Omití la opinión que tenía la gobernanta de mi nueva compañera y me limité a deshacer mi equipaje para colocar mis mudas y mis enseres en una de las baldas que Beatriz me había reservado y cuyo

espacio era aproximadamente un tercio de lo que ocupaban sus cosas.

—No me habéis contado qué hacéis con ese palo.

—Es una larga historia. Pero creo que mejor me acuesto, porque —como os decía— mañana la «Seve» me ha citado a las cinco y media.

—¡Ah, claro! Para daros instrucciones. Estad tranquila, yo os ayudaré en los primeros días.

Me sequé el pelo con la toalla y me atavié con la ropa nocturna. Mi compañera Beatriz se tumbó en el jergón y siguió hablando:

—No me habéis dicho cómo os llamáis ni de dónde venís.

—Me llamo Magdalena, aunque me llaman Malena o Male. Soy de la Tierra de Campos, pero ya llevo, o más bien, llevaba un tiempo sirviendo en la colegiata de Roncesvalles.

—¿Roncesvalles?, me suena, ¿está por la sierra?

—No, en los Pirineos, en el Camino francés de Santiago. Allí atendemos a los peregrinos —dije mientras me metía en la cama.

Beatriz se levantó y me volvió a interrumpir:

—Ah. Me encantaría ir a Santiago, pero queda tan lejos…

Extinguió la llama de las velas de la habitación, nos quedamos a oscuras y se metió en su lado de la cama; sin embargo, eso no significaba que fuera a guardar silencio.

—¿Habéis venido sola?

—No, vine con un navarro y un portugués que mañana empiezan en el colegio y…

—¡Novatos! —esta vez la interrupción fue con un susurro gritado mientras notaba que se volvía a incorporar—. Mañana será un gran día, no nos lo podemos perder.

—Si es que dormimos algo —dije para mí entre dientes.

Cerré los ojos tratando de dormir, pensando en qué me depararía el día, qué información relevante tendría que recalar y quién pronunciaría las palabras memorizadas «No hay cosa más cierta que la muerte».

Esa noche dormí mal, pero a las cinco y media estaba en la puerta de mi dormitorio, lista con la ropa de faena, tal y como me había citado la gobernanta. Ella también fue puntual. Desde abajo,

con un candil en la mano, me hizo gestos para que me acercara. Bajé las escaleras y me iluminó de arriba abajo, y con gesto serio me dijo:

—Acompañadme. ¿Sabéis algo del colegio?

—Que es el lugar donde viven los estudiantes que van a ser doctores, que son la flor y nata.

—¿Y sabéis vuestras funciones en el colegio?

—Todo lo que sé es que me pusiera a vuestras órdenes.

—Os lo voy a dejar muy clarico porque no me gusta repetir las cosas. El colegio lo fundó el cardenal Gil de Albornoz hace justo cien años. Y Dios mediante esperamos que dure al menos otros cien. Los veinticuatro colegiales son lo primero y todos los demás estamos a su servicio. Hay un rector, que vive también en el colegio, que es la máxima autoridad, aunque para vos la máxima autoridad soy yo, ¿clarico? Nosotras debemos tener el mínimo contacto con los colegiales, y por supuesto nada de tontear. Una palabra, ¡una mirada fuera de lugar y os pongo de patitas en la calle! Nuestro deber es procurar que todo esté listo para que los colegiales puedan llevar a cabo sus actividades. Pero os repito que, en cuanto a vos, aquí la que manda soy yo. ¿Clarico?

—Sí.

—A las seis de la mañana entramos y preparamos el desayuno. Luego recogemos y hacemos las cámaras de los colegiales. Cuando estéis trabajando en la cámara, el colegial no puede estar, y debéis trabajar siempre con la puerta abierta…

¡Madre mía! Citó una retahíla de reglas, prohibiciones y cuestiones de intendencia y logística de tal manera que cuando creía que había terminado comenzó con las funciones del resto del servicio. Lo único que me quedó claro es que había dos mozos que, junto con el cochero, el cocinero y su ayudante, también vivían en el colegio. Como personal externo estaban el ecónomo y el capellán de turno. Además, estaban los aparceros de las fincas propiedad de la institución, que iban y venían. El caso es que tuvimos tan prohibido hablar con los otros trabajadores que ni ellos se interesaron por nosotras ni nosotras por ellos, de tal manera que, con las

excepciones del entrañable cocinero y del portero, del resto, ni me acuerdo de sus nombres.

Terminó repitiéndome todo sobre como medían los tiempos, que lo hacían en horas con sus minutos y como cada actividad tenía el suyo, para terminar diciendo que de mí se esperaba puntualidad, limpieza, diligencia y silencio.

Luego dio un repaso a mi vestimenta y se entretuvo cerciorándose de que mi cofia estuviera bien puesta, mientras murmuraba:

—Eso es. El pelo siempre bien recogidico.

Durante toda la explicación estuve pensando la manera de hacerle alguna pregunta que me diera alguna pista sobre los «sucesos raros» que acontecían en el colegio. Por prudencia lancé una pregunta, por otro lado, a ver si sacaba algo.

—Señora, cuando me toque el día libre, ¿podré salir por la ciudad? ¿Es Bolonia un sitio seguro?

—¿No habéis empezado a trabajar y ya estáis pensando en vuestro tiempo libre? Pues vaya. ¡Empezamos bien! Qué sepáis que el burgo está a disposición de la universidad. Lo que más encontraréis son estudiantes o lo relacionado con estos. Aquí no hay razias ni algaradas. La mayoría de los crímenes son *vendette*. Aquí la gente es muy pasional.

—¿*Vendette*?

—Venganzas. ¡Ay!, si hacéis afrentas a alguien, no os lo perdonarán. Dicho todo esto, os recomiendo no salir sola. Los mismos colegiales tienen el deber de ir de dos en dos. Esto no nos afecta al servicio; aun así, insisto en que no salgáis sola. Pero basta ya de cháchara. Vamos a abrir el colegio, y a trabajar.

La «Seve» se asomó a la escalera y mirando hacia arriba gritó:

—¡Vamos, niñas!

Al instante bajó mi compañera de alcoba, Beatriz, y tras ella otras dos jóvenes que, con un uniforme al igual que el mío, se alinearon haciéndome entender que mi posición era a su lado. Frente a nosotras la gobernanta pasó revista. Se volvió a detener en mi cofia, hizo como que retocaba algo y cuando estuvo satisfecha dio un paso atrás. Mientras se paseaba por delante de nosotras

inspeccionándonos como si fuéramos su guardia pretoriana, dio las nuevas del día, que resultaron ser una advertencia para mí.

—Niñas, volvéis a ser cuatro y volvemos a tener los turnos regulares. Os presento a la postulante Magdalena —las dos que no conocía me miraron de reojo—. Viene de la colegiata de Roncesvalles, recomendada por un señor importante de Castilla y avalada por la superiora del convento. ¡Aunque no sé si nos la han mandado para quitársela de en medio! —di un respingo y me puse tiesa como un palo—. Ya le he advertido que aquí no se viene a holgazanear, así que, si veis que se retrasa en sus quehaceres, espero que no la cubráis. Bueno, ya estamos. Esperad aquí.

La «Seve», terminada la revista, se retiró a sus aposentos, momento que aprovechó mi compañera de celda, Beatriz, para soliviantar a las otras dos gesticulando y tratando de controlar la fuerza de su voz.

—¡Chicas!, ¡chicas! Que la nueva ha dicho que ha venido con dos novatos.

—Me llamo Magdalena, pero…

—¡Novatos! —me interrumpieron las otras dos al unísono mientras daban pequeños saltos de alegría.

—Decía que me llamo Magdalena, pero me llaman Male.

—¡Uy! No os preocupéis —dijo una de las dos—, para casi todos seréis la «Nueva».

—¡Ester! —reprendió Beatriz—. ¡No seáis mala! Malena, esta es Ester, de Huelva, y esta otra es Juana, de Burgos.

Juana hizo una graciosa reverencia para saludarme y Ester me sacó la lengua.

La gobernanta no tardó en volver con una capa de lluvia puesta que le tapaba desde la cabeza a los pies, y como un resorte las tres chicas se pusieron en fila de a uno mirando a la puerta. Yo me coloqué en el lugar que entendí que me correspondía, esto es, la última. La gobernanta encabezó la fila y se encorvó para agudizar la mirada y atinar la cerradura con la llave. Ester, la siguiente en la fila, aprovechó para hacer un escorzo y gesticular con la boca sin pronunciar sonido:

—¡No-va-tos! ¡No-va-tos!

# CAPÍTULO III. EL COLEGIO

Estaba oscuro y llovía cuando salimos de nuestra residencia. Anduvimos unos pasos bajo el soportal y cruzando la calle llegamos a un jardín que terminaba en otro soportal formado por seis arcos apoyados en grandes columnas de ladrillo que llamaban de orden toscano, por el que trepaban unas enredaderas. A cubierto e iluminados por un farol encerrado en una jaula que colgaba del techo del soportal, nos detuvimos frente a un portón de doble hoja, que era el que la noche anterior había aldabeado el cochero. El portón del colegio era grande y recio y estaba enmarcado en unos pilares que terminaban en arco de medio punto. A cada lado, dos amplias ventanas enrejadas y, bajo estas, dos tragaluces también enrejados, de lo que se adivinaba un sótano, que semanas más tarde supe muy bien que era un granero.

La «Seve» sacó un manojo de llaves recogidas en una gran arandela de metal y eligió la que parecía más grande. Insertó la llave, la giró varias vueltas y abrió el portón. Apenas franqueada la entrada nos encontramos en un zaguán dividido por un enrejado ornamental de hierro que hacía de cancela y que también fue abierta por el ama de las llaves. Atravesamos un pasillo al que llamaban *loggia*, con sendas puertas laterales, y entramos en un patio interior de forma cuadrada, llamado *cortile*, que era similar a los claustros de los grandes monasterios. Frente a nosotros, tenuemente iluminada, lo que se adivinaba una torre y el campanario de la capilla del colegio.

Mis tres compañeras rompieron la fila y se perdieron en sus tareas, mientras la «Seve» me dio lo que ella llamó un *giro* por las

dependencias del colegio. Empezamos por el patio.

—Esta —dijo mirando al frente— es la capilla de San Clemente…

Continuamos andando y visitando dependencias. Ahora, viéndolo desde lejos, digo que el colegio era y es como un monasterio, salvo que, en vez de oler a nabos cocidos, caldo aguado y hombres desterrados, este olía a cera, a tinta y a conocimiento.

El edificio principal, de dos pisos y organizado en torno al claustro cuadrado, tenía las cámaras de los colegiales en los laterales. Frente a la entrada se alzaban la iglesia y las habitaciones más ilustres; del lado de la entrada quedaban, entre otras, el refectorio, la biblioteca, las salas de esparcimiento y las cocinas.

La «Seve» comenzó a señalar a diestra y siniestra como molino de viento y a decirme donde estaban cada una de las dependencias. Perdí el hilo enseguida y lo recobré cuando se puso a hablar de las cámaras de los colegiales:

—Como veis, están numeradas. Cada pasillo que llamamos ala tiene seis cámaras. Hay cuatro alas, estas dos que ves aquí —dijo señalando a un lado y al otro—y otras dos en el piso de arriba. Cada una de vosotras os encargáis de un ala.

Y mientras yo estaba ensimismada mirando el claustro, volví a prestar atención cuando me dijo:

—Y de este pozo tendrás que sacar el agua cuando sea necesario.

En ese momento me volví a mirar a la gobernanta. Yo estaba confundida porque veía dos pozos, uno en una esquina y otro más grande en el centro, cuya armadura de hierro tenía los símbolos cardenalicios que tanto se repetían en la edificación. Así que pregunté:

—¿En qué pozo de los dos?

—En este, atontada —dijo señalando al del centro—. Este otro no es un pozo, sino una cisterna —dijo apuntando con el índice al brocal que había en la esquina—, no se comunica con el del centro. Debajo, en la cisterna, se filtran las aguas y sale muy pura. Es tan buena que hay días que vienen algunos boloñeses a pedirla y la ofrecemos sin miramientos.

Me fijé en el tejado en esa esquina. Era diferente al resto del claustro. Todo el tejado era a dos aguas, pero esa esquina hacía

bolado, lo que permitía al agua de lluvia precipitarse sobre el brocal de la cisterna. Luego, cuando vi el granero y la despensa, y días más tarde los campos, me di cuenta de la majestuosidad en cuanto a suficiencia de la obra del cardenal.

Había escampado y clareado y el colegio iba comenzando su actividad diaria cuando nos dirigimos a unos edificios contiguos, siempre dentro del recinto, donde estaban las caballerizas, las alcobas de los mozos y almacenes de cosas varias. Nuestra siguiente parada fue un almacén para coger los colchones y ropa de cama de los nuevos colegiales. La «Seve» me ordenó una lista de cosas que tenía que coger y luego me dio más instrucciones:

—Tienes que llevar para cada nuevo colegial. Primero llevas todo esto a la oficina del ecónomo. Luego, cuando el ecónomo te autorice, las llevas a las alcobas seis y trece, supongo que son las que están libres. Pero antes de sacar cualquier cosa del almacén es muy importante que le pidas permiso al ecónomo. De aquí no se saca nada sin su permiso. ¿Clarico? Vamos a verle. De momento toma un colchón y sígueme —me miró—. ¡El de lana no!, ese es para luego, el colchón de paja es el que quiero que lleves.

Mientras cerraba la puerta la oí decir entre dientes:

—Cada una que me traen más *embobadica* que es*.*

La oficina del ecónomo, que estaba en la planta baja, a continuación del ala de cámaras de estudiantes que está a la siniestra según se entra al colegio, acababa de abrir, y en una mesa, pluma de ganso en mano, vista sobre unos libros, una brillante tonsura se tornó en una prominente nariz cuando el escribiente levantó la cabeza para observar a quien perturbaba la paz de sus balances:

—Buenos días, doña Virtudes —reconoció a la «Seve»—. ¿Qué tenemos aquí?

—Es la nueva, Magdalena. Viene recomendada de Roncesvalles, no es mi elección.

—Magdalena, de la Tierra de Campos, para servirle —hice una torpe reverencia porque todavía seguía cargando el colchón.

—Traemos la ropa de cama para los nuevos colegiales —retomó la palabra la «Seve».

—Ajá —se limitó a asentir el ecónomo.

—¿Llevo esto a la alcoba seis? —pregunté intentando agradar y que mi iniciativa y disposición causaran buena impresión.

—¡Ni hablar! —me interrumpió el ecónomo con gesto severo—. ¡Nada sale de aquí sin la autorización de este ecónomo! Y aquí no autorizo nada hasta que los colegiales me firmen la entrega.

—¿Clarico? —preguntó la «Seve» con superioridad, añadiéndose a la reprimenda—. Lo dejáis aquí y volvéis a por el resto.

—También traedme una libra y media de aceite y un mazo de velas para cada uno. Y si veis a los nuevos que vengan a por su atuendo —añadió el ecónomo.

—Dos por cabeza —apostilló la «Seve»—. Balandrán, sotanilla, botines y quitasol.

Estuve yendo y viniendo del almacén a las oficinas del ecónomo mientras la «Seve» se quedaba de cháchara hasta que llegó la hora tercia, las nueve de la mañana, según las campanas que se oían en toda la ciudad. Todos los habitantes del colegio, excepto las mujeres, se metieron en la capilla de san Clemente a escuchar la misa. Ese rato lo aprovechamos para ir arreglando algunas de las cámaras. Cuando terminó la misa en una de mis idas y venidas de acá para allá me topé con mis dos compañeros de viaje. Ambos se dirigían a los dormitorios de los mozos, donde me enteré de que habían dormido, y los dos llevaban un sombrero de capirote.

—Don Juan, don Pedro, qué sombreros más ridículos, si me permitís que os lo diga. Espero que hayáis pasado buena noche.

—Callaos, Magdalena, callaos —dijo el portugués.

—Esto es un ultraje —añadió el navarro.

—Tampoco es tan grave, amigo Juan. Eso sí, Magdalena, menuda *nochezinha* nos han dado. Ahora nos han mandado al ecónomo, pero no sabemos dónde es.

—Yo os llevo —dije alegre de poder ser útil.

Les acerqué a la puerta del ecónomo y fui reprendida inmediatamente por la «Seve»:

—Aquí no se viene de cháchara. Venga, vamos a la faena.

La gobernanta escrutó sus vestimentas y, al fijarse en el capirote, hizo una mueca de satisfacción y en tono severo ordenó:

—Al almacén, a probarse el vestuario.

La gobernanta continuó dando palique al responsable de los bienes y cuentas, y yo acompañé al almacén a los colegiales. Los momentos en que se quedaba charlando con el ecónomo, que no eran pocos, eran los únicos que me dejaba sola. Cuando llegamos a la puerta del almacén, el portugués Tallero empezó con su desahogo:

—No nos han dejado dormir nada. A cada rato venían un par de colegiales a decirnos mamarrachadas. Nos han tirado agua, nos han embadurnado el cabello con vete tú a saber qué, nos han colocado estos capirotes y nos han prohibido quitárnoslos.

No dije nada, aunque me pareció horrible, y elegí dos balandranes de paño negro que se ajustaran a sus tallas, pues había varios tallajes donde elegir, así como las sotanillas. Eligieron los botines negros cada uno según su taya y me salí del almacén mientras ellos se probaban los nuevos uniformes. Al poco tiempo salieron los dos, enteramente de negro. Les entregué otro vestido completo tal y como había dicho el ecónomo y un quitasol por cabeza. El portugués lo miró, dudó y no hizo nada. El navarro Juan se quitó el capirote ante el asombro de su compañero y, orgulloso, se colocó el quitasol. No le duró mucho.

De vuelta en la puerta del ecónomo, nos cruzamos con un par de colegiales, y el más pequeño de estatura de la pareja, poniéndose de puntillas, alzó el brazo y le propinó una colleja al navarro, diciendo:

—¡Novato, el capirote, póntelo ya!

El quitasol del navarro voló por los aires, y su dueño —algo herido en su orgullo— hizo una mueca, metió el brazo por la parte de atrás de su vestido nuevo y con un gesto rápido desdobló su capirote y se lo colocó en la cabeza. Cuando los dos colegiales se alejaron riéndose orgullosos de su hazaña, el navarro se agachó, recogió el quitasol y se lo colocó detrás del vestido.

Por fin les pude presentar en la oficina del ecónomo, donde la «Seve» les repasó de arriba abajo y preguntó:

—¿Y las becas?

Al ver mi cara de sorpresa, añadió:

—Una banda paño de color Jacinto.

—¿Jacinto? —pregunté.

—Morado —respondió.

En otro viaje más al almacén —no sé los que llegué a hacer en esa mañana— volví orgullosa, con cuatro bandas de paño morado, perdón, jacinto. Tampoco acerté.

—Una sola beca por cabeza —me corrigió—. Total, no las pueden usar hasta que no sean colegiales de pleno derecho, pero es su responsabilidad cuidar de sus becas.

Cuando volví donde estaban los nuevos colegiales, estos se encontraban repasando sus enseres con el ecónomo, y la «Seve», al verme, habló para el oficinista:

—Bueno, nosotros vamos a seguir con la faena —y dirigiéndose a mí—: Seguidme, os voy a presentar al rector.

Cruzamos el claustro para subir las escaleras y llegar al piso de arriba. Al final de una de las alas, junto a la capilla, llegamos a la puerta de las dependencias del rector. Algunos colegiales se asomaban para ver la novedad. Entonces la «Seve» fiscalizó mi presencia, y no encontrando nada que retocar, amagó con enderezar mi ya estirada postura, y después de darse por vencida en cuanto a rectificarme algo más, se estiró ella misma, carraspeó y golpeó la puerta.

—¿Dais permiso, magíster?

—Pasad, doña Virtudes, ¿qué os trae por aquí?

—Quería presentaros a la nueva moza que nos ayudará con el servicio.

—Mi nombre es Magdalena —dije haciendo una reverencia—, soy de la Tierra de Campos, pero servía en la colegiata de Roncesvalles.

—Mi nombre es Pedro, de León, aunque sirvo en Bolonia —dijo el rector, al que mi presentación le debió hacer gracia.

—¿De León? Pasé por allí hace unos meses de camino a Santiago.

—Bueno, no os molestamos más —interrumpió la «Seve» incómoda.

—¿Una peregrina? —preguntó el rector con asombro—. Yo hice el camino justo antes de venir aquí —Abrió uno de los cajones y sacó orgulloso una concha—. Aquí tengo un recuerdo que me traje.

—Yo también me traje un recuerdo. Viajo con un bastón que me regaló mi tío.

—Ya me lo enseñaréis algún día.

Sonreí mientras la «Seve» me agarró del hombro y se despidió del rector diciendo:

—No os molestamos más.

Tirando de mi brazo, salimos de las dependencias y entre visitas, presentaciones y faenas, se nos fue parte de la mañana. La «Seve» me ordenó juntarme con las demás camareras para poner la mesa del refectorio. La dependencia del refectorio era una de las más amplias, estaba en el piso de arriba, justo encima del zaguán de la puerta por donde habíamos entrado al colegio. Junto a ella, una antesala de servicio para dejar la comida preparada que se subía del piso de abajo donde estaban las cocinas.

La vajilla del colegio era impresionante. En la cerámica estaba dibujado el escudo del cardenal, al que le cruzaba una banda verde, y sobre el escudo un capelo del que caían dos borlas, una a cada lado del escudo. Completa y con todo lujo de detalles, podría ser de una casa de alta alcurnia. No le faltaba de nada, y en verdad era un trabajo colocarlo todo. Por supuesto, con la supervisión de la «Seve», que no me quitaba ojo, y en cuanto tenía la más mínima conversación con mis compañeras, ahí estaba ella para amonestarme. Cuando terminamos, la gobernanta me dio una orden más.

—Es la hora del primer aviso. Id a tocar la campana que está en la esquina del *cortile*, donde la cisterna. Luego, os acercáis a cocinas y preguntad si necesitan algo. Suelen pedir más agua. En caso de que así fuera, haced lo que os manden. Y en un cuarto de hora, lo podéis ver en el reloj de la torre, cuando esté lista la comida, que lo estará, vuelves a tocar. ¿Clarico?

—Sí, señora.

Bajé las escaleras hacia el patio y me dirigí a la cisterna. Vi el cordel que colgaba de una campanilla que estaba anclada en la esquina justo por debajo del techo volado y tiré con decisión varias veces. Detrás de mí, estaban las cocinas y me dirigí allí a ver si necesitaban algo.

Cuando fui a primera hora del día me habían presentado al cocinero, Giorgio dal Fiume, que era originario de la sierra del Guadarrama, pero que llevaba tantos años en Bolonia que se había cambiado el nombre. Giorgio estaba terminando de sofreír una carne. Parecía muy ocupado en sus labores y sentí interrumpirle.

—Don Giorgio, me mandan a preguntar si necesitáis agua o algo.

—Ah, la nueva. Giorgio, mi nombre es Giorgio a secas, el don es para todos los demás. Mirad, probad esto.

Me dio a probar de una cuchara de madera un guiso de carne humeante. Me sorprendió lo bueno que estaba. Al ver mi cara de felicidad, el orgulloso boloñés de adopción no dudó en presumir:

—Es una receta típica de aquí. Primero aso manteca en aceite, luego echo panceta, zanahoria, una cebolla, lo dejo al fuego un rato y añado carne picada de cerdo y después de ternera. Y mi toque personal: un buen chorro de vino —dijo con cara de felicidad—. A los colegiales les encanta. Por ellos comerían esto todos los días, pero a mí me gusta variar.

—Pues está delicioso.

Me quedé un rato fisgando, ya que ahora disponía de más tiempo que en mi primera visita matutina, y además no tenía en la nuca los ojos vigilantes de la «Seve».

La cocina tenía varios fuegos, un horno, una pila enorme donde fregar la vajilla, un sinfín de cuchillos, cazuelas, cazos, ollas y sartenes limpias y brillantes. Todos los artilugios colgaban guardando jerarquía de tamaño en una armonía de brillos. Ristras de ajos y cebollas, bandejas, jarrones con hierbas aromáticas... Todo lo que un cocinero que disfrutara de su oficio podría imaginar. Y Giorgio disfrutaba trabajando, y yo viéndolo cocinar. Sin parar de hacer sus cosas, me contó como si nada:

—Todos los ingredientes vienen de los campos que tiene el colegio en Baricella, a una jornada de aquí. Cada dos días viene un carro con la carne, las verduras y la harina. El pan lo cocemos nosotros mismos. No está mal, ¿eh?

Yo no había visto abundancia igual en mi vida, y no solo por la cantidad, sino por la calidad, la frescura y el brillo de las viandas. ¡Todo brillaba en esa cocina! Me quedé muda.

—Impresiona, ¿eh? —insistió el cocinero, y siguió presumiendo—. Toda la manutención de los colegiales, incluido el viaje, el vestuario, los libros, se financia con la renta de los campos de Baricella. Lo tienen bien organizado, ¿eh?

No pasó mucho tiempo cuando dejó de estar atento a sus fuegos y se volvió para decirme:

—Hala, moza, esto ya está. Tocad la campana y traedme agua para llenar un jarrón de esos.

—Como mandéis, Giorgio —Hice una reverencia que provocó la sonrisa del cocinero.

Volví al cordel de la campana y tiré de nuevo. A los instantes de sonar el primer repique, las puertas de las cámaras comenzaron a abrirse. Mientras me disponía a sacar agua, reconocí al portugués, porque con ese capirote era fácil de distinguir. Se acercó a la cámara de la que salía el otro colegial de capirote. Hice un ademán de ir a saludarles, pero alguien me tomó por el brazo.

—No nos está permitido hablar con ellos, no pongáis vuestro trabajo en peligro.

Era la voz de mi compañera de alcoba.

—¡Beatriz!

—¿Esa agua es para la cocina?, pues venga: llévala y vámonos. Tenemos que terminar pronto para que la «Seve» nos deje libres.

Llevé el agua a la cocina y cuando salí vi desde abajo cómo los colegiales, todos uniformados con su traje de paño negro, formaban dos filas enfrentadas, como haciendo un pasillo que terminaba en la puerta del refectorio. Me acerqué a la escalera para subir unos peldaños y tener mejor vista. Los colegiales esperaban firmes con los brazos atrás, como lo harían los guardianes de un castillo. Uno de los colegiales, al ver el capirote del navarro, se lo quitó y se lo dio para que lo guardara entre sus manos a la espalda. El portugués, que estaba en frente, hizo lo mismo. Al poco rato, la puerta del rector se abrió y este salió con paso firme hacia el refectorio. A mitad de la galería le esperaban el capellán y el ecónomo. Se pusieron uno a cada lado, un paso por detrás del rector. El rector pasó entre medias del pasillo de los colegiales, haciendo un par de saludos a diestra y siniestra con la cabeza, como si se tratara de un

general que pasa revista a sus tropas. El mozo abrió las puertas y mantuvo la cabeza baja mientras el rector se adentraba en el comedor. Tras él, lo hicieron el capellán y el ecónomo, y después los alumnos, ya con el rumor de las conversaciones restablecidas.

Me distrajo de mi contemplación un nuevo tirón de brazo de mi compañera.

—¿Qué hacéis aquí parada?, venga, vámonos.

Me llevó cogida del brazo a la sala de servidumbre de las mozas, que estaba en el piso de arriba, al final de una de las alas, junto a las habitaciones de los visitantes ilustres.

# CAPÍTULO IV. LOS COLEGIALES

Beatriz tenía prisa por ir a comer, al igual que las otras dos compañeras. Después de probar las delicias de la cocina boloñesa, recogimos y, cuando tuvimos todo listo, la «Seve» me ordenó una nueva tarea.

—Tomad la carretica que está en la leñera. Recoged las bandejas de la comida sobrante y lo lleváis a la puerta del colegio. Allí ayudáis al portero a dar las sobras en caridad. ¿Clarico?

Hice como me ordenaron. Lo que la gobernanta llamaba «carretica» era una mesa en cuyas patas delanteras habían puesto unas ruedas. Guardé mucho cuidado de que no se me cayera nada, pues lo último que quería era montar un estropicio en mi primera jornada en el colegio. Al atravesar el zaguán, me encontré con un personaje que asumí que era el portero. Sus facciones mostraban una edad avanzada, llevaba el mismo uniforme que los mozos, y estaba sentado en una silla de madera de la misma talla de las que había visto en el refectorio, pero que, al igual que a su ocupante, se notaba más castigada por el paso del tiempo. Reposando entre sus piernas, apoyaba una estaca y estaba distraído mirando hacia el camino por el que supuse que nos había traído el carruaje la noche anterior. Como tengo por costumbre saludar a todo el que me cruzo, y siendo consciente de que tenía una misión que cumplir, lo hice con la mayor simpatía posible.

—Buenas tardes nos dé Dios. Vos sois el guarda.

—¿Guarda? ¡Quia! Yo soy el portero. Guarda es lo que dice esta gente cuando quiere mirar —me respondió en un tono algo hostil—. Y vos sois la nueva.

—Magdalena para serviros.

—¿Y de qué me servís?

—Eh… —dudé un poco y traté de reconducir la conversación—. Me han mandado dar esto a la caridad.

—Ya, ya.

Se levantó con dificultad y fue a por una mesa que estaba al lado de la puerta y que yo no sé de dónde había salido, porque por la mañana no estaba. Cruzó la calle y la puso bajo el soportal del edificio de enfrente. Acerqué la carretilla y puse las bandejas con las sobras. Al poco tiempo aparecieron dos mujeres y varios chiquillos y arramplaron con las sobras, que no duraron mucho. Como tenía tiempo libre hasta la cena, me quedé observando al portero. En cuanto aparecían niños jugando en la calle, les espantaba con insultos mientras amenazaba con su estaca. Cuando por fin se libraba de ellos, se retiraba y de una esquina sacaba un escobón y barría el pequeño jardín en forma de trapecio que había frente a la puerta.

Allí estuve un buen rato observando el jardín, que tenía cedros, castaños y un gran álamo blanco. Además, unas macetas de aligustres y boj decoraban las columnas; el resto eran grandes piedras ordenadas y una arena fina y trabajada. Estaba bien cuidado y lo disfruté hasta que vino Beatriz a buscarme atribulada.

—Vamos, venid, que van a empezar las novatadas. Irán todos al patio que hay detrás de la capilla y nosotras tenemos que llegar antes que ellos. Vamos a escondernos a las cocheras, desde allí los podremos ver sin que nos pillen.

Regresamos al interior del colegio con dirección al cuarto de servidumbre, luego nos metimos por el pasillo del lateral de la capilla, atravesamos el patio interior y llegamos a las cocheras. Desde una ventana, ocultas en la oscuridad de la estancia, esperamos pacientemente a que los estudiantes salieran. Aproveché para ver si podía averiguar más cosas sobre el colegio.

—Beatriz, el portero es un poco rudo, ¿no?

—¿Braulio? ¡Qué va!, mujer, es un cacho de pan. Se hace el duro porque así dice que hace mejor su trabajo. Es un antiguo mozo que lleva más años aquí que el pozo. Ya le conocerás.

No tardaron mucho en oírse los pasos y las voces de los colegiales, y al cabo de un rato desfilaron el portugués y el navarro con sus capirotes escoltados por otros cuatro colegiales. Desde la apertura de la puerta podíamos ver y escuchar con claridad.

Me agaché y Beatriz se apoyó en mis hombros. No es que estuviéramos haciendo algo incorrecto, más bien pretendíamos no molestar en el devenir de la liturgia tradicional que yo iba a presenciar por primera vez.

Estaban casi todos los colegiales, pues conté unos dieciséis, incluidos los dos novatos. Los veteranos se pusieron alrededor del patio, dejando a los nuevos en el centro. Uno de los colegiales, de aspecto tirando a tosco, pero sabiendo que seguramente sería un sabio y un erudito en sus estudios, alzó la voz por encima de todos.

—¡Novato! ¡Decid vuestro nombre y procedencia!

—Ese que pregunta es el «Puyas», Martín García Puyazuelo —me susurró Beatriz.

—Mi nombre es Pedro Tallero, de Portugal —respondió mi compañero de viaje.

—¿Qué estudiáis? —volvió a inquirir el veterano colegial.

—Teología y Digesto.

Hubo gestos y voces en el que se mezclaban la aprobación con el reproche. Otra voz diferente se alzó sobre el murmullo.

—¿De dónde sois en Portugal?

—Ese es el «Mendo», Pedro de Mendoza. Ese sí que es bruto —susurró Beatriz.

—Vengo por la diócesis de Lisboa, pero soy de Braganza.

—¿Braganza decís? —el resto de los colegiales fue haciendo silencio a la vez que ligeras sonrisas se adivinaban en sus caras.

—Sí, señor —respondió Tallero, algo aliviado.

—Yo conozco a uno en Braganza —dijo Pedro de Mendoza—. Se llama José… —levantó la mano y chasqueó los dedos tres veces, como esperando que el apellido le viniera a la cabeza.

—¡Sousa! —gritó otro colegial entre los que se amontonaban.

—Eso, José Sousa. ¿No conoceréis por casualidad a José Sousa?

El portugués, aunque no conocía a nadie llamado así, viendo la posibilidad de que pudiera agradar y terminar con ese incómodo momento, lanzó un pequeño embuste.

—José Sousa, sí, sí. Es amigo mío.

—¡Pues me debe cien florines! —gritó Pedro de Mendoza como un resorte al oír cómo el inocente portugués había caído en su trampa. Y ante las risas de todos los demás colegiales y la cara de espanto de mi compañero de viaje, añadió—: Así que de aquí a un mes tenéis que saldar la deuda y debéis de traerme una escudilla de cada taberna que visitéis hasta completar un monto de una decena.

—¿Una docena? —malinterpretó el novato, comportándose como tal.

—Exacto, doce escudillas para mi ajuar —sentenció el de Mendoza.

Hubo risas y alboroto entre los demás colegiales que hacían corro, hasta que de nuevo se alzó otra voz:

—Y vos, ¿quién sois?

—Ese es Mora, Alfonso Mora, toledano —aclaró Beatriz entre susurros que, al parecer, lo estaba pasando en grande.

—Mi nombre es Juan de Jaso.

—¿Cómo que Jasón? —preguntó Alfonso Mora—. ¿Sois vos el mismo Jasón de los argonautas? ¿Sois acaso algún familiar? Mirad que aquí mismo hay una sala dedicada. ¿Sois griego?

—Soy de Navarra.

—¿De Navarra? ¡Pero a dónde vamos a parar! ¿Ahora se admiten navarros en este colegio? ¿Qué es lo siguiente? ¿Un nazarí?

—Soy tan cristiano como vos —replicó el navarro altivo—, y aunque el vizcaíno es la lengua de mi madre, en navarra se habla el cristiano antes que en vuestro lugar de procedencia, ¿Toledo?, si mi oído no me engaña. *Ergo* si esta es, como la definió y nombró su fundador el cardenal Albornoz, *Domus Hispanica*, y según he podido leer en los documentos de sus albaceas, está fundada *Spanorum bono*, es decir, a la buena causa de los españoles, *ipso iure*, esta también es mi casa.

Los colegiales, que habían callado cuando el navarro alzó la voz, escucharon con atención y estallaron en júbilo y vítores cuando terminó su alocución. A mí se me estremeció el cuerpo al ver al escuchimizado navarro pronunciar esas palabras agitando el dedo índice al cielo. ¡Menuda paliza dialéctica le había dado a su adversario!

—¡Vítor!, ¡Vítor! ¡Ole el larguirucho! —se le escapó a Beatriz.

—¡Pardiez! —exclamó Alfonso Mora—. ¿Pues no he perdido un juicio contra un novato? —tendió la mano al navarro que aceptó estrechar con agrado.

Con la diestra estrechada, Mora cambió el tono para señalar con la siniestra al contrincante y advertirle:

—Admito la derrota, ¡pero recordad que seguís siendo un novato!

—Y vos —añadió Pedro de Mendoza mirando al portugués—, me seguís debiendo diez escudillas.

—Eran doce —se escuchó en la multitud.

—Eso, doce. Gracias, «Puyas» —corrigió el «Mendo».

—¿Es que no va a venir el vino? —se oyó otra voz.

—¡Que venga el vino! ¡Que venga el vino! —exclamaron varios a coro.

De inmediato, los dos mozos aparecieron por el pasillo con una garrafa a rebosar y empezaron a servir. Tras hacer cantar algo de su tierra al portugués, que fue tan soso que no hizo ni reír, y conseguir que el navarro brincara una jota, que levantó cierta rivalidad entre los veteranos aragoneses, las hostilidades con los nuevos se diluyeron y al poco tiempo estaban los llamados bolonios cantando canciones soeces sobre los colegiales rivales de los dominicos. Cánticos y chanzas que omitiré porque me resultaron harto malsonantes. El portugués se unió enseguida a los cánticos mucho más activo y saleroso que cuando, momentos antes, le habían obligado a cantar en solitario. El navarro, aunque sí se le veía reírse con los demás, en ningún momento se comportó de manera vulgar.

Mientras continuaban con su particular manera de divertirse, llegó el momento que según parece también era parte de la tradición:

—¡Los motes! ¿Cuáles son sus motes? —preguntó una voz.

—¡Eso! Hay que motejarlos —dijo otra.

—Eso, eso, busquemos un mote —se repitió entre el tumulto.

La voz de Pedro de Mendoza sobresalió y dirigiéndose al portugués dijo:

—Vos, tenéis cara de siciliano, por lo que os llamaréis «el Sici», y vos —dijo dirigiéndose al navarro— el «Argo», por el argonauta.

Los nuevos motes fueron aprobados por aclamación popular. Tengo que decir que el mote del «Sici» no duró mucho y se perdió a las pocas semanas, pero el del «Largo», que es como terminó evolucionando el mote del navarro, quedó mientras yo estuve en el colegio, pero no adelantemos acontecimientos.

Yo estaba un poco abochornada del espectáculo tan zafio que estaba presenciando, por eso le hice una reflexión a mi compañera:

—Si así se comportan las elites, ¿cómo se comportará el resto del pueblo?

—Nada, mujer. Solo se están divirtiendo. Luego se vuelven tan formarles y aburridos como siempre y se pierden en sus estudios.

Los colegiales seguían con sus chanzas y novatadas, que cada vez se volvían un poco más repetitivas y menos originales, con lo que perdimos parte del interés. Como no queríamos salir por no descubrirnos, conversé un rato con Beatriz y le hice una pregunta para ver si empezaba a cumplir uno de mis propósitos del viaje:

—Y de todos estos, ¿quién me podría enseñar latín?

—¿Latín? —Beatriz me miró de arriba a abajo.

—Es que lo necesitamos en la colegiata.

—Ah, bueno. El erudito del latín, el que más traduce, es don Elio. Se llama don Antonio, pero su mote es Elio. Es tan serio —dijo sin evitar reírse— que hasta le ponen don a su mote. No está aquí, él no es amigo de estas juergas. Eso sí, cuidado con él, que tiene las manos muy largas. Cuando volvieron de Braiola después de la peste, le dieron la mejor cámara de entre los colegiales, la dieciocho. En la esquina del primer piso, cerca del refectorio. Pero ya sabéis que no podéis hablar con él dentro de los muros. Lo tenemos prohibidísimo.

—¿Qué es Braiola?

—Ay, pues la finca Braiola. Hubo una epidemia de peste, y los colegiales se fueron a esa finca, cerca de Ferrara. Mientras estaban fuera, nosotras nos ocupamos del colegio, y desde entonces nos

dejan estar dentro. Antes estaba prohibidísimo que las mujeres entráramos y teníamos que trabajar desde fuera a las órdenes del mayordomo. Pero el mayordomo murió con la peste, al igual que otro colegial y un mozo. Mientras encuentran otro mayordomo, pues nos ocupamos nosotras del mantenimiento del colegio.

Seguimos comentando cosas de la institución cuando sus habitantes, que llevaban un rato más calmados, arreciaron con los cánticos cada vez más brutos y soeces, hasta que, al oírse unas campanas, el vocerío cesó. Los causantes del algarabío fueron abandonando el patio hacia las zonas comunes o sus cámaras a hacer sus cosas hasta la hora de la cena.

Así es como me enteré de que la doble misión que tenía en el colegio no me iba a resultar nada fácil. Por un lado, que un señor me enseñara latín en un sitio que no fuera el colegio y, por otro, que mi contacto diera señales de vida para contarle que todo lo que había averiguado no era más que los colegiales cantaban vulgaridades. Eso era lo más extraño y lo único reseñable que había visto hasta entonces.

Cuando el patio quedó vacío, salimos de las cocheras para encontrarnos con las otras dos compañeras, que habían estado disfrutando del espectáculo, ocultas detrás de las cestas que estaban junto a la puerta del almacén. Tratando las cuatro de no llamar la atención, pasamos por el pasadizo para ir a las dependencias del servicio, donde esperamos a que fuera la hora de la cena. Por ser día de novatadas, y por no salir del colegio, trabajamos las cuatro poniendo la mesa mientras cuchicheábamos sobre el espectáculo que habíamos visto. Luego Ester tocó la campana y nos volvimos a cenar. Recogimos, y así el día tocó a su fin, tal y como me lo hubo cuadriculado la «Seve» a primera hora de la mañana.

En mi alcoba, en un momento que Beatriz paró de hablar, o yo de escucharla, tracé mentalmente el plan a seguir:

«Mostraré UESDAN al rector a ver si me da conversación y puedo sacar algo. Volveré a hablar con el portero, a ver si es tan simpático como dice esta. Si, como dice, lleva aquí más años que el pozo, seguro que tiene información que me puede ser útil. Ah, y a ver si

conozco a ese don Elio y cómo le convenzo para que me enseñe latín».

Pero no fue ni rápido ni fácil. Pasaron unos días de lluvia y me fui metiendo en la rutina. Ya no tenía a la «Seve» encima, fui aprendiendo mis tareas, conociendo el colegio y sus recovecos. No conocía de nombre a todos los colegiales, pero al menos sus caras me iban sonando y me iba orientando sobre en qué cámara estaba cada cual y casi me las sabía todas. Me engañaría a mí misma si digo que no tuve oportunidad de hablar con el tal don Elio, llamado a ser mi profesor de latín, porque la verdad es que no tuve el valor de buscarle. Ni siquiera me acordaba de que Beatriz me había dicho el primer día la cámara en la que estaba. Eran tantas las novedades que ese detalle se me había pasado, y bastante que me había quedado con el nombre. Sin embargo, tenía que avanzar en mis pesquisas de una manera o de otra.

Por fin cesó la lluvia y vi la oportunidad de hablar con el portero sin estar bajo los techos del colegio. En cuanto tuve el descanso de tarde, fui a saludarle. Me senté en una de las piedras del pequeño jardín en forma de trapecio que había en la entrada e inicié la conversación de la manera más trivial: hablando del tiempo.

—Pues menos mal que hoy no llueve, porque vaya días que llevamos.

—Anda, la «Nueva».

—¿Llueve aquí mucho?

—Pero niña, ¿no te has fijado que esta es la ciudad de los soportales?

—Soportales y torres, es lo que tiene esta ciudad.

—Y estudiantes.

En ese momento salían por la puerta el portugués Tallero, ya sin capirote, junto con otro estudiante, y doblaban el muro del colegio para ir hacia el centro de la ciudad. Estuve lista en sacar el tema.

—Miradlos —dije—. Hace una semana le estaban martirizando y ahora son tan amigos.

—Puede ser, pero para mí, más bien don Pedro quería ir a la plaza mayor, y como no les permiten salir solos, le ha obligado al novato a que le acompañe, es lo que suele ocurrir.

—¿Pero no se acaban llevando bien?

—Oh, sí. En la mayoría de los casos terminan siendo íntimos.

—Y también… —dudé un poco sobre si estaba siendo demasiado inquisitiva; sin embargo, me lancé—… También habrá algunos que se lleven mal. Pasa en todas partes —justifiqué—. Aun así, vamos, que seguro que con la experiencia que vos tenéis habréis visto de todo.

—Vamos a ver… yo he visto de todo.

Hizo una pausa como si dudara, y yo disimulé mi satisfacción, porque sabía que había acertado con el cebo. Y empezó a largar:

—A ver, los estudiantes, cuando llegan, por muy licenciados que sean, son unos pipiolos. Llegan muy perdidos a una nación nueva y se juntan entre ellos. Los novatos los primeros días van con novatos. Luego, según empiezan las lecciones, se hacen los grupos por estudios. Los de leyes van con los de leyes, los de teología con los de teología y los médicos con los médicos. Con el paso del tiempo, lo que hace los grupos son las aficiones.

—¿Qué aficiones?

—Pues los mujeriegos se van con los mujeriegos, los que les gusta el vino hacen otro grupo, los hay que se van a jugar, ya sea cartas, dados o lo que les caiga, y los hay también que lo que les gusta es discutir de las cosas. Y en general los grupos son estables, hasta que llegan las pasiones. Entonces vienen las peleas.

—Pasiones, ¿por mujeres?

—¡Quia por mujeres!, en eso siguen siendo pipiolos. Por política o por religión.

—Yo no entiendo de política, pero de religión, ¿no son todos cristianos?

—Ah, aquí está la cuestión.

Bajó la voz y me pidió que me acercara. Lo hice y me dijo en confidencia:

—Desde hace años se ve que hay marranos entre nosotros, ya sabéis, judíos conversos. Y unos acusan a otros de serlo. Se han puesto muy severos con las cartas probatorias y hay acusaciones de que hay quien las ha falsificado. El verano pasado llegó la peste a la ciudad y tuvimos que salir del colegio. Nos fuimos cerca de Ferrara,

a una jornada de aquí, donde murieron el mayordomo y un colegial, dicen que por la peste —hizo una pausa, miró a ambos lados y al ver que no había nadie más que yo, exclamó en susurros—: ¡Y una higa por la peste!

Esta última exclamación fue tan fuerte que me tuve que apartar para que no llegaran los salivazos. Y allí estuve yo muy torpe, porque me quedé de piedra sin decir nada y noté que se me escapaba entre los dedos, cuando dijo:

—Bueno, bueno. Yo no digo nada. Yo solo observo.

—¿Qué observáis?

—Vos hacéis muchas preguntas, ¿no?

Me di cuenta de que lo había perdido. Me incorporé, sonreí y me fui diciendo:

—¡Soy la nueva, no me lo tengáis en cuenta!

Me fui a mi celda y me tumbé un rato en el jergón. Me quedé turbada por la manera que había terminado la conversación con el portero. Estuve barajando la idea de volver con él y preguntarle sobre si podría ayudarme para buscar a alguien que me diera lecciones de latín. Eso podría enfriar la conversación anterior y desviar el tema. Quizá así cambiaría la imagen de entrometida que me daba la impresión de haberle causado. Pero solo pensar que tenía que volver y resultar una nueva muy pesada hacía que me muriera de vergüenza. Mirando a la esquina de la celda, veía el recio bastón apoyado. Era tan soberbio, seguro que al rector le iba a encantar, pero no se me ocurría la forma de presentarme con él. Todas y cada una de las maneras de proceder con el portero, con el rector y con el profesor de latín requerían acciones que me parecían ridículas.

«¿Voy a verle ahora o no?», era lo único que pensaba. No sé el rato que estuve tumbada. Sí sé que cambié de opinión sobre ir o no ir una docena de veces.

Fui.

# CAPÍTULO V. AUDENTIS FORTUNA AIUUAT

El camino, que dicen calle de Zaragoza, viene desde la Puerta de Zaragoza al colegio. Al llegar a este, se divide en dos formando una cuña. Entre los dos caminos está la fachada de seis columnas con la puerta principal. Luego uno de los caminos comienza en una ruinosa pero activa iglesia del siglo XIII dedicada a Santa María de Muradella, y se dirige hacia unos cuarteles y un convento, y el otro pasa por donde vivíamos las camareras, para luego, con un poco de callejeo, llegar a la plaza Mayor.

El terreno desde la puerta del colegio a la bifurcación de la calle de Zaragoza, que forma un triángulo, también es propiedad de la *Domus Hispanica*, pero no estaba marcado más que por un pequeño jardín en forma de trapecio. Ese jardín, con un olmo blanco que es más alto que el tejado del edificio y que tenía unas piedras ornamentales y una arena fina por suelo, era barrido y cuidado con mucho mimo por Braulio, el portero. Había una clara barrera visual entre la descuidada parte del camino y el repasado trapecio propiedad de la institución albornociana. Y como estaba a punto de comprobar, el antiguo mozo se tomaba bastante a pecho que alguien pisara el citado trozo de tierra.

Después de repensar en el jergón si volvía a hablar o no con el portero y decidir que sí que iba a volver, salí a la calle directa a arreglar las cosas con Braulio. Me crucé con Beatriz y con Juana, que en ese momento entraban en la residencia. Entonces, a distancia, mirando hacia el jardín del colegio, vi que algo estaba mal. Según

me acerqué, oí gritos e insultos. Le estaban pegando una paliza al portero. Sin pensarlo mucho, me sujeté las faldas y salí corriendo hacia nuestra residencia, cuya puerta se estaba cerrando.

—Beatriz, ¡no cerréis!

—¿Qué pasa?

—Luego os lo cuento.

Me apresuré a subir las escaleras, saqué la llave de la celda, pero se me cayó al suelo. Beatriz, que subía tras de mí atribulada, me preguntó:

—Pero ¿qué pasa?

Encontré la llave. La metí en la cerradura, abrí la celda, cogí a UESDAN y salí corriendo. Al correr con el bastón torpemente tiré un candil del techo, suerte que estaba apagado.

—Lo siento, luego lo recojo todo —me excusé.

No miré más para atrás, supongo que Beatriz se quedaría de piedra. Salí a la calle y corrí con el bastón hasta la puerta del colegio. Iba bastante torpe, porque perdí la cofia y casi me trastabillo con la falda. Por fortuna nadie lo vio. Al llegar al jardín vi cómo dos jóvenes estaban sometiendo al portero, al que tenían tumbado en el suelo sobre el camino.

—¡Dejadle en paz! —grité.

No me hicieron caso, así que con el lado del bastón que tenía el remache con la punta más redondeada le asesté a uno de los jóvenes una estocada en la parte trasera del hombro. Ahora sí que le había llamado la atención. Me dijeron algo en emiliano, y aunque no entendí las palabras exactas, sí supe lo que me querían decir: que me fuera a tomar viento, aunque sonaba más soez. Di la vuelta a UESDAN, quité la caperuza de cuero que protegía ese extremo y la punta brilló amenazante. Puse cara de decisión, pero como no sabía una palabra de su idioma les dije:

—¡*Vade retro*!

El joven al que amenazaba dio un manotazo en la espalda a su compinche, que trataba de pegar puñetazos al viejo portero mientras este se guardaba dignamente con sus antebrazos. Se levantaron y me miraron con sorpresa.

—¡*Pazza*! —dijo uno. Y repitió: —¡*lei è pazza*!

—¡Ni Pazza ni pozo! ¡Dejadle en paz! ¡*Vade retro*!

Funcionó. Los dos bribones se levantaron y se fueron para atrás. Hablaban entre ellos gesticulando mucho y escupiendo al suelo. Seguí apuntándoles con UESDAN hasta que se dieron la vuelta y desaparecieron por el callejón ondulado, uno de los muchos callejones que iban hacia el centro.

Orgullosa y henchida, no cabía en mí. Tapé la punta del bastón y me interesé por el estado del portero.

—Braulio, ¿estáis bien?

—¡*Bastardi*!

Saqué mi pañuelo y se lo puse en la nariz. El portero al ver la sangre empezó a gemir.

—Mis napias, ¡me han roto las napias!

Al revuelo se sumaron Beatriz y las otras dos camareras. Alterada, mi compañera preguntó:

—¿Qué ha pasado aquí?

Me encogí de hombros.

—El médico —dijo Beatriz— viene una vez por semana, y hasta pasado mañana no toca.

—Pero hay colegiales médicos, ¿no? —pregunté.

—Está Salva —contestó Beatriz, que rauda corrigió el exceso de confianza en el tratamiento—. Está don Salvador.

—Ese no, ¡ese es un matasanos! —protestó la voz nasal del portero.

—No tenemos otra opción, voy a buscarle —dije mostrando iniciativa—. ¿Cuál es su cámara?

—La diecisiete.

Me metí a todo correr al colegio. Subí las escaleras y llamé a la puerta diecisiete. No escuché nada, pero volví a llamar:

—Don Salvador, don Salvador. Necesitamos vuestra ayuda.

Nada.

—Don Salvador, tenemos un herido —insistí con un tono más dramático.

Escuché el ruido de una silla rozar con el suelo. Unos pasos y la puerta se entreabrió. Tapando el interior con el cuerpo, apareció un colegial alto, feo, o al menos de facciones raras, no armónicas, el

cabello alborotado y sin tonsura, cosa extraña entre los colegiales. Con ojeras grises y rictus de privación de sueño me preguntó:

—¿Cómo decís?

—Que al portero le han partido la cara unos mozos.

—Pues no me extraña —dijo, y me cerró la puerta en las narices.

Me quedé de piedra sin saber qué hacer. La puerta se abrió de nuevo y despacio, midiendo el gesto, el colegial salió procurando que su cuerpo pasara por la mínima apertura posible, vigilante de que no se viera nada del interior.

—¿Dónde está? —me preguntó.

—En la entrada del colegio.

La puerta de la alcoba contigua, la dieciocho, se abrió y salió otro estudiante. Se le veía más maduro que los otros colegiales, este sí tenía tonsura, y desde luego no estaba en el grupo de los de las novatadas de hacía unos días.

—¿Qué es todo ese jaleo?

—Nada, don Elio —dijo el estudiante de medicina—, el portero, que ha mordido más de lo que puede masticar. Como si lo viera.

«¡Don Elio!», pensé, «el que me puede enseñar latín, ¡es verdad!, ¡qué boba soy! Si Beatriz me dijo que estaba en la dieciocho». Y me quedé quieta como un pasmarote, sin saber qué decir, hasta que don Salvador me sacó de mis pensamientos:

—Bueno, ¿no corría tanta prisa?

Hice una reverencia a don Elio, torpe, como siempre, y me fui junto al médico hacia las escaleras.

Cuando llegamos al jardín, el portero estaba incorporado, con las posaderas en el suelo del camino, recibiendo la atención de mis tres compañeras. Mientras una le sujetaba la mano, otra le lavaba las heridas con un trapo y Beatriz le sacudía el polvo de los pantalones. El médico se arremangó el balandrán y quitó importancia:

—¡Amos, anda!, Braulio, que no os habéis visto en otra igual. Rodeado de mujeres. Dejadme ver esa herida.

Examinó la cara, luego la cabeza, el cuello, los codos, las muñecas, le tocó las rodillas con suavidad. Con ambas manos y mucha delicadeza inclinó hacia arriba la cabeza del paciente. Volvió a

la nariz y la tocó levemente con ambos índices ante los quejidos del herido.

Ya que estábamos allí siete personas, aproveché para ver si pescaba algo y dije:

—Es que nunca se sabe cuándo nos va a llegar la hora.

Pero allí nadie dijo nada, excepto el estudiante de medicina:

—No va a ser por esta, Braulio. ¡Mozas!, ayudadme a llevarlo a su silla y traed un cubo de agua para lavarlo allí mismo. Mirad, Braulio, no la tenéis ni rota. El resto, magulladuras. No merecéis ni un julepe.

Mientras Beatriz fue a por agua, entre las otras tres lo sentamos en su silla. Fue entonces cuando el portero me echó una mirada de extrañeza, aunque no dijo nada.

Mis compañeras le hicieron todo un interrogatorio, pero bien es sabido que el orgullo de los hombres les impide hablar con mucho detalle de sus derrotas, salvo que sea adornarlas con vacuas excusas que el portero nos ahorró. Tan solo dijo:

—Eran dos contra uno.

Entre el tono nasal y que se le escapaba un silbido cuando respiraba, casi me entra la risa. Lo achaqué al nerviosismo, o más bien a la calma después del momento de tensión.

Horas después, reunido en la residencia el conciliábulo compuesto por las cuatro camareras, dimos nuestro veredicto concluyendo que, por alguna razón, fue a regañar a los boloñeses equivocados. Sea como fuere, él había tenido un golpe en la nariz y yo otro de suerte. Me había ganado el favor del portero y había conocido a don Elio.

Así, volviendo al presente de la acción, una vez lavada la herida y cubierta la hemorragia con gasas, el estudiante se retiró, mis compañeras se fueron a sus cosas y yo me quedé con Braulio.

—¡Menuda lanza tenéis! —me dijo.

—Es un bastón. Se llama UESDAN. ¿Veis? Aquí está grabado en la caña. Es un acrónimo de Ultreia et Suseia Deus Adiuva Nos. Lo que dicen los peregrinos que van a Santiago. Me lo regaló mi tío, que se lo trajo de Tierra Santa.

—Pues tiene una punta que no parece un bastón.

—Bueno, don Braulio —traté de reconducir la conversación.

—Braulio, Braulio a secas. Yo no soy bachiller, solo soy el portero. Y vos, aparte de la «Nueva», ¿tenéis nombre?

—Magdalena, postulante en Roncesvalles. También me llaman Malena o simplemente Male.

—Ah, sí, es verdad, ya me lo dijisteis. Encantado. Una cosa…

—Decidme, Braulio.

—¿*Vade retro*?

—¡Y yo qué sé! No hablo lo que habla esta gente. Y eso es del poco latín que conozco. ¿No conoceréis a alguien que me pueda enseñar latín? Me vendría muy bien para mi convento.

—Pues por cómo manejáis la lanza, cualquiera diría que sois una monja.

—Os voy a repetir una lección que aprendí de un reputado caballero. La lanza es la más efectiva de las armas. Cuando un caballero con lanza se bate con otro a espada, a igualdad de destreza, el espadachín no tiene nada que hacer. Todos los combates los ganará el lancero. También son efectivas en escuadras. Una escuadra de lanceros solo puede ser vencida por una unidad de arqueros. Pero la escuadra no estará estática, puede moverse con agilidad y tened en cuenta que, si son buenos braceros, lanzarán con puntería y aniquilarán a los arqueros. La lanza solo pierde su efectividad en combates de interior. No saquéis una lanza en un castillo, pero ¿para el resto?, ya luchéis a caballo o a pie, para el resto elegid lanza.

El portero se quedó boquiabierto. Me gustaría pensar que fue por mi inesperada lección marcial, pero como tenía la napia como la tenía se hubiera quedado igual, aunque le hubiera recitado un verso de Virgilio.

—Ahora, Braulio, conseguidme a alguien que me pueda instruir en latín.

Recogí a UESDAN y me retiré a la residencia. Comenté lo acontecido con el resto de las camareras, como ya he dicho, emitimos veredicto y, por la noche, después de apagar las velas, le comenté a mi compañera.

—Beatriz, vos os encargáis de las cámaras trece a dieciocho, ¿no? ¿Os importaría cambiarlas por las mías?

No sé la cara que puso, pues ya habíamos apagado las velas, pero a partir de la mañana siguiente, me encargaría de hacer el ala de don Elio.

# CAPÍTULO VI. NO LESA MAJESTAD, NO FALSIFICACIÓN, NO HEREJÍA

Cuando llegamos a primera hora, Braulio, el portero, como era habitual, todavía no estaba en su puesto de trabajo. Nos pusimos a hacer la limpieza y orden de las cosas comunes, ayudar en la cocina, al desayuno, y todas las tareas que ya conformaban mi rutina diaria. Avanzó la mañana y llegó la hora de hacer las cámaras, después de misa de la hora tercia, es decir, de las nueve, empecé por la más cercana a las dependencias del rector, la número trece, para terminar en la cámara número dieciocho de don Elio. Eso me daría más tiempo para planear mi estrategia.

Cada día, cada camarera hacíamos un ala de un piso, de tal manera que tocábamos a seis cámaras por cada una de nosotras. En la planificación primigenia, antes de llegar yo, se trabajaba por parejas para evitar problemas, pero a las pocas semanas, ante la falta de estos y por ir hacia un trabajo más eficaz, cada una hacíamos seis y así terminábamos antes. Además, la disposición del claustro, en corrala, hacía que nos estuviéramos viendo trabajar todo el rato, por lo que nunca tuvimos miedo a que algo pasara.

El procedimiento de hacer la habitación siempre era el mismo. Llamaba a la puerta, el colegial salía y yo entraba y abría la ventana, barría el suelo, le ordenaba la cama, quitaba el polvo y, cuando a

esa alcoba le tocaba colada, se repasaban los colchones de paja, lana y pluma, se le retiraban las sábanas y se le ponían las nuevas. Si había que fregar algo, se fregaba y ya. Sencillo. Lo más complicado, que ocurría de pascuas a ramos, es si había algún desperfecto o había que zurcir alguna prenda. Esta se enviaba al almacén donde se cambiaba por otra prenda bajo la supervisión de ecónomo y listo.

El caso es que estuve toda la mañana pensando qué es lo que le iba a decir, y cómo le iba a preguntar a un desconocido que me diera lecciones, cuando ni siquiera tenía permiso para hablarle. Cada vez que terminaba una cámara era un suplicio, porque seguía sin saber qué decir. Terminaba otra y me buscaba cualquier excusa para retrasar el comienzo de la siguiente. Me iba a por agua, al pozo, a cocinas, a donde mis otras compañeras, a cualquier sitio menos al ecónomo, porque ahí seguro que estaba la «Seve» de palique.

Llegó el turno de la habitación diecisiete, la de Salva, el médico. Solo me quedaba una para la de don Elio. Llamé a la de Salva, pero nada. Volví a llamar, y nada tampoco. «Qué raro», pensé. «Si le he visto volver de la misa». Golpeé de nuevo la puerta.

—¡Don Salvador! La limpieza de cámara.

Nada.

—Don Salvador, ¿os encontráis bien?

—Sí, ahora no puedo. Estoy ocupado —se escuchó una voz dentro.

«Será cretino», pensé. «Ahora tengo que llamar a la de don Elio. ¿Y qué le digo?».

Llena de rabia y de vergüenza llamé a la dieciocho. Don Elio abrió, me saludó, salió de la habitación, se perdió por las dependencias del colegio y lo único que quedó allí fueron las promesas que me hice: «Prometo que mañana lo intento. Mañana le digo algo. De mañana no pasa».

El resto del día lo pasé prestando atención a la alcoba dieciocho, y por estar al lado y no haberme abierto la puerta, también vigilaba la diecisiete. Pero los inquilinos solo salieron para ir al refectorio. Y no ocurrió nada más digno de mención.

Al siguiente día realicé la misma operación, con el mismo planteamiento. Empecé por la alcoba junto a las del rector, llegué a la de Salva, llamé, escuché una excusa para decirme que no me iba a abrir, y me volví a encontrar frente a la dieciocho. Reflexioné, respiré hondo y golpeé la puerta. Al poco rato, don Elio abrió, me saludó, me quedé muda como una idiota y Elio se fue. Cuando estuve a punto de pegarle un puntapié a la puerta maldiciendo mi cobardía, oí una voz con un acento que no había escuchado desde Astorga, donde los andaluces toman camino a La Bañeza y se separan del camino francés:

—*Cucha* una mijilla, quilla: me ha dicho un pajarillo que queréis estudiar latín.

Casi me caigo del susto que me dio. Me quedé muda hasta que volví a escuchar la misma voz esta vez con acento salmantino, diciendo:

—¿También voy a tener que enseñaros castellano?

—No, señor don Elio… don Antonio… disculpad, no sé cómo debo llamaros.

—Don Elio Antonio de Nebrija, que es la forma romana de la noble y por supuesto romana ciudad de Lebrija. Aelius Antonius Nebrisensis si queréis ir practicando. Soy paisano de Ulpio Trajano y Elio Adriano.

—No tengo el gusto.

—¿De qué no tenéis el gusto?, si es menester saberse.

—De conocer a don Trajano y don *Emiliano*. Llevo aquí pocas semanas, y si no tienen alcoba en esta ala, o en la de abajo, que son en las que trabajaba hasta hace dos días, no los conozco.

—Si vais a aprender latín, conoceréis a Trajano y a Adriano. Y a Virgilio, y a Cicerón, y a Catilina.

—Me gustaría aprender latín. Es la razón por la que estoy aquí. Soy postulante en un convento y en nuestra orden se está perdiendo. Pero tengo prohibido hablar con vos porque no tengo permiso para hablar a los colegiales dentro del colegio.

—Pamplinas, venid conmigo.

Me agarró de la muñeca y me arrastró todo el pasillo hasta la puerta del rector.

—¡Magíster! —llamó con fuerza a la puerta.

—Adelante, don Elio —se oyó una resignada voz desde dentro.

Don Elio abrió la puerta. El rector estaba de pie, con una pluma en una mano y un papel en la otra.

—¿Qué os trae por aquí don Elio y compañía? —sopló el papel para ayudar a que secara lo que había escrito.

—¿Es causa de lesa Majestad, falsificación o herejía que yo enseñe latín a esta hermana?

—Postulante —dije bajito.

—Eh…, no. —dijo el rector dudando. Y tras pensar un poco añadió —: Pero va contra los estatutos que entren mujeres en el colegio.

—Pues ya es un poco tarde para eso, ¿no?

—Yo solo sigo lo que dicen los estatutos. Yo no puedo cambiarlos, para hacerlo necesitamos la autoridad del papa, el cardenal protector… ¡Don Elio!, sabéis con certeza cómo funciona el reglamento y a lo que estamos obligados. Os lo repetiré cuantas veces sea necesario. Aprobé… aprobamos que nos ayudaran estas mujeres, por necesidad y sin ejemplo, ante la falta de personal por la peste. Y lo aprobamos yo como rector, junto con los cuatro consiliarios, uno de los cuales sois vos.

—Ya sé que yo voté a favor, como sé que no levantamos acta porque lo aprobado iba contra los estatutos. Como también recuerdo cuáles fueron vuestras palabras para convencernos. «No se puede estudiar entre detritos». Tampoco necesitamos levantar acta para que esta hermana pueda recibir lecciones de latín dentro del colegio. Cumplimos con el espíritu de la norma si lo aprobamos el rector y los cuatro consiliarios. Vos me dais la aprobación y yo me ocupo de los otros tres.

La discusión era acalorada, a veces levantaban la voz, pero de cualquier manera se veía mucho respeto. Y ante esos dos gigantes de la dialéctica yo me veía pequeñita y quería desaparecer. Continuó con frases y términos, tanto en castellano como en latín, que no entendí hasta que al final el rector concluyó:

—Convoquemos entonces la asamblea y votemos si tenéis permiso para dar lecciones dentro del colegio. Pero antes votaremos si tenemos que llamar al notario o lo hacemos extracurricular. Y

cuidad que sabéis que me juego la excomunión… —y entonces se volvió a calentar—. ¡Me juego la excomunión porque vos queréis enseñar latín!

—¡Insisto! No es lesa majestad, ni falsificación, ni herejía. No os jugáis la excomunión.

—Eso será si no se interpreta el no levantar acta como una falsificación *de facto*. ¿Pero qué interés tenéis en enseñar latín a esta monja?

—Porque el latín se pierde, magíster. La lengua que hablamos en las lecciones de la gran Universidad de Bolonia —dijo esto último exagerando la grandilocuencia— no es la lengua que leo en Virgilio, no es la lengua de Cicerón, de los Césares, no es la lengua del imperio, y fuera del imperio está la barbarie. Y cuando fuera, extraacadémica, hablamos castellano, ni siquiera lo hablamos bien. No hay reglas de gramática, vamos a la barbarie, magíster, vamos a la barbarie. La lengua siempre fue la compañera del imperio, y por eso quiero hacer lo posible para que el latín no se pierda.

—Conseguid los otros tres votos. Eso es todo lo que os puedo decir por ahora.

—Magíster —dijo don Elio saludando con la cabeza a modo de despedida.

Me volvió a coger por la muñeca y me sacó de la habitación. Recorrimos el pasillo hasta llegar a su alcoba. En la puerta se paró y me dijo:

—Ya sabéis los riesgos que vamos a asumir. Espero que seáis una alumna aplicada.

Me pegó un azote en el trasero, se dio la vuelta y se fue. Yo pegué un respingo de indignación, pero no fue lo que más me dolió ni lo que más me humilló ese día. Cuando iba a protestar y a marcar los límites, me vino un dolor agudo en las patillas. Era la «Seve» tirando de ellas. No la vi venir. Salió de la sala de juego de los colegiales y por la espalda me tiró de la patilla de arriba abajo con tal fuerza que se me saltaban las lágrimas.

—¡¿Qué os he dicho de hablar con los colegiales?! —me gritaba.

Siguió agarrándome de la patilla, me bajó las escaleras y me sacó al portal repitiendo:

—¡¿Qué os he dicho de hablar con los colegiales?!

Yo, en todo el camino, solo pude repetir un «Pero, pero es que…» y poco más, porque el agudo dolor y mantener el equilibrio no me dejaba articular palabra.

Una vez en el portal, se sacó una de las alpargatas y empezó a azotarme en el trasero o donde le llegara el calzado.

—¡Os vais para España! Como os vea hablar con los colegiales, os vais a patica como que me llamo Virtudes.

Una voz nasal salió a mi socorro.

—¡Pero Virtudes!, ¡parad ya!, Virtudes. ¡Dejad a la niña!

Braulio, el portero, con su ridículo apósito nasal, había salido a defenderme.

—No te metas, Braulio, que no te incumbe —dijo sin ningún formalismo.

—Venga, mujer, déjala, que es buena chica.

Llegué a la residencia llorando, subí a la celda y me metí en el jergón. No comí. Tumbada miraba a UESDAN y pensaba lo fácil que sería poner a la «Seve» en su sitio. Y no paraba de llorar.

Al rato vino Beatriz, desanudó un trapo, lo desenvolvió y me dio un trozo de pan con un queso muy duro, tan duro que tenía que usar una pequeña pica para poder comérmelo. Estaba fuerte, pero muy sabroso. Beatriz se mantuvo un rato callada, acariciándome el pelo, dándome a entender que las noticias de mi paliza le habían llegado. Por fin me dijo:

—Me debes una alcoba. He tenido que terminar yo la de don Elio.

La abracé.

—Ea, ea, ea, ya pasó, ya pasó —me dijo como se les dice a los infantes que se lastiman con algo.

Me reí, pero me seguían dando ganas de llorar. Entonces, apoyada sobre su pecho, le conté una historia:

—Conocí un chico de camino a Santiago. Guapísimo. Estuvimos juntos el día que llegamos a la catedral. Sentí amor como nunca lo había sentido. En todo lo que hacía, él estaba en mis pensamientos. Y él se dejaba querer. Al tercer día de estar en Santiago, desapareció. Se fue sin más. Un peregrino amigo en común me dijo que este chico tenía mujer e hijos en Valencia. Que había venido por

una promesa de no sé qué de su campo. El caso es que nunca me dijo que estaba casado. Se dejó querer, y cuando quiso terminar, no tuvo el valor de decírmelo a la cara. Me rompió el corazón, y salí con mi tío hasta Finisterre, a ver el mar. El camino de regreso lo hicimos muy despacio. Tampoco teníamos prisa. Yo ni siquiera tenía sitio en mi colegiata porque la estaban reconstruyendo después de un incendio. Creo que, para quitarme el mal de amores, mi tío decidió llenarme la cabeza con otras cosas y me enseñó a luchar con ese bastón como si fuera un arma, que lo es. Todas las tardes, mientras volvíamos de Santiago, practicábamos la lanza. Y fueron muchas. No presumo de ello, pero podría terminar con la «Seve» en menos de un repique de campanas.

Paré de contar más historias, porque estaba pecando de soberbia. La soberbia es un pecado que deben evitar los buenos caballeros porque los debilita. Miré a mi compañera, que tenía cara de asombro.

—¿Me estáis diciendo que sabéis luchar con ese bastón?

—Sí, al menos contra sacos de paja.

Reímos las dos, y me sirvió de gran consuelo, hasta que Beatriz se preparó para ir a terminar las labores del día. Al ver que yo no me había movido me dijo:

—No os preocupéis por la «Seve».

—Es que me ha dicho que me va a mandar para España.

—No os va a mandar a España por eso. No os preocupéis. Quedaos en cama que yo os cubro con vuestra tarea. Mañana volvéis a la faena. Otra cosa, estad tranquila con vuestro secreto. Aquí casi todas guardamos uno.

Tumbada en el jergón con la moral tan baja como la tenía, recapitulé mis progresos a ver si eso me levantaba el ánimo. Había llegado sana y salva al colegio, eso ya era algo. ¿Cuántas de mis hermanas habían visto el mar? Y si había alguna, ¿quién había navegado? Eso ya era un progreso. Además, había solicitado las lecciones de latín. De las cosas raras que tenía que vigilar del colegio, sabía más bien poco. Quizá que Braulio, el portero, me podría dar más información. Y sobre mi contacto, pues me pareció un alivio que no se hubiera presentado, porque no tenía nada que

reportar. Entonces, dándole vueltas, se me ocurrió que, si me habían mandado allí, mi misión era a un plazo más largo. No tenía sentido que alguien se presentara en dos semanas y me preguntara si había averiguado algo. Estaba en lo cierto. Mi contacto aún seguía en Segovia y tardaría varias semanas en aparecer.

# CAPÍTULO VII. EDUCATIVO PARA NIÑOS

No miré a la «Seve» en todo el tiempo que nos preparamos. Sospecho que ella tampoco me miró a mí. Cuando estuvimos listas, cruzamos al colegio, la «Seve» abrió la puerta y yo, sin hablar en toda la mañana, me dirigí al refectorio a ordenar y repasar la limpieza. Cuando terminé, bajé a cocinas. Giorgio estaba atareado, como siempre.

Daba golpes a un gran mortero sin parar.

—Ah, buenos días, Magdalena, ¿cómo estáis?

—Bien… bueno, mal. No sé si os enterasteis, pero ayer me llevé una paliza de la Sev… de doña Virtudes.

—¿De la «Seve»? Menuda pájara. Deshuesadme esas olivas, anda.

—Me da mucha rabia, porque yo no había hecho nada —noté la mirada del cocinero.

—Pero ¡¿qué hacéis?! Coged el cuchillo, dad un golpe fuerte, pero sin espachurrar como si fuera un ajo, y sacáis el hueso con los dedos —dijo mientras no dejaba de machacar el mortero.

Echó una mirada a la puerta, y dijo en voz baja:

—Mirad, la «Seve» es muy suya. Antes de la peste venía a hacer la colada dos veces por semana. Los mozos le sacaban la ropa y ella la devolvía limpia. Su único contacto con el colegio era el mayordomo. Ahora estáis vosotras dentro y tiene celos. Echad las olivas aquí en el mortero, poco a poco.

—¿Qué es?

—Carne de cerdo, bien machacada, hasta que queda una pasta, así como está. Le echo unas hierbas, en especial mirto seco, que también machaco. Mucha pimienta, cuando está la pasta, la mezclo con las olivas, que es lo que vamos a hacer ahora. Después lo embutimos en tripa de cerdo, y listo. Luego la cortamos en finas rodajas y es una delicia.

—Decías que tiene celos.

—Ella quiere ser el mayordomo, pero es imposible. Mirad, yo apenas salgo de cocinas, alguna vez voy a la finca a ver el género, pero eso no quiere decir que no oiga. Los mozos me cuentan los chismorreos. Esos sí que oyen todo lo del refectorio. Además, no eres la única a la que le gusta pasarse por aquí, aunque los colegiales lo tienen prohibido, alguno me visita. El caso es que me entero de cosas.

El repique de las nueve menos cuarto interrumpió nuestro diálogo.

—Tengo que marchar, Giorgio. Muchas gracias por la conversación y por enseñarme el embutido. Ya volveré en otra ocasión.

Marché para ir a hacer las cámaras. A pesar de tener todavía la mente nublada por lo que ocurrió la tarde anterior, estuve atenta para ver cómo Salva salía de misa. Terminé de hacer la número quince y esperé en el pasillo a que él pasara por delante de mí. Cuando llegó, andaba cabizbajo y le acompañé a su puerta. Él se paró.

—Don Salvador, ¿os puedo hacer la alcoba hoy?

—No.

Abrió la puerta y una bofetada de olor nauseabundo me hizo torcer el gesto del asco. Salva se percató, entró y cerró la puerta a toda prisa. Yo debía tener todavía la cara de asco cuando don Elio se cruzó conmigo de camino a su habitación.

—Este tufo a letrina lleva desde ayer. Para mí que don Salvador está malo o algo así. Como sea, no tengo todavía el permiso para que empecemos las lecciones en el colegio, pero…

—Don Elio —dije en voz baja y bajando la cabeza—, perdón por la interrupción, pero es que no me permiten hablar con vos.

—*Cucha* una mijilla, no habléis. Pero yo no tengo voto de silencio, así que asentid si tenéis que hacerlo. Asumo que sabéis escribir, ¿no es cierto?

Asentí, con un ojo siempre puesto en la puerta del ecónomo, donde estaba la «Seve».

—Cucha, ¿tenéis buena caligrafía?

Dudé, pero asentí después.

—¿Y tenéis sitio donde escribir?

Dudé más rato. En mi celda, si hacía algo de sitio, podría improvisar un escritorio. Asentí.

—*Optime*.

Se metió en la alcoba mientras yo estaba en el pasillo, y salió con unas cuantas hojas.

—Copiadme este manuscrito.

Me dio el taco de hojas en la mano y yo miré asustada para todos los lados, por si alguien me había visto. Pensé un instante dónde ocultarlo y me lo metí por dentro del vestido. Él se dirigió hacia la sala de juegos a esperar a que yo terminara el trabajo, como era habitual, pero se dio la vuelta y me susurró.

—En caso de que os falte material de escritura o velas, yo no denunciaré que me han desaparecido.

El «manos largas» me volvió a dar un cachete y se retiró. Y estaban las cosas como para pegarle un guantazo, que es lo que una suele hacer en estos casos. «Prudencia, Male, prudencia».

Le ordené la alcoba y aparté unas cuantas hojas, una pluma, un tintero y un secante en el rincón de la mesa. Cogí una de las hojas y escribí: «Guardadme estas cosas, volveré por la tarde a por ellas. M.».

Salí de la alcoba, me acomodé el vestido para que no se me cayera el manuscrito, al cual ni le había echado el ojo, y me fui a las letrinas para cerciorarme de que todo estaba bien. En las letrinas me acordé del olor de la habitación de Salva. «De mañana no pasa. Mañana averiguo qué está pasando y que se trae ese entre manos».

El manuscrito estaba a buen recaudo y no me costaría sacarlo cuando acabara mi turno después de recoger el refectorio. Tras sacar las sobras a caridad, me iría a la residencia y dejaría el

manuscrito en mi celda. Otra cosa sería cómo sacar el paquete de la cámara dieciocho. Eso no me iba a caber en el vestido, además corría el riesgo de que se me cayera todo al suelo, las hojas, la tinta… Vamos, que de seguro que la «Seve» me pondría de patitas en la calle.

«Piensa, piensa», me dije. Y estuve pensando toda la comida. Cuando terminamos fui a recoger al refectorio. La dieciocho era la alcoba más cercana. Sin decir nada a nadie, con mucha decisión, cogí uno de los manteles usados, salí del refectorio y llamé a la puerta de la alcoba de don Elio. Abrió, y no tuve que decir nada, tenía las cosas preparadas. Don Elio siempre se anticipaba a todo. Extendí el mantel con ambas manos, depositó el material de escritura, lo envolví en el mantel y fui a por la carretilla, donde puse el mantel hecho un gurruño y las sobras. Me dirigí a la puerta y me paró una voz.

—Magdalena, ¿os lleváis un mantel?

Era la «Seve». Me entró un calor en todo el cuerpo, que para asar castañas.

—Es que, ya que ponemos las sobras en una mesa, me gustaría poner un mantel para que los que vienen a pedir lo vean bonito.

Era una excusa absurda. El mantel arrugado ocupaba más del doble de lo que debía, y por el calor que sentía en las orejas, mi rubor debía ser de fragua de Vulcano.

—¿Y lleváis uno sucio?

—Es que, a veces, se vuelven ansiosos y lo machan todo.

No tenía ningún sentido. Llevar un mantel para que lo vean bonito y llevarlo sucio. Pero ¡qué iba a decir! La «Seve» dudó un eterno instante y dijo:

—Aseguraos de que vuelva.

—Sí, señora.

No miré para atrás y salí por la puerta lo más rauda que pude. Al verme, Braulio, se dispuso a llevar la mesa, como siempre. Crucé con la carretilla detrás de él. Ahí sí que me quedé sin ideas.

—¿Me guardáis un secreto, Braulio? —no le dejé decir que sí. Desenvolví el mantel, le puse los útiles de escritura en las manos a Braulio, que se quedó parado dejándose hacer, extendí el mantel

sobre la mesa, puse las bandejas, recogí las cosas que me guardaba el portero, y le dije.

—No es robado, pero no quería que lo vieran. ¿Sois tan amable de devolver la carretilla a su sitio?

Le guiñé un ojo y me fui a la residencia.

Al llegar a la celda, hice sitio en una pequeña mesa de noche que teníamos, puse una vela, el tintero y el montón de hojas. Saqué el manuscrito de mi vestido y me puse a copiar. El título del manuscrito era *Doctrinale Puerorum*, educativo para niños. Un tratado de gramática para que los niños aprendieran latín, aunque seguro que el susodicho tratado había enseñado más técnicas de escapatoria y excusas para no hacer la tarea que otra cosa. Era aburridísimo. Sin embargo, yo estaba decidida a hacer el trabajo y lo copié con la mayor diligencia.

# CAPÍTULO VIII. LA CÁMARA DIECISIETE

Estaba lista para averiguar qué es lo que ocurría en la cámara diecisiete. La de Salva. Hice coincidir la salida de la misa para terminar la dieciséis, de tal manera que, cuando el estudiante de medicina se cruzara conmigo en el pasillo, me colocaría detrás de él y pegaría un empujón a la puerta cuando este la abriera. Era la pista más rara que tenía sobre los sucesos extraños y no la iba a dejar pasar.

Esa parte del plan salió según lo planeado. Salva se cruzó conmigo y le hice un saludo con la cabeza. Él abrió su puerta con cuidado, pero estuve rápida, y de un empujón me metí dentro de la cámara con él. Todavía no me puedo quitar el olor y el asco cuando vi lo que estaba haciendo el estudiante de medicina. Quiero recalcar que no había ninguna criatura muerta y que desde luego lo que vi y olí nada tenía que ver con el propósito de mi viaje.

Me llevé la mano a la nariz y la boca, me di la vuelta y salí a toda prisa de la alcoba. Me apoyé en la barandilla del pasillo que da al patio del claustro intentando contener las arcadas para no vomitar. Salva salió cerrando la puerta, fue hasta donde yo estaba y me dijo:

—¡Puedo explicarlo!

—¡No puedo hablar con vos! —le susurré a gritos.

—Puedo explicarlo, reuníos conmigo en la Puerta de Zaragoza esta tarde después de comer.

Al oír la palabra comer, me tapé la boca y ahí sí que estuve cerca de echar hasta el primer ragú que tomé en el colegio. Por fortuna,

me compuse. Entonces tuvimos una negociación rápida y furtiva:

—Después de comer no puedo.

—A las seis.

—A las seis voy a misa.

—A las cinco, ¿podéis?

—Sí.

—Reuníos conmigo esta tarde a las cinco en la puerta de Zaragoza.

Creo que el resto del día trabajé con mala cara, porque en un descanso Beatriz me preguntó:

—¿Os encontráis bien?

—Sí —Pensé un rato y le hice yo a ella otra pregunta—: Esta tarde, a las cinco, ¿podéis venir conmigo a la Puerta de Zaragoza?

—¿Por qué?

—Porque he quedado con don Salvador y no quiero ir a solas.

—Habéis quedado, ¿para qué?

—Me tiene que dar una explicación, pero no quiero ir a solas con él. No quiero que se piense que me interesa en algo.

—Ese chico siempre me ha parecido un colegial muy raro. Pero algo os debe interesar si queréis acudir a la cita.

—¡Que no! No os puedo contar, pero hacedme ese favor.

Hasta que llegaron las cinco tuve a Beatriz de lo más intrigada; sin embargo, no quería dar ningún detalle, prefería que fuera Salva el que lo contara.

Llegamos puntuales a la puerta de Zaragoza. Allí estaba Salva cabizbajo, como siempre, dando pequeños paseos, como padre primerizo que espera el parto de su primogénito.

Percibí la decepción en su cara cuando me vio acompañada; pero contó su historia, aunque con todos los rodeos imaginables:

—Mirad, yo soy de una familia muy humilde en León. Mi padre, herrero de profesión como lo era mi abuelo, se arruinó hace unas décadas por un incendio. Teniendo bocas que alimentar, encontraron trabajo al servicio de unos nobles. Sirvieron bien, fueron bien tratados y con el paso de los años se fueron acomodando. Mi madre se empeñó en que yo estudiara medicina. Yo, que ni siquiera sabía lo que era un estudiante, tuve la oportunidad de ir a Salamanca, y

como no tenía más conocidos que los manuales de anatomía, los de plantas y hierbas medicinales, y los de cómo curar cataratas, no hice muchos amigos y sí estudié todo lo que pude. Por eso me dieron la beca en el colegio y esto significa mucho para mí.

—Perdonad, don Salvador, pero no sé qué tiene que ver.

—Dejadme continuar, que llevo toda la mañana pensando en lo que os iba a decir y ahora no me lo vais a chafar.

Miré a Beatriz, que tampoco estaba entendiendo nada, y ella me devolvió una sonrisa y me hizo un gesto dando a entender que quería seguir oyendo la historia.

—Continuad, os escuchamos.

—A ver, que me he perdido. Mirad, de pequeño, en los días libres que tenían mis padres porque los señores iban a otras de sus residencias a pasar el verano, solíamos ir a pasar unos días a La Bañeza. En La Bañeza había una chica con la que, aunque yo debía tener seis años y ella ocho, jugaba mucho. En uno de los viajes de vuelta, me quedé dormido en la burra y, cuando desperté, había tenido un sueño con la chica. Y todo lo que veía era la chica y cerraba los ojos y solo pensaba en besarla.

—¡Madre de Dios! —interrumpió Beatriz—. ¿Toda esta historia para contarnos que os gusta una chica?

—¡Dejadme en paz! ¿Queréis saber la historia o no?

—Es que yo no sé qué historia queréis contar —contestó Beatriz.

—Vale, vale —intervine yo—. Calma, Beatriz.

—¿Que me calme? Pero si yo no sé qué pinto en esta pantomima.

—Me estás acompañando. Debería ser suficiente.

—Vale, vale —copió Beatriz mis palabras—, me callo. Continuad.

—¡Gracias! Hace unos días fui con «el Sici», el portugués novato, a la taberna de *Palavrion* en la *Plaza de la Mercanzia*, a tomar unos vinos. Para entretenernos, alguien sacó unos naipes y nos pasamos jugando toda la tarde. Y vino va, vino viene, las cosas me iban bien. Entre los jugadores había un Malatesta, pero de esos venidos a menos, que estaba perdiendo hasta la camisa. Cuando ya no le quedaba más para perder, sacó una perla del bolsillo y se la jugó. Con tanta fortuna la mía que se la gané. Después el vino me nubló la vista, y la verdad es que perdí todo, salvo la perla. Volví al colegio

bastante a trompicones, pero logré llegar a la alcoba. No iba tan mal como os pensáis, porque consciente como soy de que los bolsos de mi balandrán necesitan un zurcido, no solté la perla de las manos. Al llegar a la alcoba, y viendo que la perla podría rodar y perderse, la metí en el recipiente que podía contenerla: mi escudilla.

—Menos mal que no fue el orinal —interrumpió Beatriz entre risas.

—Me caí rendido en el jergón a dormir la mona. Me despertaron los cuartos de las nueve. Vos sois nueva y no sé si sabéis que, además de estudiar, otra de las obligaciones que tenemos es la de ir a misa de nueve. Faltar es motivo de expulsión, solo los enfermos con justificación del rector pueden…

—¡Proseguid! —interrumpí con una autoridad que desde luego no tenía.

—Bueno, pues estaban los cuartos sonando y la cabeza me iba a estallar. Tenía náuseas, la lengua pastosa e hice lo mismo que hago todas las mañanas que me levanto así. Me vestí a toda prisa, vertí la jarra de agua en la escudilla y me la bebí de un trago.

Hizo una pausa. Beatriz me miró y, como nadie decía nada, preguntó:

—¿Y?

—Que me tragué la perla.

Yo bajé la cabeza y no sabía si reírme, porque empecé a entender lo ocurrido. El estudiante continuó con su historia y sus rodeos.

—Imaginaos lo que esa perla significaba para mí. Una joya que podía engarzar y regalar a mi querida María cuando regresara a León.

—¿Y por qué tenéis que explicarnos esto? —preguntó Beatriz.

—Esperaos —dije yo.

—Soy estudiante de medicina, y como estudiante, me entró la curiosidad para saber cuántos días duraba mi ciclo digestivo. Esa misma mañana, cuando volví de misa, me tragué un botón y cada vez que tenía ganas de hacer de vientre, en vez de ir a letrinas, donde se pierden los desechos, lo hice en la alcoba. Y claro, tenía que rebuscar para que no se perdiera entre la masa. Para mi

desgracia, el botón apareció ayer, pero la perla parece haberse perdido.

—Ya tenéis para una tesis —le dije.

Beatriz no paró de reír, por alguna razón esos temas le divertían mucho.

—Ahora ya sabéis mi secreto —dijo el colegial.

—Pues espero que limpiéis la cámara de vuestras inmundicias, y también espero que ventiléis bien. Y ya de paso, que le pongáis unas flores o algo, a ver si se va el olor, porque si no, yo no entro.

Creo que se quedó sorprendido por el genio que saqué. Sin más que me retuviera allí, y con vistas a separarme, porque sentía un poco de vergüenza ajena por la revelación del secreto, di una excusa para irme:

—Yo me voy a misa, a Muradella.

—Pues voy con vos.

—Pero ¡si habéis ido esta mañana!

—Sí, pero no con vos.

Beatriz dejó de ser momentáneamente mi amiga:

—Oíd, yo me voy y os dejo solos.

Si pudiera matar con la mirada, hubiera atravesado allí mismo a mi compañera. Fuimos a misa, creo que no dije una palabra, y cuando salimos de misa le dije al colegial:

—Yo me voy, que tengo que estudiar.

—¿Qué estudiáis? —preguntó sorprendido.

—¡A vos qué os importa! —dije ya harta del pesado.

Marché a la residencia todo lo rápido que pude y sin mirar atrás. Y la verdad es que al llegar a la habitación me sentí un poco mal. Quizá había sido demasiado dura. «Pero bueno, que se fastidie ese estudiante tan raro y cochino», pensé. Y casi se me pasaba.

Preparé mi improvisado escritorio y terminé de copiar, con gran tedio, el manuscrito del *Doctrinale Puerorum.*

# CAPÍTULO IX. SUPRA MAGISTER

En un nuevo día de rutina, hice las cuatro primeras cámaras de mi ala como de costumbre. Llamé a la puerta de Salva con miedo a ver qué me iba a encontrar. Abrió y me dijo:

—Buenos días, Magdalena, ya he limpiado y ventilado y ya no huele.

Aspiré y todavía podía notar el olor. Así que le increpé.

—¡Claro que huele! Dejad la ventana abierta toda la tarde, a ver si se va. ¿No ibais a traer flores?

Miró su talega, y por lo que yo vi parecía bastante ligera. Se despidió muy risueño y pensé «y este de qué se ríe». Hice la cámara lo más rápido que pude para evitar el olor, cerré la puerta y llamé a la de don Elio. El de Nebrija abrió y al salir comentó:

—Aquí huele a letrina.

—Sí, pero ya está solucionado.

Me saqué los dos manuscritos del vestido y se los di en la mano. Él los miró y me devolvió el que yo no había copiado diciendo:

—*Cucha*, ¿podéis hacer otra copia?

Me notó la cara de disgusto y cuando estaba a punto de protestar me dijo:

—El secreto del aprendizaje está en la repetición. Una cosa más. No necesitáis hacerlo con tanta floritura. Me vale que se pueda leer. ¿Podríais hacer otro para mañana?

—¡No! Apenas tengo tiempo, voy a misa por las tardes y…

—¿Y para dentro de dos días?

Como tampoco quería ponerme a discutir en los dominios de la «Seve», cogí el manuscrito y lo metí en el vestido. Él se alegró y me dijo:

—*Cucha*, no hace falta que me devolváis el original. Tendremos que repetir el proceso algunas veces más.

Fue a alargar las manos, como siempre hacía cuando nos despedíamos, pero esta vez estaba preparada y, cogiéndole por la muñeca, le aparté diciendo:

—No me gusta que hagáis eso.

Me libré del cachete. No pasó mucho digno de mención ese día, salvo que cuando salía por la puerta del colegio, habiendo terminado el turno de mañana, Salva se acercó a mí y me entregó una flor diciendo:

—Es como las que he puesto en mi alcoba, pero esta es para vos.

Miré la flor y, sin tomarla, le respondí:

—Pues es bastante fea.

Me di la vuelta y me marché a copiar. Cuando fui a misa de seis, ahí estaba el médico en la puerta, a por su segunda misa diaria. No le dirigí más palabra que la necesaria. Pero quedé sorprendida por la devoción que tenía ese chico.

Pasaron los días, la cámara diecisiete dejó de oler a letrina y yo terminé un nuevo ejemplar del *Doctrinale.* Cuando me llegó el turno de la cámara dieciocho, llamé e hice entrega. Don Elio lo volvió a examinar y me dijo algo que no me sorprendió.

—*Cucha*, ¿podéis copiar otro?

—Pero ¿qué hacéis con las copias que os doy?

—Las vendo. Pagan bien.

Miré para todos lados buscando a la «Seve», porque no me podía aguantar la protesta. La «Seve» hacía ya días que no estaba tan encima de mí, así que protesté:

—¿Y por qué no los vendo yo?

—Id vos a venderlos, si podéis. Pero entonces nunca os daré lecciones de latín.

—Pero si no me dais lecciones, yo solo estoy copiando.

—Creedme que estoy intentando que os dejen un sitio.

—No sé si creeros. Al menos que me llegue una parte del fruto de mi trabajo, ¿no?

—¿Una alumna pidiendo compensación por un trabajo académico? ¡Qué disparate! Anda, copiadlo una vez más, que lo tengo comprometido, y luego vamos con Cicerón y Catilina. Tened afán de aprender, *quilla*, afán de aprender.

Fue a darme un cachete, le volví a parar la mano, le cogí las hojas que había copiado y me separé de él. A la altura de su cara rompí la primera hoja y le devolví el resto diciendo:

—Puedo volver a copiar esta página para vos antes de comer, pero si me volvéis a tocar se terminan mis lecciones y vuestras copias. Ni Cicerón ni *Catalina*, ¿clarico?

Se quedó confuso, no sé si por el «clarico» que me había pegado la «Seve», por confundir a Catilina o por mi determinación. Determinación no improvisada, ya que la noche anterior me había acordado de los métodos de la tabernera de Génova cuando dejaba sin vino a los que se propasaban con ella. Funcionó. Cuando terminó su confusión me dijo con suavidad:

—¿Podéis tenerla antes de comer?

—Puedo.

—Y otra copia en unos días.

—También puedo.

Esa misma tarde, como siempre, entre huecos trabajé en la nueva copia, y me la pasé entera dándole vueltas a la relación con mi profesor. Fui a misa y, a la salida, por mi propio interés, crucé unas palabras con Salva:

—Don Salvador, ¿conocéis bien a don Elio?

—Sí, ¡claro que le conozco! Llevamos ya un par de años juntos en el colegio.

—¿Y es de fiar? Me refiero a que dice que está buscando la manera de darme lecciones de latín, pero no sé si lo dice como parte de una estratagema para que le copie textos gratis.

—No sabía que era a vos. Sí, don Elio está buscando la manera. Tiene discusiones muy fuertes con otros colegiales porque se niegan a que haya mujeres en el colegio. ¡Canastos! ¡Era por vos!

—Soy monja en un convento, he venido a aprender latín —dije exagerando un poco mi grado dentro de la orden para ver si le rebajaba lo que podía esperar de mí.

Al oír que el colegial había hablado de discusiones en el colegio, no sé si por cumplir con el propósito de mi viaje, por vanidad o por simple curiosidad, intenté sonsacar al colegial.

— ¿Con quién discute?

—¡Uf! Es complicado. No sé por dónde empezar.

—Podemos dar un paseo —dije, bruja de mí.

Empezamos a caminar hacia la plaza Mayor y Salva comenzó a hablar:

—Hay algunos colegiales, como el «Mendo» y el «Carmo», que están en contra de que haya mujeres dentro del colegio. Cualquier discusión se enquista y se torna en acusaciones que no tienen nada que ver y acaban en lo mismo: quién es cristiano viejo y cristiano nuevo.

—Don Elio me llevó a ver al rector. Escuché una conversación en la que hablaban sobre que estaban prohibidas las mujeres por… no me acuerdo por qué.

—Los estatutos.

—¡Eso!

—Mira, los estatutos prohíben la entrada de mujeres. Pero, a decir verdad, prohíben casi todo. No podemos cantar, no podemos blasfemar, no podemos entrar en la cocina ni en la bodega, no podemos hablar mal del rector, no podemos revelar secretos. Todo lo divertido está prohibido.

—¡Pues yo os he visto cantar y blasfemar!

—¿Cuándo?

—Cuando pusisteis los motes a los nuevos.

—Ah —rio—, no sabía que estabais fisgando.

—Estábamos fisgando las cuatro camareras. Fue muy divertido porque sois malvados.

—Solo es un día. Bueno, en general supongo que a lo largo de los años se han ido relajando las normas. ¡Que el colegio acaba de cumplir cien años! Con decirte que antiguamente por las noches el

rector encerraba a los colegiales en las cámaras. Ahora eso ya no se hace. También influye la falta de un cardenal protector.

—¿A quién protege?

—El cardenal protector es el superior al rector. Según los estatutos, es el cardenal de Castilla, en su defecto el de Aragón, si no, el de Lusitania, y si no el de Santa Sabina.

—En Castilla no hay cardenal en estos momentos. Eso sí que lo sé. Salvo que el papa tenga a alguien *in pectore.*

—Exacto. El único cardenal castellano es Juan de Carvajal. Pero ese debe ser muy mayor y no sale de Roma. Y si hubiera *in pectore,* por definición, no ejercería de protector, ¿no creéis?

—Entonces el rector es soberano.

—Bueno, está Véneris, el nuncio del papa en la corte del rey de Castilla. Ese podría ejercer de protector, pero se desentiende. Quien quita y pone al rector es el arzobispo Carrillo.

—Ese no me suena.

—Carrillo es un excolegial. Estuvo aquí hace una década o así. Además, desciende del fundador. Gil de Albornoz era hermano de su bisabuelo. Por lo visto siempre mete a algún colegial. Al mismo «Carmo» lo trajo el séquito del arzobispo Carrillo con carta de favor incluida.

—¿«Carmo»?

—Rodrigo de Santaella, el que tiene la cámara debajo de mí.

—No le conozco.

— Es de un lugar entre Córdoba y Sevilla que se llama Carmona. Va siempre con el grupo del «Mendo». Y precisamente estos dos, como os he dicho antes, son de los que están más en contra de que haya mujeres.

Le expliqué la conversación que presencié entre el rector y don Elio, donde el primero se comprometió a autorizar al segundo a darme lecciones, siempre que contara con el voto de los otros tres consiliarios. Mientras discutíamos acerca de quién mandaba en el colegio y me tranquilizaba sobre las intenciones de mi profesor de latín, continuamos caminando hasta que llegamos cerca de la torre *degli Asinelli*. El estudiante, al cual era obvio que le estaba aburriendo el tema, lo cambió de improviso diciendo:

—¿No os parece increíble lo altas que son? Dicen que hace unos años la ciudad entera estaba cubierta de estas torres. Muchas más de las que hay ahora.

—Me dan miedo. Parece que se van a caer —dije señalando a la *Garisenda*, una torre la mitad de alta que la *Asinelli*, pero que estaba notablemente inclinada.

Bolonia es una ciudad que está plagada de torres. Edificaciones finas y altas que servían de fortaleza y símbolo de poder de las familias. No las conté, pero si me dicen que hay cien no me sorprendería. Hay alguna desmochada y alguna que está en ruinas, e incluso alguna que no se llegó a terminar. Estuvimos paseando por la ciudad, y el tema de conversación volvió a cambiar hacia asuntos más personales que yo esquivaba con habilidad. No me atreví a volverle a preguntar sobre el colegio o los colegiales, porque intuía que con lo insistente que era Salva no iba a ser el único día que nos íbamos a ver. En cuanto tuve oportunidad, propuse volver al colegio.

—Está anocheciendo, tengo que ir a montar la cena.

—Pero si todavía queda tiempo.

—Yo me vuelvo al colegio. Podéis acompañarme si queréis.

Naturalmente, lo hizo.

# CAPÍTULO X. UN PEÓN

Pasaron los días mientras yo seguía con mis trabajos de latín. No hubo nada que reseñar hasta que una mañana se presentó en la puerta un castellano con dos pajes que decía que era pariente del fallecido mayordomo. El portero Braulio le tuvo un buen rato en la puerta, hasta que al final el rector accedió a recibirle y lo acompañó al claustro.

Los mozos condujeron a los pajes a guardar sus monturas en las caballerizas y el castellano departió unos momentos con el rector. No tardó mucho el rector en dar la orden a la «Seve»:

—Doña Virtudes, id a buscar las pertenencias del señor Lope. Las reclaman sus herederos.

—Lo que ordenéis, magíster.

La «Seve» se acercó a Beatriz y a mí, y nos pasó la orden:

—Niñas, id al almacén a buscar las pertenencias del mayordomo. Están en una cesta al fondo, sabéis, ¿no?

—Sí, señora —dijo Beatriz.

Fuimos las dos a buscar la cesta con las cosas del difunto, puesto que los mozos estaban en sus tareas. Examiné las pertenencias, al principio con un poco de disimulo; pero, al ver que Beatriz tenía la misma curiosidad que yo, las empecé a escrutar con todo el descaro. La cesta contaba con un chisquero, una navaja, una capa de lluvia y poco más. Todo sin bolsillos, sin papeles y sin nada. Beatriz me aseguró que allí no había nada que pudiera tener algún valor, ni siquiera sentimental. ¿Quién se recorre los caminos de Dios para venir de Castilla a por tan rácana herencia? Cierto es que el puesto de mayordomo era bien reconocido y pudiera haber tenido algunos

ahorros, pero en esa cesta no se encontraban. Estando frente a la oficina del ecónomo el titular de esta, el rector, la «Seve» y las cuatro camareras, el castellano entregó una misiva al ecónomo y este le improvisó un recibí. Una vez adjuntada la misiva, supongo que con la petición de los herederos, a recibo firmado, como siempre, el ecónomo autorizó la entrega de la cesta. Entonces el castellano habló:

—Vengo de viaje de muchas jornadas. ¿Sabéis dónde puedo escuchar misa?

—Hasta mañana no tenemos misa aquí, pero por las tardes a las seis hay en Santa María Muradella —contestó el rector, sin apenas disimular las ganas que tenía de quitárselo de encima.

—Me alegro, porque cuando uno viaja es difícil acudir. Iré a pedir por el alma del señor Lope, que en paz descanse. ¡Qué tragedia! —y entonces dijo muy despacio y claro—: No hay cosa más cierta que la muerte.

Di un respingo y contesté:

—Ni cosa más incierta que la hora de ella.

Entonces la que dio un respingo fue la «Seve», a la que no le gustó nada que yo abriera la boca.

El caballero se fue y el rector quedó aliviado hablando con el ecónomo. El ecónomo también quedó aliviado después de que el visitante le firmara un recibí y descargara de objetos no necesarios el almacén, y la «Seve» quedó aliviada después de la regañina que me echó en cuanto tuvo oportunidad. Todos aliviados menos yo, que tenía que soportar a la «Seve». Nunca le había caído bien, pero las cosas empezaban ya a ser difíciles entre las dos. Y yo tenía las de perder. Por suerte, mi contacto por fin había aparecido, y tal vez me aclarara de una vez por todas qué es lo que tenía que buscar en ese colegio y —lo que era más importante para mí— cuándo me podía ir a Roncesvalles, porque estaba harta de la «Seve», de esa ciudad donde no para de llover, harta de Salva… Bueno, Salva era ya parte del paisaje, estaba allí y era incansable. En fin, estaba harta de todo lo demás.

Se me hizo eterno el resto del día hasta que dieron las seis. Di esquinazo a Salva diciendo que no iba a ir a misa, que me iba a

quedar estudiando latín. Se ofreció innumerables veces a ayudarme con las lecciones y otras tantas le dije que me dejara en paz.

Entré en la iglesia de Santa María Muradella y me aseguré de que el viajero notara mi presencia. Cuando salimos en paz, le hice un gesto para que me siguiera. Me dirigí hacia el terreno de los Albergati, donde había un sitio discreto en el que podíamos hablar. Él hizo un gesto a los pajes, que se quedaron a una distancia prudencial. Yo lancé la primera pregunta.

—Pues ya me diréis qué hago aquí y hasta cuándo tengo que estar.

—Calmaos. ¿Os están tratando mal?

—No, bueno, tengo algún roce, pero me tratan bien. Vine para aprender latín y lo único que hago por ahora es copiar escritos, y estoy un poco cansada, si os soy sincera.

—Calmaos, insisto. En estas semanas os habréis dado cuenta de la importancia de este sitio, ¿no es así?

—Así es —asentí.

—A ver, supongo que tendré que ser honesto con vos. Ante todo, mi nombre es Gutierre de Cárdenas. Soy sobrino de Gonzalo Chacón, al que conocisteis en Roncesvalles. Me recomendaron que no os diera más información de la que necesitarais, pero ellos no han hecho este viaje ni entienden vuestro sacrificio. He oído buenas cosas de vos, así que os cuento lo que yo sé. Mi tío y el vuestro se conocen desde los tiempos del condestable don Álvaro de Luna. Tuvieron una entrevista, por casualidad, cuando vuestro tío volvió de Santiago. Por eso creímos que sois nuestra mejor baza para venir aquí. Castilla está convulsa.

—Algo he oído.

—La princesa de Asturias, doña Isabel, es el futuro. Si todo va bien, porque la princesa es muy suya, casará con Fernando, el hijo del rey de Aragón.

—Y yo, ¿qué pinto en eso?

—Este colegio necesita estabilidad. Hasta que Castilla tenga cardenal, quien lleva el cotarro es el arzobispo Carrillo, que, aunque ahora es aliado y está prestando gran servicio a la princesa, digamos

que no es muy de fiar. O por decirlo de otra manera, el reverendo Carrillo es partidario del reverendo Carrillo.

—Ya he oído hablar de ese arzobispo. Es un excolegial que descendía del fundador del colegio.

—Exacto, como descendían muchos otros, como por ejemplo un conocido de vuestro tío y del mío: don Álvaro de Luna era sobrino nieto del fundador.

—De don Álvaro también escuché hablar en bastantes ocasiones.

—No tiene nada que ver en este asunto, solo lo menciono para decir que Carrillo no es el único descendiente.

—Entiendo, lo que no entiendo es que me hayáis enviado a mí. ¿No tenéis a nadie más capaz para hacer el trabajo?

—Teníamos a alguien dentro. Lamentablemente, falleció por la peste.

—¡El mayordomo!

—Exacto.

—Y hasta que tengáis a un sustituto me habéis mandado a mí.

—Mucha culpa ha tenido vuestro tío. Él fue quien sugirió.

—Pues sí que debéis estar desesperados. ¿Y por qué no he recibido comunicación de mi tío?

—Tengo entendido que por eso os entregó una misiva y el bastón.

Me quedé callada un rato, pues no sabía qué decir, y en cierta medida estaba enojada. «Templanza», pensé. A Cárdenas el silencio le debió parecer más incómodo que a mí porque sin venir a cuento me soltó:

—Si os sirve de consuelo, en tres meses mi tío me ha mandado a Aragón, a París y ahora aquí a Italia. Me tienen viajando de acá para allá. Somos peones en un tablero de ajedrez.

Como yo permanecía callada, siguió hablando:

—Fui a ver al hermano del rey de Francia, Carlos de Valois…

—Perdonad que os interrumpa: ¿Qué habéis oído de mí? No es por vanidad, es por asegurarme que de quien vos habláis y yo somos la misma persona.

—Que entendéis las cuatro virtudes de la caballería y que haréis bien el trabajo.

—Os creo —sentencié—. ¿Qué es lo que debo hacer?

—Investigad y tened ojos en los conflictos que haya en el colegio. Conoced las virtudes y defectos de los colegiales, conoced quién los ha enviado. Pero sed discreta. Como os decía antes, este colegio es importante para la unidad de los reinos españoles de Castilla, Aragón, Navarra y Portugal. Y esa unidad es vital para la lucha contra el infiel y glorificar a Dios.

Omití —y me costó hacerlo— que lo más raro que había visto es que los colegiales de vez en cuando se emborrachaban y gritaban canciones soeces. Y pregunté una duda que me atrapó el primer día:

—Y decidme, ¿por qué no puede hacer el trabajo un colegial? Sería mucho más fácil.

—Tendréis que hacer cosas que a los colegiales no les está permitido y que se negarían a hacer por miedo a ser expulsados.

—Y mi expulsión no afecta como la de un colegial. En verdad soy un peón.

—Todos los somos.

—Por deferencia a mi tío, haré lo que haga falta, siempre y cuando no contemple cometer pecado mortal.

—No os perdáis, Malena. No nos conocemos apenas, pero si admitís el consejo de este extraño que tiene cierta experiencia en estos asuntos, os diría que os apoyéis en pequeñas mentiras o medias verdades, pero siempre algo confesable. No os condenéis.

Terminamos la reunión con el acuerdo de que, si sus obligaciones le impedían volver, mandaría a alguien y que yo me centraría en aprender latín y en tener los ojos y oídos abiertos.

Pero no, don Gutierre no volvió ni jamás enviaron a nadie, que yo sepa, así que las decisiones que tomé fueron por mi cuenta, pero tampoco ahora me voy a adelantar a los acontecimientos.

Me encaminé a la residencia, y cuando crucé la puerta la «Seve» me tenía preparada una sorpresa. Al parecer, la regañina que me había echado esa misma tarde por haberle contestado a don Gutierre le había sabido a poco.

—¡Serás ladrona! —me dijo dándome manotazos.

—¿Qué? —respondí.

—¡Condenada ladrona! —dijo entonces, quitándose la alpargata.

—¡Yo no he robado nada!

Intentó cogerme de las patillas, pero estuve atenta y me zafé. No así cuando me cogió del brazo y me llevó sobre la mesa de la sala principal de la residencia para enseñarme un montón de velas, hojas, la pluma y la tinta del colegio.

—¿Y esto de dónde lo has robado?

—¡No lo he robado! Me lo dieron prestado.

—No se pueden sacar las cosas propiedad del colegio fuera del colegio.

# CAPÍTULO XI. EL GRANERO

Sin soltarme el brazo, la «Seve» me llevó al colegio, con tanta determinación que creo que me hubiera arrastrado si yo hubiera puesto resistencia. Convencida de mi inocencia, me dejé llevar. Detrás, sin querer perder detalle, iban mis tres compañeras.

Me presentó como un reo a las puertas del ecónomo y lanzó sus acusaciones:

—Resulta que la recomendada es una ladrona. ¡Para España que la mando! Y voy a necesitar otra ayudante.

—¡Yo no he hecho nada! No he robado a nadie —sollocé esforzándome por aguantar las lágrimas.

—*Sacrum Corpus Christi* —dijo el ecónomo—. ¿Y qué es lo que ha robado?

La «Seve» ordenó a mi compañera Ester que presentara los útiles de escritura. Esta depositó un zurrón sobre la mesa del ecónomo, lo abrió y extrajo las hojas, las velas, la tinta y la pluma. La «Seve», que según pasaba el tiempo se iba llenando más y más de ira, me acusó:

—Aquí está lo que esta ratera ha robado. Como veis es todo material del colegio. Y a saber qué más ha robado hasta ahora que no sepamos.

—Yo no he robado nada. Yo…

—Sin duda, —me interrumpió el ecónomo— estos útiles son como los que usamos nosotros. ¿Cómo es que los tenéis vos?

—Yo no he robado nada —me repetía.

Debíamos estar formando un pequeño escándalo, porque cada vez más colegiales se acercaban curiosos. Hasta que vi una cara familiar, la de Juan de Jaso, al que le hice una mueca de súplica. El navarro torció el gesto y me ordenó:

—Guardad silencio, jovencita.

El reproche de mi compañero de viaje me sorprendió. Y me enfadó sobremanera. Habíamos soportado demasiadas penurias juntos para que a la primera de cambio me diera una orden tan directa, en mi contra. Tan altivo. Bien que me habían advertido que no era su par, pero eso de mandar callar me pareció fuera de lugar. ¿Quién se había creído?

La humillación no hacía más que acrecentarse, puesto que la mayoría de los colegiales estaban ya en el patio y cuchicheaban como si estuvieran en un mercado. Hasta que el asunto llegó a oídos del rector. El rector don Pedro bajó al patio. Al verle llegar todos guardamos silencio. Pidió explicaciones y el ecónomo tomó la palabra:

—Parece ser que se han encontrado pertenencias del colegio en la residencia de las camareras. Concretamente en la celda de la nueva, la moza Magdalena.

—¿Y de qué pertenencias estamos hablando? —preguntó el rector.

El ecónomo enumeró exhaustivo:

—Se trata de un mazo de hojas, tres velas, un tintero, una pluma y un secante. Y unos escritos en latín que, si no me equivoco, son el principio del *Doctrinale Puerorum.*

—Entiendo —se limitó a decir el rector.

—Y a saber qué más se habrá llevado la…

—Doña Virtudes, ¡guarde silencio!

El golpe de autoridad del rector hacia la «Seve» me llenó de alegría, pero duró bien poco, porque a continuación el rector añadió:

—Bien, con independencia del valor de *res furtiva*, no podemos tolerar robos en esta institución. Mientras aclaramos lo sucedido, que la acusada quede bajo custodia en el granero.

—Los dos mozos me prendieron uno por brazo y, mientras me llevaban al sótano, el traidor del navarro, con el aprecio que hasta la

fecha le tenía, reiteró:

—Recordad, no habléis con nadie.

Y así di con mis huesos en el lúgubre granero. Me acomodé juntando unas pajas para intentar conciliar el sueño; pero, entre la indignación del bochorno que me había tocado sufrir y la novedad del lecho, me pasé el rato mirando las sombras que proyectaba la tenue luz de las antorchas de la calle al pasar por los tragaluces que daban al ras de suelo de la puerta principal del colegio. Y cuanto más miraba las sombras, más me asustaba. ¿Cómo sería mi viaje de vuelta? ¿Me readmitirían en la colegiata? ¿Y si el destierro no era lo peor que me pudiera pasar? ¿¡Y si me dieran tormento!? Mientras se me cerraban los ojos, las sombras se tornaron en espectros fantasmales hasta que me dio un espasmo y me asusté.

Me incorporé e inspeccioné la puerta; estaba cerrada. Traté de trepar hasta un tragaluz, después hacia el otro, pero abandoné la idea. Aparte de lo complicado de trepar, ambos tenían un enrejado sólido. Si tuviera a UESDAN conmigo, me podría abrir paso entre esos enclenques estudiantes, salir del colegio y después… y después… Daba igual, yo no era una de esos *assassinos.* Di unas cuantas vueltas más y me volví al lecho asumiendo mi derrota. Me encomendé a mis oraciones, recordé las palabras de la superiora, «Dios proveerá», y me acurruqué.

Al poco rato me pareció tener alucinaciones y oír voces que decían mi nombre entre susurros. Todo era muy confuso, hasta que escuché bien claro las voces:

—Male, Male, ¿estáis?

—¿Quién es? ¿Quién está ahí?

—Más bajo —me siseó—. Soy Salva. Quería daros ánimo y deciros que… que estoy seguro de que sois inocente.

El muy tonto, no sé cómo, me hablaba a través de uno de los tragaluces.

—Pero ¿qué hacéis fuera del colegio a estas horas? —le pregunté.

—No os preocupéis, sé cómo entrar y salir sin que me vean.

—¿Podéis sacarme de aquí?

—Eh... —el colegial dudó un instante—. No, no tengo la llave.

—Entonces, ¿qué queréis?

—Nada, solo quería saber cómo estabais.

—Pues mal. Yo no he hecho nada.

—Vale, yo me voy. Quiero deciros que…, que…, que todo saldrá bien. Que paséis buena noche.

No fue una buena noche. No dormí nada. El trémulo de las sombras del techo desapareció con las primeras luces del alba. Entonces fue cuando me debí quedar dormida, porque me despertaron unas voces de estudiantes que estaban cerca de la puerta.

Ignorantes ellos de la claridad con que podía escuchar su conversación a través del tragaluz, de la trivialidad de la conversación sobre dos que esperan a un tercero, se pasó a hablar de mí. Tras un par de soeces comentarios sobre lo que me harían y que no pienso reproducir, mantuvieron un diálogo.

—Pues el «Largo» ha pedido su defensa, yo no me pierdo el juicio.

—¡Pero si es un novato! ¡Rediez, el valor del navarro!

—Pobres los dos, la niña y el novato. No van a dejar ni las raspas.

—¿Acusa el «Mendo»?

—Seguro.

—Aunque tengo que estudiar, yo tampoco me lo pierdo.

«¿Cómo que el "Largo" ha pedido mi defensa?», pensé. «Pero si ayer estuvo en mi contra cada vez que tuvo ocasión». Cuanto más lo pensaba, más me indignaba, hasta que, hablando del rey de Roma, uno de los mozos abrió la puerta y el mismísimo Juan de Jaso pidió permiso para pasar:

—Con vuestro permiso —me dijo—, he solicitado ejercer vuestra defensa.

—¡Muy magnífico señor don Juan de Jaso! —dije muy seria—. Estoy muy decepcionada con vos. Ayer me mandasteis callar, y no una sino dos veces, cuando me estaban acusando de robar algo que yo no…

—¡Y os volvería a mandar callar setenta veces siete! Hablar en una situación que va a juzgarse solo puede perjudicar al acusado. Hablaremos cuando toque. Así que os pregunto: ¿Tengo vuestro permiso para ejercer vuestra defensa ante el tribunal que os juzgue?

—Sí, os lo doy —dije bajando la cabeza.

—¡Hala!, pues ahora explicadme por qué estabais en posesión de esos objetos.

Le expliqué que mi intención era aprender latín, que don Antonio era mi profesor, pero que lo único que hacía era copiar textos para beneficio del de Nebrija. Y que yo no había robado nada, sino que me había limitado a tomar los útiles que me había dado. Hubiera estado más digna si no hubiera sollozado tanto, si para secarme la nariz hubiera tenido un pañuelo en vez de las mangas y si me hubiera podido aguantar los lagrimones que se me escaparon, pero no podía acotar las emociones de rabia e impotencia que sentía.

Juan quedó pensativo, dio un par de vueltas y me preguntó:

—¿Hay algo más aparte de esas cosas?

—No.

—Yo no estoy aquí para juzgaros, yo estoy aquí para asegurar que tengáis una defensa justa. Cuanto más sepa sobre vuestro caso, mejor podré defenderos. Y todo lo que me digáis se tratará, digamos, como si fuera un secreto de confesión.

Dudé si decirle el propósito principal de mi viaje. Que no era más que una espía. Que no entendía por qué me habían elegido a mí. Por fortuna, Juan interrumpió mis devaneos.

—Me refiero solo a cosas relevantes al caso por el que os van a juzgar. El resto de vuestros pecados son cosas entre Dios y vos. ¿No hay nada más del colegio que tengáis o que hayáis cogido prestado?

—No, nada —contesté aliviada.

—¡Hala pues! Como sabéis, yo soy nuevo en este colegio. No sé cómo se hacen las cosas, pero me he informado un poco. Es posible que os monten un tribunal donde lanzarán estas acusaciones contra vos. Aprovecharán todo lo que puedan para declararos culpable. Digan lo que digan, permaneceréis callada y solo hablaréis cuando el presidente del tribunal o yo os lo digamos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¡Hala pues!, ahora descansad hasta que vengan a buscaros.

# CAPÍTULO XII. EL TRIBUNAL

Las campanas dieron las diez, y después de la misa, tal y como estaba previsto, me sacaron del granero y me llevaron a la sala que hay junto a la biblioteca. Me hicieron esperar hasta que abrieron las puertas y me encontré con que habían dispuesto la estancia como si fuera un teatro. En lo que parecía el escenario, había una mesa redonda, en la que estaba el rector escoltado por dos de los colegiales consiliarios, ocupando uno de los semicírculos, dejando el otro libre para encarar las sillas de los colegiales que hacían de público. En un lateral había otras dos sillas. En una estaba don Juan; la otra estaba vacía, y fue en la que me ordenaron que tomara asiento. Así lo hice, de tal manera que la presidencia de la sala estaba frente a mí, y a mi siniestra, todos los demás colegiales sentados en filas. El rector tomó la palabra, o la retomó, porque antes de que yo entrara llevaban un rato:

—Bien, continuemos. Ya que la acusada está aquí presente —citó mi nombre completo, incluyendo procedencia y edad—, doy por abierta la sesión. Doncella Magdalena —dijo clavando su mirada en mí—, se le acusa de haber robado material del colegio. En este tribunal juzgaremos si vuestra merced ha cometido ese delito, y en caso de resultar culpable, decidiremos la pena que se le impondrá, sin perjuicio de recomendar la excomunión. ¿Se da la acusada por enterada sobre los cargos por los que se le acusa?

Yo me puse a llorar. Oír la palabra excomunión fue como si se me clavaran uno a uno todos los carámbanos que en invierno cuelgan

de los helados techos de la colegiata. Miré a Juan, mi defensor, que era el que estaba sentado a mi diestra y él asintió. Sorbí, me enjugué las lágrimas con las mangas y respondí que sí, pero mi respuesta debió quedar muy escondida entre mis balbuceos porque el rector me increpó:

—Responded con la claridad suficiente para que os oiga toda la sala.

—Sí —dije esta vez con toda la fuerza que mi falta de aire me permitió.

—¿Ha elegido la acusada un defensor?

Asentí señalando a Juan, el cual se puso de pie mientras el rector dictaba a uno de los consiliarios para que tomara nota diciendo:

—La acusada elige al colegial don Juan de Jaso como *advocatus.* Muy magnífico señor don Juan de Jaso, ¿aceptáis haceros cargo de la defensa de la acusada?

—Sí, acepto.

—Tiene la palabra el actor, el muy magnífico señor don Pedro de Mendoza.

Don Pedro, que estaba sentado en la primera fila, pero en la esquina más lejana a mí, se puso en pie y empezó su discurso:

—Con la venia. Estamos aquí para demostrar que la acusada robó propiedad de este colegio, traicionando la confianza que se le dio, a pesar de ser mujer, de servir en esta centenaria institución, mancillando los valores con lo que nuestro cardenal, que Dios tenga en gloria, fundó este colegio. *Res furtiva* consta de tres velas, tinta, secante, pluma, un mazo de hojas y unos textos del *Doctrinale Puerorum.* Como puede verse, todos estos objetos son idénticos que los que tenemos en el colegio. Aparecieron en las dependencias que tiene la acusada extramuros en su celda de la residencia del personal de servicio. Y para corroborar esta acusación, el actor llama a su testigo, doña Virtudes de Cuenca.

El magíster ordenó que entrara la testigo. Al momento se abrió la puerta de la sala y entró la «Seve», toda estirada con las galas que solo usaba los domingos. Me echó una mirada por encima del hombro e hizo un gesto para dejar claro que ella era muy superior a mí. Yo conseguí mantenerme impasible. Ya se me habían secado las

lágrimas y no me resultaba tan difícil el involuntario gesto de respirar. El magíster tomó juramento a la «Seve». El actor, don Pedro de Mendoza, comenzó el interrogatorio a la testigo:

—Decidnos, doña Virtudes, dónde encontrasteis los objetos propiedad del colegio.

—En la celda de la acusada. Que, por cierto, no es la persona que yo recomendé y me vino impuesta de Castilla —contestó la «Seve» mientras me miraba con el mismo aire de superioridad que mostró cuando caminaba hacia el sitio reservado para los testigos.

—¿Podéis afirmar que esos objetos estaban en posesión de la acusada?

—¡Uy! ¡Claro que sí! No van a ser de su compañera. Y no solo eso. También la acusada tiene un arma que trajo al colegio. Un bastón que no dudó en usar para atacar a unos boloñeses en la puerta.

—¡Ajá! —dijo el actor fingiendo sorpresa—. Y aunque todos los presentes lo saben, quiero que conste en el acta que según los estatutos las armas están prohibidas en este recinto.

Hubo un murmullo, pero lo que más me preocupó fue el rictus de la cara de mi defensor, que desconocía que en una ocasión tuve que sacar a UESDAN para defender al portero.

Hice ademán de protestar, pero el gesto severo de Juan llevándose el índice a la boca hizo que me acordara del «oír, ver y callar». El actor continuó con sus incisivas palabras que dolían como cilicio de penitente.

—Además de una ladrona, hemos metido a una asesina en potencia, que no duda en usar la violencia para salirse con la suya. No tengo más preguntas.

—Bien —tomó la palabra el rector—. Es el turno de la defensa.

Don Juan se puso en pie, se aclaró la garganta y dio un leve paseo de acá para allá con la mirada en sus pasos, como un púber que jugara a no pisar en los bordes de los tablones del suelo de la estancia. Cuando el murmullo de los colegiales empezaba a resultar incómodo, por fin se arrancó con una pregunta a la «Seve»:

—Doña Virtudes —dijo hablando hacia la testigo, pero sin duda dirigiéndose al tribunal—, no voy a poner en duda que los objetos

cuya posesión aquí se juzga estuvieran en la celda donde cohabita la acusada, ni siquiera voy a poner en duda de que ella los usara. Decidnos, ¿cómo es que vos recomendasteis a la acusada?

—Es que yo no la recomendé. Me vino impuesta de Castilla por un gerifalte. No era mi elección…

—¿Y quién era vuestra elección? —interrumpió raudo el navarro.

—Una sobrina de Cuenca, que ya tenía todo preparado para venir y solo estaba a la espera de mi misiva. Todavía puede venir.

El navarro permaneció en silencio mientras hacía gestos con la cabeza y las manos. Los gestos indujeron al ama de llaves a seguir hablando:

—Mi sobrina sí que hará un buen trabajo cuando llegue. Desciende, aunque en la lejanía, de los Luna. Si me hubieran dejado elegir, nada de esto habría pasado. Pues anda que no es hacendosa, y la maña que tiene con las…

—Se ruega a la testigo que se limite a contestar a las preguntas de la defensa —interrumpió el rector.

—No tengo más preguntas, magíster.

—Bien —pronunció solemne el rector—. Que pase el siguiente testigo. La acusación llama al portero Braulio.

La «Seve» se retiró de la sala. Al abrirse la puerta para salir, la silueta del trabajado cuerpo de Braulio, gorra entre las manos apoyadas en la barriga y cabeza gacha, se adivinó al contraluz. Yo me puse del color del pendón de Castilla, las orejas me abrasaban y bajé la cabeza sabiendo que, si el portero contaba que me había visto sacando todos los objetos que allí exponían envueltos en un mantel hecho un hatillo, podría dar a la confusión que de verdad me había comportado como una ladrona.

El rector tomó juramento al portero. Acto seguido dio la palabra al actor, don Pedro de Mendoza, al que apodaban el «Mendo»:

—¿No es cierto que fuisteis testigo de un ataque de la acusada aquí presente…?

—Magíster —interrumpió Juan, levantándose como si le quemara el asiento—, *exceptio. Quaestio in negativo formulata est*.

—Aceptada. Ruego al actor que reformule su pregunta en positivo para no confundir al testigo.

«Cáspita, el novato», se escuchó entre los murmullos de los asistentes. El de Mendoza miró al de Jaso con gesto de desprecio y continuó:

—Reformulo: ¿Fuisteis testigo de un ataque de la acusada aquí presente hacia dos boloñeses que estaban frente a la puerta del colegio?

—Esos no la atacaban a ella, don Pedro, me atacaron a mí. Eran dos contra uno y me atacaron a traición. Yo me defendí y al final acabaron por salir corriendo. Esos no vuelven.

—Os recuerdo, portero, que estáis bajo juramento —apostilló serio el actor.

Braulio entonces cambió su versión y la nueva historia quedó menos épica:

—Tal vez me tenían acorralado entre los dos y me repartieron una buena somanta de puñetazos. Uno de ellos me rompió las napias. Cuando estaba ya para deshacerme de ambos, la «Nueva» se acercó…

—El testigo— interrumpió el rector— se referirá a la acusada por su nombre, o por su condición, esto es, la acusada. Prosiga.

—Ruego vuestro perdón, magíster —dijo el portero genuflexo—. Eh… cuando ya los tenía casi dominados, la acusada se lio a bastonazos con uno de ellos.

—Y ese bastón, a vuestro juicio, ¿afirmaríais que es un arma? —preguntó el actor don Pedro.

—Ya lo creo, y magnífica. Tiene hasta nombre, se llama UESDAN —respondió el portero Braulio.

—¡*Exceptio*! —espetó don Juan—. ¿Es el testigo un experto en armas?

—Admitida —dijo el rector—. No se tendrá en cuenta la opinión del portero.

Hubo un murmullo, el actor se tomó una breve pausa y acercó el oído al consiliario don Alfonso Mora. Este le hizo un comentario y el actor retomó la palabra.

—El actor solicita que se presente como prueba el bastón.

—¡*Exceptio*! —volvió a espetar don Juan—. No se juzga a la acusada por tenencia de armas. Además, cabe incidir en que las

armas están prohibidas en el colegio. Está en los estatutos que todos tenemos el deber de conocer.

—¡Luego la defensa admite que el bastón es un arma! —saltó rápido el actor.

—Yo no he dicho eso, la defensa no ha admitido nada —contestó don Juan entre un murmullo creciente.

«¡Ya le tiene!», se escuchó alto y claro entre los colegiales. «El novato está encerrado». El rector tomó la palabra.

—Este tribunal se tomará un tiempo en leer el acta y determinará si la defensa ha admitido que la acusada usó un arma en este colegio, hecho de gravedad supina.

El murmullo regresó a la sala. Yo miré a Juan y este se encogió de hombros, poniendo las palmas de las manos hacia arriba, con lo que daba a entender que no comprendía nada. No pintaba bien. «¿Qué iba a ser de mí en la calle? ¿Me pagarían el viaje de vuelta a la colegiata? ¿De qué iba a vivir?». «Dios proveerá», dijo la abadesa. Pero no me pude aguantar y le hice gestos a Juan para que se acercara. Le susurré al oído:

—Eso de «novato», ¿vamos a pagar la novatada?

Juan me miró, puso gesto serio y me respondió también en susurros al oído:

—Llevo años estudiando derecho, y he luchado mucho para que me den esta beca. He venido a Bolonia a obtener el doctorado. Soy nuevo en este colegio, pero no soy nuevo en leyes. Nos ceñiremos al plan, habla solo cuando yo te lo diga y confía en mí, tu amigo.

No puedo decir que me quedara tranquila, pero sí que me sentaron bien sus palabras. Mientras reflexionaba sobre ellas, el rector carraspeó y reabrió el juicio:

—Bien. Este tribunal no ha encontrado que la defensa haya reconocido que la acusada tuviera un arma. Por lo tanto, retomamos la sesión donde lo habíamos dejado. Concluya su turno, actor.

—No tengo más preguntas, magíster.

—Bien. Es el turno de la defensa.

—Braulio, podéis decirnos cómo exactamente se inició la trifulca —preguntó el navarro con una serenidad que también me reconfortó.

—Estaba yo barriendo y alisando la arena del jardín, como hago todas las tardes, cuando se acercaron unos malandrines a dar la tabarra como pasa habitualmente. Les increpé porque se metieron en los jardines de la entrada, que son propiedad del colegio, y una cosa… En mi opinión, el colegio debería amurallar los jardines de la puerta principal.

—Ceñíos a la pregunta que os han formulado —amonestó el rector.

—Pues me pisaban el barrido, y a mí esas cosas me sacan de quicio, les llamé la atención y se lo tomaron a mal. Así que salí a por ellos, pero me atacaron dos contra uno. Usaron una pendenciera treta y me tiraron al suelo. Cuando estaba a punto de zafarme, oí que la «Nueva» —el rector hizo ademán de interrumpir, pero dejó seguir al portero—, les decía «*Vade retro*» —se oyeron algunas risas de los colegiales— y les amenazó con un palo. Qué digo con un palo, con un magnífico bastón. Es posible que uno se llevara una estacada, no sé. El caso es que entre los dos logramos que los malandrines se retiraran y me dejaran en paz. Yo me llevé la peor parte porque me partieron las napias.

—¿Sobre qué planta, hierba o arbusto del jardín os tiraron al suelo? —preguntó el navarro.

—¡Quia planta!, me tiraron sobre el camino.

—Entiendo. ¿Y había alguien más presenciando el combate?

—No, al poco rato llegaron las otras mozas a ayudarme. La verdad es que me defendí muy bien, pero me dejaron los ropajes hechos unos guiñapos.

—No tengo más preguntas, magíster.

Me quedé de piedra. ¿Cómo que no tenía más preguntas? Allí había quedado claro que yo había usado un arma. Sorprendida, perseguí con la mirada a mi amigo, pero ni se dignó a devolvérmela. Anotó algo sobre una hoja, secó la anotación y no hizo nada más.

El rector llamó a la tercera testigo, Beatriz. El proceso de cambio de testigo fue igual que el anterior: salió un testigo, entró otro, el rector le tomó juramento y dio la palabra al actor.

—¿Reconocéis los objetos que están expuestos en la mesa? —dijo el actor, Pedro de Mendoza, para luego añadir—: He de recordaos

que estáis bajo juramento.

—Sí, son de mi compañera de celda, Magdalena.

—¿Y qué uso le daba?

—Pues se pasaba su tiempo libre escribiendo cosas. Me dijo que tenía que copiar algo.

—¿No podéis ser más específica sobre qué copiaba? ¿Tal vez algún documento del colegio? Haced memoria.

—No, no me fijé. A mí esas cosas no me interesan.

—¿Qué cosas os interesan?

Beatriz se sonrojó, y yo sabía por qué. El actor, don Pedro de Mendoza, le parecía, dentro de su brutalidad, muy guapo. «Brutalmente guapo», en sus palabras.

—¡*Exceptio*!

—Aceptada. Este tribunal ruega al actor que se ciña a preguntas específicas del caso que nos ocupa.

—Magíster —dijo don Pedro—, creo que queda más que demostrado que la acusada poseía *res furtiva*, corroborado por dos testigos, el ama de llaves, la Sev… doña Virtudes —murmullos en la audiencia por el desliz— y la moza Beatriz. No tengo más preguntas.

—Turno de la defensa.

—Magíster, la defensa no tiene dudas de que *res furtiva* estaba en posesión de mi defendida. No obstante, tengo una pregunta para vos, Beatriz. ¿Recordáis el ataque que sufrió el portero y que le causó una fractura en el apéndice nasal?

—Sí, quiero decir, yo no vi la pelea, pero luego ayudé a Braulio a incorporarse.

—¿Podéis ser más específica en los detalles de vuestra ayuda?

Hubo otro murmullo, uno de esos que sale cuando hay un grupo de hombres y se le pregunta a una mujer cualquier cosa a la que ellos le puedan encontrar un doble sentido para sus, digamos, preocupaciones habituales.

—Yo no hice mucho. Esperamos a que don Salvador llegara para echarnos una mano con las curas, ya que era el único médico presente. Yo me limité a adecentarle un poco.

—De nuevo, ¿podéis ser más específica? ¿Le zurcíais? ¿Le acicalabais?

—¡*Exceptio*! —interrumpió el actor—. ¿Viene eso al caso?

—Aceptada. Este tribunal ruega a la defensa que se ciña a preguntas específicas del caso que nos ocupa —repitió el rector con muestras de aburrimiento.

—Para la defensa es importante saber el estado en que se encontraba el portero.

—Bien —dijo el rector—, el tribunal admite la pregunta, pero ninguna más de este tipo. Que la testigo responda.

—¿Que qué hice? —preguntó Beatriz y, tras el asentimiento de Juan, respondió—: Pues nada, quitarle el polvo del camino, que tenía todas las vestimentas que para qué.

—Entiendo —dijo el navarro—. Como no quiero abusar de la paciencia del tribunal, magíster, no tengo más preguntas.

El rector despidió a la testigo. Mi defensor seguía tomando notas, y el rector me llamó a declarar. Me puse en pie y me indicaron que fuera donde habían estado los testigos. Me tomaron juramento, y el rector dio la palabra al actor.

—Recordando que estáis bajo juramento, ¿reconocéis los objetos que se hallan en esa mesa?

Miré mis cosas sobre la mesa, alcé la vista hacia Juan, el cual hizo un casi imperceptible gesto de asentimiento, y cuando iba a responder, el actor me lanzó un grito:

—¡Insisto en que estáis bajo juramento!

—¡*Exceptio*! *Minis et clamoribus* —dijo Juan en mi defensa.

—Aceptada, don Pedro, no os excedáis —apuntó el rector.

—Son mis cosas para las lecciones de latín. Y lo mismo le hubiera dicho sin juramentos ni gritos —respondí, porque estaba ya un poco harta.

—¿Y admitís también que tenéis un arma?

—Admito que poseo un bastón al que le tengo mucho cariño porque es un regalo de un familiar. Es un recuerdo de peregrinación a Santiago, y antes de Jerusalén. Es cierto que tiene una punta y que se puede usar como arma, de la misma manera que un abrecartas o una sartén.

—Volviendo a los objetos de la mesa: ¿de dónde los robasteis?

—No los robé. Me los facilitaron para que pudiera practicar mis estudios de latín —hubo un murmullo en la sala.

—¿Vos estudiando? —el murmullo se acrecentó—. Decidnos, ¿quién cometió el delito de sacar las hojas del libro? Los libros son objetos muy valiosos y sacarlos de la biblioteca tiene pena de excomunión.

—¡No es de la biblioteca! Lo estaba copiando yo, a modo de prácticas.

Uno de los consiliarios, el que tomaba nota de todo lo acontecido, acercó la boca al oído del rector. El murmullo de la sala era ya impropio del lugar. El rector tomó la palabra:

—¡Silencio! Don Juan Bernardo de la Fita Jiménez pide examinar las hojas escritas para determinar si son de la biblioteca del colegio. Guarden vuestras mercedes la compostura.

Don Juan Bernardo se acercó a la mesa, examinó brevemente el libro y levantó la voz:

—No es un volumen de la biblioteca. Se trata de una copia del *Doctrinale Puerorum*, un libro que se usa para aprender latín.

El consiliario volvió a la mesa, tomó nota de sus propias palabras y el rector ordenó reanudar el juicio dando la palabra al actor.

—Decís que alguien os entregó los objetos, pero no habéis dicho quién.

Miré a Juan, que repitió el discreto asentimiento, y me sentí como una delatora.

—Es el material que uso para estudiar. Me lo facilitó don Antonio de Nebrija.

Murmullos de sorpresa y comentarios.

El rector levantó la mirada buscando al de Nebrija, pero yo ya me había fijado que no estaba en la sala. Acercó la cabeza a don Juan Bernardo, «el Fiti», y le dijo en voz baja, pero de manera audible:

—¿Dónde está don Antonio?

—Nunca viene a estas cosas, salvo que sea obligatorio.

—Pues que sea obligatorio. Que le vayan a buscar.

El receso, mientras fueron a buscar a mi supuesto profesor, se me hizo incómodo. Miraba a Juan y su silencio me intranquilizó más. Luego miré al resto de los colegiales y vi a Salva que me hacía

gestos cerrando los puños, como mandándome fuerza, y sonriendo con esa cara y esos pelos tan raros. Durante los interrogatorios ya me había fijado en que él quería hacerse notar, pero yo trataba de evitarle lo más posible. «Con todo lo que tengo y este pesado haciendo el idiota», pensé. Y don Antonio que seguía sin aparecer. Me sentía sola y sin amparo, hasta que Juan me puso la mano en el hombro y susurró:

—Tranquila.

Ni que decir tiene que no consiguió su propósito.

La espera terminó cuando se abrió la puerta de la sala y entró don Antonio escoltado por uno de los mozos. El rector tomó la palabra:

—Don Antonio, que gusto que nos honréis con vuestra presencia.

—El gusto es solo vuestro, magíster, solo espero que este conventículo sea breve para poder volver a mis estudios.

—Sois llamado porque se está tratando un tema de suma importancia para esta institución. Posad la mano sobre la biblia —esperó unos segundos a que el de Nebrija obedeciera, ahuecó ligeramente la voz y pronunció de carrerilla—: *Iuras te dicere veritatem, totam veritatem, et nihil nisi veritatem, secundum conscientiam tuam, sic te Deus adiuvet?*[1].

—*Iuro*[2].

—Tiene la palabra la defensa. Por ser testigo del tribunal, el actor tendrá la oportunidad de realizar un interrogatorio cruzado. *Deus adiuva nos*[3].

Sonreí al escuchar esas palabras, la primera vez que se usaron durante la vista, y pensé:

«Más allá y más arriba». Y fue la primera vez que me reconforté en todo el juicio.

La pregunta de Juan me devolvió a mi lugar: allí y con los pies en el suelo.

—Don Antonio, ¿reconocéis los objetos que están sobre la mesa?

—Sí, son míos.

Murmullos y comentarios. El actor no dejó pasar la oportunidad que le había dado el rector de cruzar las preguntas:

—¿Cómo es que se han encontrado en posesión de la acusada fuera del colegio?

—Yo se los di —respondió don Antonio.

—Pero son propiedad del colegio, no se pueden dar.

—Es un préstamo. Yo le presto ese material y ella me devuelve los escritos.

—¿Qué escritos?

—Es un trueque de mutuo beneficio. Yo enseño latín y ella me devuelve unos escritos que yo vendo a algunos estudiantes.

—¿Sacáis provecho de los bienes del colegio?

—No son del colegio, son míos, facilitados por el colegio, y saco todo el provecho posible.

—¡Os comportáis como un marrano!

—¡Orden! —gritó el rector, porque la sala estaba alborotada.

—¡Marrano! —gritaron algunos.

—¡No es marrano y lo sabéis! —gritaban otros.

—Pero va con marranos y se comporta como uno —se escuchó.

El de Nebrija, ajeno a la algarabía provocada, se dirigió al rector:

—¿Habéis terminado? ¿Soy libre de irme?

—¡Orden! —volvió a gritar el rector y más sosegado se dirigió al testigo—: Aguardad, don Antonio —levantó la mirada hacia Juan y preguntó—: ¿Tiene la defensa más cuestiones para el testigo?

—No, magíster. Solo quiero apuntar que ha quedado demostrado que la acusada no es culpable del delito de hurto ni en calidad de receptación —dijo Juan.

—Eso lo decidirá el tribunal —apuntó el rector—. ¿Tiene el actor algo más que preguntar al testigo?

—No hay más preguntas, magíster. Solo añadiré que tener a la acusada en el colegio supone una ofensa contra los estatutos y…

—Guardad vuestro alegato a que el tribunal os dé la venia— interrumpió el rector.

—Nada que añadir con el testigo, magíster —concluyó don Pedro.

—El testigo se puede retirar.

—Ya era hora. Espero que terminéis pronto con esta pantomima —murmuró don Antonio mientras se levantaba para abandonar la sala.

Recordé las palabras del portero cuando me dijo que unos colegiales acusaban a otros de ser judíos conversos, a los que llamaban marranos. Era la primera vez que los veía pelearse y se notaba que había dos bandos: los que se decían cristianos viejos y los descendientes de los judíos. Me duraron poco los recuerdos, porque las palabras del rector me refrescaron dónde estaba y cuál era mi situación:

—Una vez interrogados los testigos, este tribunal da paso a los alegatos de ambas partes. Y aunque este tribunal es consciente de la gravedad de los hechos que se juzgan, entiende que debemos ir cerrando ya la causa aquí abierta.

Se hizo un silencio y, mientras el actor ordenaba sus notas y consultaba con sus cercanos, Juan ordenó las suyas y me susurró:

—Parece que las palabras de don Antonio llamando pantomima a este proceso han hecho efecto. Pase lo que pase, estaos tranquila y no habléis si yo no os lo digo.

Asentí y casi de inmediato el rector volvió a hablar.

—Tiene la palabra el actor.

—Gracias, magíster. Con la venia. El actor encuentra reprobable que el material propiedad de esta institución salga del colegio y además se use con fines que al fin y a la postre son lucrativos, tal y como aquí ha declarado y admitido el testigo don Antonio. Además, ha quedado probado, por confesión de la acusada, el uso de armas en los terrenos del colegio. Sea extramuros, sigue siendo propiedad del colegio. Por todo ello, pedimos la reprobación al colegial don Antonio y la expulsión de la acusada, y que se haga efectiva de inmediato, librando a esta institución a pagar más gastos, incluido el viaje de regreso.

El actor se sentó y el tribunal guardó silencio mientras los consiliarios y el rector repasaban las notas tomadas y cuchicheaban entre ellos. Entendí por primera vez en mi vida lo que significa tener un sofoco. Al principio me faltó el aire, me entraron los calores y el corazón se me aceleró. Cuando estos síntomas remitieron, me entraron unas ganas de llorar que tuve que levantar la cabeza para evitar que las lágrimas se me escaparan. Don Juan, con su tranquilidad usual, me rellenó la copa de agua y no dijo ni mu. Tomé

un trago que me ayudó a pasar el mal rato. El rector dio la palabra al navarro.

—Tiene la palabra la defensa.

—De la acusación de robo, solo hay que decir que la defensa entiende que está probado que no hay tal robo, ni siquiera en calidad de *receptatio*, y que los objetos estaban en posesión de la acusada sin *animus furandi.* Acusar a mi defendida de robo de esos útiles de escritura es tan absurdo como acusar a cualquiera de las camareras de robarnos las sábanas cada vez que las sacan para lavarlas, hecho del cual —de tener sábanas limpias me refiero—, al menos yo, me beneficio.

Un murmullo interrumpió a don Juan. Este hizo una leve pausa y, antes de que el rector dijera nada, prosiguió:

—De la acusación de llevar armas, los hechos acaecidos, y según los testimonios, fueron extramuros de este colegio.

—¡El jardín es del colegio! —se escuchó entre el público.

—¡Silencio! —cortó el rector con voz seca.

Juan ordenó sus hojas y buscó entre sus notas. Entonces su voz se dirigió a la mesa que presidía el tribunal:

—Si el tribunal busca en el testimonio de Braulio, portero del colegio, podrá leer lo siguiente: El testigo dijo que le habían tirado al suelo, a lo que esta defensa preguntó si fue en las plantas, pero el portero dijo que no, que fue sobre el camino. En el testimonio de Beatriz, camarera del colegio, a la pregunta sobre cómo ayudó al portero, dijo, y cito: «¿Qué hice? Pues nada, quitarle el polvo del camino, que tenía todas las vestimentas que para qué». Este testimonio corrobora la versión del testigo Braulio de que la agresión fue en el camino, y, por tanto, la acusada usó su bastón sobre el agresor que estaba en el camino, que no pertenece al colegio. En ningún momento se ha probado que la acusada usara el bastón en las dependencias de esta institución. Por tanto, entendemos que la acusada es inocente.

Las palabras del navarro me dejaron boquiabierta, no así a muchos de los colegiales, que las celebraron con aplausos, con vítores y con loas al «Largo». Me fijé en el entusiasmo de mi

compañero de viaje, el portugués Pedro Tallero; sin embargo, el campeón de los aplausos era Salva, que saltaba de alegría.

El rector llamó al orden repetidas veces y, cuando los aplausos y gritos se acallaron, tomó la palabra:

—Exhibidas las pruebas, escuchada la acusación, los testimonios y los alegatos del actor y de la defensa, este tribunal se retirará unos momentos a discutir la sentencia. Esos momentos serán breves; los colegiales, si lo desean, podrán permanecer en la sala.

Esta vez fui yo quien agarró el brazo del navarro. Él me contestó con una palmadita en la mano y me susurró.

—Tranquila.

Eché otro vistazo a la sala. El actor, don Pedro de Mendoza, estaba con cara de pocos amigos.

El tribunal no debió tardar mucho en volver, pero a mí la espera se me hizo eterna. Con mucha pausa para mi gusto, tomaron asiento, ordenaron sus hojas y el rector tomó la palabra.

—Tras la deliberación, del delito de robo, este tribunal declara a la acusada... inocente.

Cerré los puños mientras los colegiales mostraban su conformidad con la sentencia. El rector esperó a que la sala guardara silencio.

—Del delito de introducir armas en el colegio, este tribunal declara a la acusada... —hizo una pausa—, este tribunal no puede encontrar ninguna prueba de culpabilidad de la acusada.

Juan me cogió del hombro y me zarandeó.

—¿Qué ha dicho? —le pregunté, aunque con la alegría que él me contagiaba.

—Que no sois culpable.

Di otro trago de agua y eché otro vistazo a la sala, que seguía alborotada. Aunque había algunos colegiales —los de la camarilla de don Pedro de Mendoza— que estaban callados, la mayoría sonreía y daba muestras de alegría. Salva estaba encantado. Me miraba, me atrevería a decir que posiblemente no había hecho otra cosa durante todo el juicio, y me enseñaba las manos levantadas, formando una uve con el índice y el anular, mientras pronunciaba la voz *vítor*. Luego se puso a bailar de forma tan ridícula que parecía un pollo. El

rector tomó la palabra para cerrar la sesión, con un mensaje para mí.

—Este tribunal da por concluido el juicio aquí iniciado, declara que la camarera Magdalena podrá seguir estudiando latín, si así lo desea, siempre que lo haga en su tiempo libre y que no sea dentro de los muros de este colegio. Así mismo, se le descontará de sus emolumentos el material que le sea entregado por el colegio para los fines de estudio. Se levanta la sesión.

Poco a poco fuimos saliendo de la sala, mientras los colegiales daban la enhorabuena a Juan:

—Muy bien, «Largo», buena defensa. Así se hace, novato.

El portugués don Pedro vino a darme la enhorabuena y, cuando se retiró como escondido detrás de él, apareció Salva, que hizo ademán de darme un abrazo, pero desistió ante el gesto que le hice. Aun así, se atrevió a decirme:

—Me alegro mucho, Male, hubiera sentido mucho que las cosas no hubieran salido bien.

—Yo también —respondí, algo seca.

Quizá fui más seca de lo que merecía el estudiante de medicina, pero es que me acordé de que, si bien no me habían expulsado, a quien seguro que me encontraría de vuelta en la residencia iba a ser a la «Seve» en todo su esplendor. Vaya si lo hice.

# CAPÍTULO XII+. LA RUPTURA

Tras despedirme de los colegiales, emprendí el viacrucis de vuelta a la residencia. Me sentí entre la espada y la pared. Por un lado, me quería quitar al pesado de Salva, que estaba empeñado en que saliéramos a celebrar la victoria, mientras bailaba de forma absurda imitando a un pollo y, por otro, yo no quería llegar a la residencia. Esas cosas me pasaban. Cuando debía realizar una tarea que no me gustaba, como ir a mi celda pasando por delante de la «Seve», se me ocurría todo tipo de distracciones para no llevarla a cabo. En vez de enfilar en dirección a la residencia, di un rodeo y reflexioné sobre la situación en la que estaba.

«Ciertamente, me he librado de una buena, pero llevo ya un tiempo en el colegio y sigo sin haber realizado ninguno de los propósitos por los que vine. También es cierto que por lo menos me dejan estudiar latín, o lo que esté haciendo, porque no hago más que copiar textos. En cuanto a las cosas raras que ocurrían en el colegio… Bueno, al menos me he enterado de que hay dos claros bandos: los que se las dan de cristianos viejos y los que no lo son. Al parecer hay un tercer grupo que no sé lo que son, pero desde luego no simpatizan con los fanáticos que revisan las ascendencias de todos».

Una voz me sacó de mis reflexiones.

—¡Malena!

Era el castellano Gutierre de Cárdenas.

—No quería irme de Bolonia sin hablar con vos. Intenté ir a buscaros esta mañana, pero me negaron la entrada en el colegio. Por lo visto había una reunión importante de los colegiales.

—Algo escuché —dije mientras me sorprendía de mi cinismo, pero no quería hablar del tema.

En ese momento pensé que no me iba a hacer ningún bien explicar que me habían acusado de ladrona. Tampoco iba a mentir si se había enterado de lo ocurrido; aun así, yo no iba a sacar el tema. Tal vez por eso, traté de dirigir la conversación por otro derrotero.

—Me comentasteis que estuviera atenta a los conflictos del colegio.

—Así es. Creo que os puede dar pistas.

—Hay una cosa que preocupa a los colegiales y los divide: los que se llaman cristianos viejos y a los que llaman marranos.

—Eso es común en toda España—me respondió—. En cuanto a los puestos de poder, me refiero. Puede ser una buena pista. Para entrar en el colegio hacen falta unas cartas probatorias que demuestren que el colegial que se presenta es cristiano viejo.

—En general, se llevan bien. Pero es que sale el tema y se colocan en dos bandos. Y tienen discusiones muy fuertes.

De repente me acordé de la conversación del portero. Qué boba era. Cómo no me había acordado antes.

—Hay otra cosa —le dije—. Hay quien dice que la muerte del mayordomo puede que no fuera por la peste.

—Eso es lo que mi tío don Gonzalo quiere averiguar, ya os lo comenté ayer. Es preciso averiguar si la muerte del mayordomo fue natural.

Se quedó callado pensando. Vaciló y continuó:

—¿Creéis que ambas cosas estén relacionadas? Puede ser una buena pista. Si hubiera una manera de ver las cartas probatorias de los colegiales y ver quién las firma. No se me ocurre otra cosa.

—Yo no sé cómo se puede ver eso.

—No lo tenéis que averiguar en un día. Disponéis de tiempo. Ganaos la confianza de los colegiales y de la gente que trabaja. Ojos abiertos, Malena, ojos abiertos.

—Pues no he empezado con buen pie —dije de esa manera que no sabes si reír o llorar.

—A qué os referís.

—No, nada. Insisto, creo que os habéis equivocado de persona mandándome a mí aquí. No estoy segura de ser la adecuada para hacer el trabajo.

—Paciencia, Malena, paciencia. Ya os dije que, por lo que he oído, haréis un buen trabajo. También dijisteis que estáis estudiando latín. Pues seguid estudiando y tened los ojos abiertos. Aprovechad el tiempo mientras estéis aquí. Aprended latín y averiguad si alguien hubiera tenido motivos para quitar de en medio al mayordomo. No se os pide que averigüéis quién es el padre de Juana de Castilla, simplemente que presentéis pruebas de quién es quién en el colegio y de parte de quién viene. Mirad a ver si podéis entregarnos una copia de las credenciales. Es todo lo que se me ocurre.

—Haré lo que pueda.

—Como os dije ayer, es posible que no vuelva en muchos meses. Pero vuestros amigos de Castilla confiamos en vos.

Nos despedimos y seguí paseando hasta que, por la costumbre, acabé en la puerta de mi residencia. El volver a la realidad fue como un bofetón. Me tocaba enfrentarme a la «Seve». Abrí la puerta y, cabizbaja, me dirigí hacia la celda. Entonces me acordé de los piropos que me soltaban los peones que trabajaban en la construcción cada vez que pasaba por delante de ellos, cuando me dirigía a misa mirando al suelo pensando en mis cosas: «*Ragazza*: ¡*Testa alta*!».

Subí las escaleras sin rastro de la «Seve» y me metí en mi celda, pero mi alegría no duró mucho. La «Seve» abrió la puerta con furia.

—Te creerás que te vas a ir de rositas.

—Doña Virtudes, me han declarado inocente, ¿qué más queréis?

—Tú y ese navarro, os creéis que esto termina aquí.

Con los ojos inyectados en sangre, estaba fuera de sí. Empezó a hacer gestos hasta que vio a UESDAN en una esquina de la celda. Se abalanzó sobre él mucho antes de que yo me diera cuenta de lo que estaba pasando. Lo cogió y temí lo peor. Por fortuna, no me atacó.

—Este maldito palo es tu arma, ¿no?

Con los brazos, lo más extendidos posible, uno a cada extremo, se llevó el bastón con fuerza hacia la espinilla.

Allí fue donde se rompió.

# INTERTERCIO



# Puerto De Jope, Tierra Santa,  Primavera De 1441

—¿Estás seguro de que no quieres uno? —dijo uno de los palmeros, el menos fuerte de los dos.

—No, primo, si ya nos vamos. El capitán lo dijo bien claro. Zarpamos con la marea a medio día.

—Pues yo me llevo uno como recuerdo. No sé cómo puedes regresar de la peregrinación sin un bastón. ¿Ni te vas a llevar una palma?

—Tampoco. Si te digo la verdad, ninguno de los bastones me ha gustado.

Alzó la mirada al cielo, colocó la mano haciendo visera y continuó la conversación con su primo:

—De verdad, nos tenemos que ir ya.

Fueron caminando hacia el muelle entre el trasiego de comerciantes, de marineros, de estibadores, de mercancía, de carga y descarga. El palmero menos corpulento se fijó en un puesto de frutas y se encaminó hacia él. El otro, con muestras de impaciencia, se quedó parado esperando, mirando hacia los puestos sin ningún particular, como quien está mirando al horizonte marino o al secarral que acababan de atravesar volviendo de Jerusalén. Entonces lo vio, o se apareció. Una caña recia, sólida, erecta, de madera de olivo que destacaba, o al menos así le parecía a él, del resto del haz de bastones de un puesto comercial.

«Ese sí es un bastón», pensó.

Regateó lo mínimo que mandaba la cortesía, y pagó, sin contar, con todas las monedas que le quedaban, porque solo tenía ojos para la estirada madera. Levantó la vista, recogió una de las monedas de

la mano del tendero y señaló unos remaches para devolver la moneda al comerciante, al cual se le pasó la sorpresa de ver cómo le levantaban una moneda de la palma. El comerciante sonrió y le ofreció los remaches. El palmero se quedó apreciando al bastón que ya tenía en sus manos y empezó a colocar uno de los remaches en una punta. Una voz le despertó del trance.

—¡Primo, corre, que zarpan sin nosotros!

Con el bastón en la mano, emprendió a la carrera por el muelle. Suerte que su equipaje ya estaba a bordo y podía correr más ligero. Iba unas zancadas por detrás de su primo. A lo lejos, el barco soltaba amarras. Corrió todo lo que pudo, como galope de caballo en una justa a muerte.

—¡Esperad! ¡Esperad!

Soltaron la última amarra. El barco que los iba a llevar a la península ibérica estaba libre y comenzaba a moverse lateralmente separándose del muelle.

—¡Esperad! ¡Alto!

Su primo, que corría unas zancadas por delante, embarcó de un salto.

—¡Alto! ¡Diles que me esperen!

Tomó una gran bocanada de aire, mantuvo la respiración y corrió como si le fuera la vida en ello. Apoyó el bastón en el canto del muelle, hizo palanca y, usando la caña a modo de pértiga, pegó un brinco y acertó a caer en el rebaje de la cubierta destinado a la pasarela. Sin soltar el bastón, del impulso que llevaba, rodó sobre la bañera del barco.

—¡Por poco! —comentó su primo mientras le ayudaba a incorporarse.

El palmero le mostró el duro y largo objeto de recuerdo.

—Esto sí que es un bastón de un caballero.

# SEGUNDA PARTE

# CAPÍTULO XIV. EL ALGEBRISTA

Los gritos de dolor de la «Seve» resonaron en toda la residencia del personal de servicio.

—¡Mi espinilla, mi espinilla! —se lamentaba la gobernanta.

Recogí a UESDAN que estaba en el suelo, intacto, y lo metí en la celda. Salí, pasé por delante de la «Seve», que me miraba aterrada, y le dije:

—Voy a buscar ayuda. ¡Aguantad!

Bajé las escaleras y salí corriendo al colegio a buscar a Salva. Vi cómo el estudiante de medicina estaba charlando con don Elio en el espacio frente a sus cámaras. Me contuve de gritar en el patio, subí las escaleras y, cuando se giraron sorprendidos ante mis urgencias, les dije:

—¿Conocéis a algún *algibista*?

—No —dijo Salva.

—¿Se ha roto el aljibe? —preguntó don Elio.

—Necesito alguien que sepa curar los huesos.

—Algebrista, queréis decir —me corrigió el de Nebrija.

—Maestro, ahora no tengo tiempo, he de encontrar a alguien que me ayude con doña Virtudes. Se ha hecho daño en la espinilla.

—¿Dónde está? —preguntó el estudiante de medicina.

—En la residencia.

—Id para allá y calmadla. Tengo que recoger unos enseres y enseguida voy.

Volví a la carrera a la residencia, fui a la celda, saqué las almohadas y me dirigí hacia la «Seve».

Las maldiciones y empujones cesaron cuando le coloqué con mimo la segunda almohada y debió sentir algo de alivio. Por fortuna, Salva no tardó en llegar.

—¡Ah! Sois vos, doña Virtudes —se hizo el sorprendido—. No sé si debo ayudaros, ya que he oído que no tratáis bien a vuestro servicio.

—¡Muy magnífico señor don Salvador de León! —le dije severamente—. ¡Haced el bien y no miréis a quién!

—No os preocupéis, muchacha —me respondió altivo—. Estoy bajo juramento hipocrático.

Me guiñó un ojo. Estoy segura de que la «Seve» lo vio, pero en ese momento ella tenía otros asuntos en los que ocuparse.

—Por Dios, quitadme este dolor —repetía la gobernanta.

—Calma, doña Virtudes, ¿dónde os duele?

La «Seve» le señaló la espinilla remangándose la falda. Un moratón contrastaba con sus blancas, escuálidas y vellosas pantorrillas. Una era casi del doble tamaño que la otra.

El estudiante palpó la zona con mimo. A cada palpadura preguntaba lo mismo:

—¿Os duele aquí?

Cuando los quejidos de la gobernanta le indicaron la zona de dolor más extrema, el médico me solicitó ayuda.

—Magdalena, acercadme mi bolsa. Id a la leñera y buscad una tabla de un pie de tamaño, lo más recta posible. Si necesitáis cortarla, hacedlo, o que os la corten. Pero tiene que ser firme.

Me incorporé para realizar el mandado mientras el leonés seguía observando y palpando. Escuché un grito:

—¡Mejor que sean tres tablas!

Fui a la leñera del colegio, pero los troncos eran muy grandes, eché un vistazo y no vi a ninguno de los mozos. Otro vistazo por las letrinas, y volví a las cocinas. Allí estaba Giorgio, atareado como siempre. Tras contarme que se había alegrado mucho de que se hubiera aclarado mi embrollo —las noticias en el colegio volaban—, me ayudó a cortar los troncos. Cuando le dije que eran para cuidar a

la «Seve», se quedó sorprendido. Le entablé a una ulterior conversación sobre lo que había sucedido.

Volví a la residencia, donde encontré a la gobernanta ya en su cama, mucho más calmada. Mis compañeras, que andaban atareadas en la residencia, habían ayudado a acomodar a la paciente. Su cama era mucho mejor que la de cualquier colegial. Su alcoba también era más grande y tenía unas estanterías llenas de objetos, como la de alguien a quien le gustara coleccionar cosas variopintas. El médico, que le había untado una cataplasma con un ungüento hecho de árnica y aceite, solicitó mi ayuda:

—Sujetad las tablillas a lo largo de la pierna—me dijo.

A continuación, se dirigió a su paciente:

—Doña Virtudes, quizá le duela un poco, pero no hay desmenuce de hueso. Esa es una buena noticia.

Rodeó la espinilla herida con unas gasas y, con ayuda de unas tiras de cuero, fijó las tres tablas longitudinalmente a la pierna, de manera que esta quedaba inmóvil y protegida con un armazón de madera, gasa y cuero. Se tomó su tiempo, pero una vez que estuvo satisfecho con el entablillamiento, el médico dijo con tono serio:

—Escuchadme bien, doña Virtudes. Debéis reposar y no apoyar esta pierna en al menos un mes. Nada de comer alimentos muy fríos o muy calientes. Y tomad caldo de huesos al menos una vez al día. En una semana vendré a veros. Hasta entonces, reposad y dejaos cuidar.

La «Seve» ladeó la cabeza, sonrió levemente, me acarició el cabello y me dijo con voz suave:

—Qué pelo más bonito tienes.

Yo la miré con estupor, y del mismo modo miré a Salva, el cual se excusó:

—Igual me he pasado con la mandrágora y no ha entendido las instrucciones que le he dado. Tendréis que recordárselas. O mejor vuelvo yo mañana por aquí y se lo recuerdo.

La «Seve» se quedó como un tronco enseguida. Yo, en cuanto pude, eché a Salva de la residencia, no sin antes mostrar agradecimiento:

—Don Salvador, muchas gracias por vuestra ayuda. Creo que sois un gran médico.

—Salva, cuando estemos a solas, prefiero que me llaméis Salva —me dijo sonriendo—. Pero vamos, que si la «Seve» se porta mal, avisadme y la atiborro a cicuta.

—Don Salvador, no digáis tonterías —le respondí yo también divertida.

Cerré la puerta, casi en sus narices; sin embargo, me quedó la sensación de que se fue muy contento. Yo me retiré a descansar, estaba exhausta del día, y más si tenemos en cuenta que había pasado la noche anterior maldurmiendo en el granero.

Por la mañana, al despertar, les recordé a mis compañeras las recomendaciones del médico para los cuidados de la gobernanta. Me comprometí a pedir el caldo yo misma a Giorgio, el cocinero. Y partimos las cuatro a nuestros quehaceres en el colegio. Nos organizábamos bien y no echamos de menos en ningún momento a la «Seve». Al menos, yo. Bien es cierto que se pasaba el día de cháchara con el ecónomo, y que este se llevó un gran disgusto cuando le contamos el motivo de la ausencia de la gobernanta.

Pasé por cocinas, saludé a Giorgio y le puse al día de lo ocurrido. También le informé de la dieta que tenía que seguir la convaleciente por prescripción médica: el caldo de huesos. El cocinero me hizo un mandato y una observación.

—Id por agua al pozo, que yo preparo los huesos y el condimento. Se va a chupar los dedos. La verdad, me sorprende que os toméis tan en serio su recuperación, teniendo en cuenta cómo os ha tratado.

—Antes de terminar aquí, mi trabajo era cuidar a los peregrinos.

Marché al patio donde estaba el pozo. En mi tarea de extraer el agua, las palabras del cocinero me llevaron a una reflexión personal. Mi vida antes de llegar era de servicio a mis semejantes. Sin embargo, en este colegio mi misión había cambiado por completo. Ya no servía a mis semejantes, sino que estaba al servicio «de los reinos españoles», según me había dicho el castellano Chacón el día que me vino a visitar a la colegiata. Esta misión, como la había llamado mi tío, requería de acciones que no me gustaban. Mentir,

engañar y manipular. Rezaba todas las noches para que Dios me ayudara a desempeñar mi cometido. Echaba de menos a mi confesor en Roncesvalles, pero la misión tenía que continuar.

Al volver a cocinas, ayudé a Giorgio a hacer el caldo y le saqué un tema del que habíamos hablado hacía mucho tiempo.

—Giorgio, una vez me dijisteis que la «Seve» quería ser mayordomo.

—¡Y yo rey de Francia! Pero las dos cosas son imposibles.

—¿Vos creéis que ella tuvo algo que ver en la muerte del mayordomo?

—Malena, eso que decís es una cosa muy grave. El mayordomo murió de peste.

—¿Pero no creéis que ella se benefició de la muerte del mayordomo? Es que he copiado unos versos de Cicerón que dice que quien se aprovecha del crimen es quien lo ha cometido: «*Cui prodest schelus, is fecit*».

—Puede que envidiara al mayordomo, pero no creo que sea una homicida.

—Tendríais que ver su alcoba. Es como la de un palacio. Tiene una cama enorme, que parece de una reina, y las estanterías están llenas de cosas que a mí me parece que tienen gran valor. He estado pensando que, como es tan amiga del ecónomo, quizá…

—No, eso no —me interrumpió el cocinero—. Por el ecónomo pongo la mano en el fuego. Yo trato las cuentas con él. Es la persona más recta y dedicada a su trabajo que conozco. Y estamos en un colegio de buenas piezas en ese sentido. Sí, es verdad que he oído que la «Seve» hace negocios con las cosas que ya son inútiles para el colegio. Lo que no se da directamente a los pobres se lo queda ella, y con eso puede que se saque algún dinero, o lo cambie por esto y aquello. Tiene sus cosas, pero insisto en que no la veo como homicida.

Cuando terminamos de preparar el caldo y lo dejamos a fuego lento, me despedí de Giorgio, y una vez más me quedé pensando en sus palabras.

Puede que el cocinero tuviera razón. Me había llevado alguna paliza suya, algún tirón de patillas, pero recordaba con claridad

cuando ella tomó a UESDAN. Nunca me amenazó con él. Solo se limitó a tratar de romperlo.

Me había entretenido en cocinas e iba un poco más retrasada de lo habitual, así que cuando llegué a hacer la alcoba diecisiete, la de Salva, hacía ya un rato que había vuelto de misa. Llamé a la puerta, me abrió, pero antes de salir repitió su torpe baile y me hizo reír. Parecía un pollo que cacareaba. El muy tonto estaba contento.

Aprovechando la ausencia de la que era mi sombra en el colegio, en cuanto me crucé con mi profesor don Elio, tuve con él unas palabras.

—Maestro, ayer me corregisteis cuando usé la palabra *algibista*, pero tengo muy claro que la vi escrita así en una crónica tan solo hace unos meses.

—¿Y dónde la visteis escrita?, si puede saberse.

—En la *Crónica del Paso honroso*, en el puente del río Órbigo, entre León y Astorga.

El profesor sonrió y me preguntó:

—¿Y sabéis quién escribió esa crónica? No os apuréis, yo os lo digo. Don Pedro de Lena.

—¡Eso! —respondí—. ¿Conocéis la crónica?

—La conocía, aunque no la he llegado a leer. La conocía porque conocí al hijo de su escritor. Y vos no lo habéis hecho por unos meses. Es el antiguo inquilino de esta misma alcoba —dijo señalando a su puerta.

—¡Anda!, qué casualidad.

—No tanta —dijo él—, tampoco somos muchos. Dos o tres doctores al año salen de este colegio. ¿Dónde creéis que terminan? Pero si todo un notario del rey confunde la palabra *algibista* con algebrista, no sé a dónde vamos a parar. Se nos va el latín y se nos va el castellano. Y para enseñar el latín solo tenemos el *Doctrinale*.

—No me habléis de ese tratado, por favor, estoy harta. Me sé sus versos de memoria, pero así no hay quien aprenda latín. Es muy confuso, y una se pierde como se perdería en un laberinto.

—Un laberinto de confusión.

—Eso mismo. Es aburridísimo y…

—Sin embargo, la prosa de Cicerón, la poesía de Virgilio… —En este momento ya no hablaba conmigo, hablaba para él mismo—. El latín de Donato. La gramática de Elio Donato —remarcó—. De todos los Elios, ese es mi favorito. Ese es el Elio que debo seguir. Debo escribir una gramática…

Me miró mientras señalaba al cielo oscilando el índice de arriba abajo y, pensativo, me aclaró:

— La gramática, la ciencia del buen hablar y el buen escribir.

— ¿Pero en castellano o en latín? —pregunté, y ya se sabe que el que pregunta va a cuadras.

— *Festina lente*, querida Malena. *Primun Latinum, deinde Hispanicum.*

# CAPÍTULO XV. PLANES

La «Seve» seguía convaleciente y yo tenía más tiempo para hablar con los colegiales. Esa situación también era aprovechada por mi maestro don Elio, que no dudó en mandarme otro encargo.

—Como ejercicio, traduciremos una copia del *Liber de Veritate Catholicae Fidei contra errores infidelium*.

A mí eso no me sonaba a nada, así que debí hacer la misma mueca que habréis hecho vos que me leéis, dando a entender que no tenía ni idea de qué me estaba hablando.

—Es la obra maestra de Tomás de Aquino.

—¿Otro romano?

—Santo Tomás de Aquino. Como veo que no lo conocéis, creo que es una razón de más para que me ayudéis. Lo estoy traduciendo con don Martín y hemos consensuado que el título de la obra en castellano debe ser *Summa contra Gentiles*.

Me dio el manuscrito, y me espantó, porque la letra gótica era muy difícil de leer y así se lo hice notar.

—Casi no entiendo lo que pone. No es porque esté en latín, es porque no entiendo la letra.

—No os preocupéis, don Martín y yo iremos traduciendo y os pasaremos nuestros progresos. Luego vos lo copiáis a un nuevo manuscrito, pero usad vuestra letra natural, que es más redondeada, más legible. Y comparáis cada frase original con la traducción que os mandamos. ¿Conocéis a don Martín?

—Sé que su alcoba es justo la de abajo, pero como no es mi ala no he hablado nunca con él.

Me indicó que le siguiera, bajamos las escaleras y llamó a la puerta. El inquilino no tardó en abrir. Don Martín era un teólogo aragonés que había servido en la Seo de Zaragoza. Pese a no ser consiliario, era de los colegiales más influyentes, junto con mi maestro, Pedro de Mendoza, «Mendo»; Alfonso Mora, y Juan Bernardo de la Fita Jiménez, «Fiti». Acordamos que el trabajo consistiría en copiar de forma ordenada los legajos que me mandaban. Don Elio se centraba más en cómo lo escribía y don Martín en cómo sonaba mi lectura, pues me obligaba a leer todo en voz alta y, cuando no estaba satisfecho, me hacía cambiar las oraciones. Y si se me trababan las palabras, él me decía con ese acento que alargaba las últimas vocales: «Mocica, despacico, no te me empapuces».

Los pasillos del colegio y el albero del patio fueron testigos de grandes discursos en latín que el aragonés me daba. Empezaba con temas referentes a la parte del libro que estábamos traduciendo, pero enseguida derivaban hacia cualquier otro tema. Ora teología, ora dichos y sentencias de Catón, ora su Caspe natal y de cuando pastaba ovejas. Y el profundo relato de teología se tornaba en un bucólico cuento pastoril en perfecta dicción. Cualquier tema lo desarrollaba de manera espléndida en un latín exquisito que nada tenía que ver con su castellano dejado, que aderezaba con un fuerte acento aragonés. De esta manera, ahora tenía dos maestros de latín: don Antonio de Nebrija y don Martín García Puyazuelo. O como los llamaban en el colegio, el «Elio», y el «Puyas».

El tiempo entre latines pasaba sin grandes sobresaltos. Salva iba todas las tardes a visitar a la «Seve». Le echaba un vistazo y después se ponía a charlar con nosotras. Yo le hacía un poco de caso, el justo, y en cuanto podía me subía a la celda a copiar los textos y estudiar latín. De tanto copiar y tanto repetir, me aprendí muchos párrafos de las *Catilinarias* de pe a pa. Uno de mis pasatiempos favoritos era recitarle las primeras frases a don Martín y escuchar el resultado.

Yo le decía: «Buen día, don Martín»; y luego le añadía en latín: «¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?».

Y él continuaba con las siguientes preguntas del discurso y me repetía todo el párrafo que sigue, con una dicción y entonación perfectas. Cuando llegaba al «*O tempora, o mores*!», entraba en éxtasis. Fue divertido, al menos las primeras veces.

Junto a la cámara de don Martín, estaba la de don Rodrigo de Santaella, el «Carmo», un teólogo de Carmona —uña y carne del «Mendo»— que, según en su día me había contado Salva, se oponía a que las mujeres sirviéramos en el colegio. Era tímido. Al menos cuando me veía charlar con don Martín, agachaba la cabeza y aceleraba el paso y se perdía entre las columnas del *cortile.* Siendo como era de una localidad cercana a la de don Elio, un día al terminar la lección pregunté a mi maestro.

—Don Elio, ¿conocéis bien al que llaman el «Carmo»?

—¿A don Rodrigo? Sí, casi somos paisanos, aunque tengo entendido que de niño viajó mucho. De cualquier manera, es de la diócesis hispalense. ¿Cuál es vuestro interés en él?

—Es que he oído que se opone a que las mujeres estemos en el colegio.

—Don Rodrigo es un buen teólogo y traductor. Y como aficionado a la lexicología le tengo un gran respeto. Pero sí es cierto que a veces quiere ser más papista que el papa.

—¿Qué queréis decir?

—Que quiere ser más cristiano viejo de lo que es. Y como posiblemente su familia sea la cristiana más joven de todos los colegiales, pues a veces exagera en el seguimiento de sus principios.

—¿Insinuáis que es un marrano? —susurré.

—Ya sabéis que yo no uso esa terminología, porque además de ser fonéticamente malsonante, semánticamente no le encuentro interés. Si es cristiano, es cristiano. No me importa de cuándo. Además, como os he dicho, admiro su léxico. De cualquier manera, tengo entendido que vino recomendado por el mejor padrino, el arzobispo Carrillo. Así que, alumna mía, os ruego que no mencionéis a nadie lo que os acabo de contar. No todos los colegiales son de mente tan aguda como la mía.

Así, durante esos días fui conociendo a todos los becados. Por orden, primero había conocido a mis compañeros de viaje, el

navarro Juan de Jaso y el portugués Pedro Tallero. Luego también había departido con el rector Pedro de León y había empezado a relacionarme con Salva, con mis profesores Elio y Martín, y por desgracia con los que no querían nada conmigo: Pedro de Mendoza y Rodrigo de Santaella.

Algunas tardes, cuando terminaba mi jornada, las pasaba charlando con Braulio, el portero, pero no lograba sacarle nada. Así que tracé un nuevo plan para soltarle la lengua.

—Braulio, ¿sabes lo que yo echo más de menos de España? El vino.

Braulio no dijo nada, por lo que continué:

—Desde que estoy aquí apenas lo he probado.

Pero como el portero no picaba, fui más lejos.

—Me gustaría tomar un vino, pero yo no puedo ir a la taberna y tampoco quiero tomarlo sola. Si encontrara a alguien que apreciara el vino, solo por tomarlo, sin ninguna otra intención que tener ese trago con alguien, probaría encantada el que hacen aquí.

Silencio. «¿Será posible?». Probé mi última opción, *extremun remedium.*

—Correría de mi pecunio.

—Muchacha, yo puedo tomarme un vino con vos, si es el domingo por la tarde, que es la que tengo libre.

*«Optime!»*, pensé. Ya tenía una cita con Braulio para tratar de sonsacarle. Ahora tenía que ver de dónde sacaría la bebida. Se me ocurrió que podría ir a la taberna de *Palavrion* a comprar un pellejo, pero para eso necesitaría un dinero que no tenía. Sin embargo, sí conocía a quien se estaba lucrando en gran medida de mi trabajo. Tal vez pudiera sacar algún provecho de eso.

Por la noche tracé un plan, y para ello tendría que decir nuevas mentiras y nuevos engaños.

# CAPÍTULO XVI. IN VINO VERITAS

Siguiendo el plan, cuando terminé de despachar con mi maestro de Nebrija, me armé de valor y le dije:

—Don Elio, las próximas dos semanas no voy a poder venir.

—Pero… pero eso es muy inconveniente.

Se turbó, dudó, balbuceó y por fin articuló:

—*Cucha* una mijilla, es un gran inconveniente. Primero porque eso es discontinuar vuestro aprendizaje, segundo porque ya tengo comprometido el manuscrito de Santo Tomás, y un retraso de dos semanas podría significar la cancelación de futuros proyectos.

—Es que necesito sacar tiempo para trabajar en el servicio de una señora que me ha pedido que la ayude, y necesito el dinero.

Se quedó pensando, pero no tardó mucho en preguntar:

—¿Para qué queréis el dinero?

—¡Eso es asunto mío!

—Tenéis razón, pero os haré otra pregunta ¿Cuánto necesitáis?

Había resultado. Ahora tenía que finiquitar esta primera parte del plan:

—No lo sé, todavía tengo que ver cuánto. ¿Cuánto valen los manuscritos que hacemos?

—¡Ay, mi alma! —dijo con esa capacidad que tenía de cambiar entre el acento salmantino y el de su tierra—. En Salamanca tenía un amigo que me decía que el valor de las cosas solo lo sabe Dios. Nosotros, los hombres, solo le podemos poner el precio.

Miró en su talega, abrió un saquito, contó las monedas y me dijo:

—Esto debería ser más de lo que vayáis a sacar en dos semanas con esa señora. Os espero mañana, y espero que tengáis la tarea hecha, como siempre. Eso sí, devolvedme el saco cuando hayáis usado el dinero.

Bajé las escaleras con una sonrisa de oreja a oreja. Al salir del colegio me detuve en el jardín, pero lejos de la mirada de Braulio. Allí eché un vistazo a las monedas. Yo no conocía el valor del bolognino, ni su equivalencia en florines, la moneda de Florencia. A decir verdad, tampoco conocía el valor de un florín, que se usaba también en la colegiata. Desde que salí de Castilla, apenas había comprado cosas, así que no sabía si lo que me había dado don Elio era mucho o poco.

Me dirigí hacia el centro de la ciudad, donde estaba la taberna de *Palavrion*. Me arrepentí nada más entrar. Fue poner un pie en el establecimiento y darme la impresión de que todos en la taberna volvían su vista a la puerta mientras el murmullo de voces tabernarias se acallaba. Me miré el vestido de arriba abajo. Todo estaba en su sitio. Me retoqué la cofia, carraspeé involuntariamente y, decidida, me acerqué al mostrador. Saqué el saquito, lo puse sobre la barra y pedí un pellejo de vino. El tabernero me volvió a pegar otro repaso con la mirada, como si no lo hubiera hecho a conciencia cuando me detuve en la puerta. Agarré el saquito y lo hice sonar golpeando la barra. Me dijo algo que no entendí, pero estaba segura de que, aunque yo no había abierto la boca, él sí que había entendido el sonido de mi dinero. Abrí el saquito y puse una moneda sobre el mostrador. Despacio, puse otra moneda sobre la que ya había puesto, y aunque me daba la sensación de que todo el bar me estaba mirando, con mucha parsimonia, apilé una tercera. El tabernero miró las monedas y volvió la vista hacia mí. Guardé el saquito dentro del vestido. Aguanté unos instantes la mirada al boloñés. Hice una mueca de insatisfacción y, decidida a probar suerte en otro lugar, con toda tranquilidad alargué la mano para recuperar las tres monedas. El posadero, de un movimiento rápido, me sujetó la muñeca. Pronunció unas palabras ininteligibles para mí, agarró las monedas, se tiró el trapo al hombro, dio media vuelta y desapareció por detrás de una cortina. Yo permanecí tal y como

estaba, de pie, sin mirar hacia atrás ni a los lados. Sentía un montón de ojos que no se apartaban de mí; pero poco a poco cesó el silencio y el murmullo de las conversaciones afloró. Seguí impasible mirando al frente y esperé paciente a que el posadero volviera. Pasó una eternidad que duró lo que dura un Padre Nuestro, hasta que de la cortina apareció el posadero con un pellejo de vino. Lo siguiente que me dijo sí que lo entendí.

—Una moneda más por el pellejo.

El muy zorro sabía que no me podía negar. Aun así, disimulando mi alegría, con toda la tranquilidad, me eché mano al saquito, saqué la última moneda y la puse encima de la barra. El posadero me cedió el pellejo con una voz corta que entendí que me deseaba que lo disfrutara con salud. No era ese mi plan.

Salí de la taberna y me dirigí de vuelta al colegio, de nuevo sin mirar atrás. Sin embargo, tenía la sensación de que alguien me estaba siguiendo. Escuchaba los pasos, hasta que sentí el tirón.

*—¡Pazza!*

Eso lo recordé, y luego un montón de palabras que no pude comprender. Unos empujones más tarde entendí que había topado con los dos malandrines que habían pegado a Braulio, el portero, los mismos que saqué yo a bastonazos; pero esta vez no tenía conmigo a UESDAN. Más empujones, tirones de pelo y, por fin, fueron a por lo que querían: el pellejo de vino. Grité y forcejeé hasta que, de tanto tirar, las costuras del pellejo cedieron y todo el vino se derramó por el suelo. Solté el pellejo porque me estaba poniendo perdido el vestido, y los abusones se lanzaron arrodillados a por los despojos tratando de sorber todo el vino posible, como si fueran dos lobos bebiendo la sangre de su presa. Se me pasó por la cabeza patearlos en ese momento, o quizá eso de patearlos fue lo que pensé que debía haber hecho entonces cuando ya por la noche estaba segura en mi jergón, acurrucada junto a Beatriz.

¡Oh!, esa noche, imaginariamente, les pegué un montón de veces, con todo. Así, a la mañana siguiente, como casi siempre, me despertó Beatriz:

—Vaya patadas que me habéis pegado esta noche —dijo mientras se desperezaba.

—Lo siento, es por lo que me pasó ayer. He dormido fatal, pero no te preocupes, que ya casi se me ha pasado.

Era una mentira a medias, otra más. Era cierto que, desaparecidos los fantasmas de la noche, ya no tenía ganas de patear a nadie, pero el disgusto de haber perdido el vino, ese, todavía no se me había pasado.

A primera hora del día, ya en mis labores en el colegio, me acerqué a cocinas a por el caldo de huesos de la «Seve». Cuando pregunté al cocinero, él me respondió alegre, como siempre.

—Buenos días, Male. Lunes, el mejor día de la semana. Claro que tengo tu caldo. Hecho con amor, como siempre. ¿Cómo está la coja?

—Bien, bueno, a mí no me habla. Hace como que no me agradece cuando le llevo el caldo, pero veo que en el fondo sí que lo hace. Acepta el plato y lo deja a un lado como si lo despreciara, pero en cuanto vuelvo al ratín, ya se lo ha tomado entero.

—Y vos, ¿cómo estáis?

Obvio que él me preguntaba por cómo llevaba mi relación con la «Seve», pero a mí no se me quitaba de la cabeza el episodio de la tarde anterior, así que se lo conté todo. O más bien lo que le podía contar. Que había estado en *Palavrion*, que había comprado vino para una ocasión especial y que se había echado todo a perder. Según lo recordaba y se lo contaba, me indignaba cada vez más. Aun cuando mis intereses fueran espurios, una cosa no quitaba la otra y, cuando dije que se había echado a perder el vino, el bueno de Giorgio me interrumpió:

—¿Vino? ¿Y por qué no lo habéis dicho antes? Yo os traigo vino mañana. Tenemos todo el que queráis en la viña. Tal vez no todo el que queráis, porque todo pasa por la supervisión del ecónomo, pero sí que podré sacar algo que os llegará para unas cuantas escudillas bien cargadas.

—Albricias, Giorgio. ¿Lo podéis tener para el domingo que viene?

—Contad con ello.

Me turbé, y al notarlo me tapé la cara con las manos. Como una boba, se me saltaron las lágrimas. Al verme, el cocinero se limpió las manos con un trapo y acudió a abrazarme.

—Mujer, venga, que no pasa nada, que lo importante en esta vida es no pasar ni hambre ni sed.

Encontré consuelo en la barriga del cocinero, que se limitaba a darme palmaditas en la espalda a la altura del cuello y a acariciarme la nuca. Cuando cesaron los sollozos, pregunté:

—¿Por qué en esta ciudad hay tan mala gente?

—¿Mala gente? No estoy de acuerdo con vos, jovencita —dijo el cocinero soltando el abrazo y dirigiéndose a su encimera de trabajo —. Esta ciudad engloba el saber de la cristiandad. Ya sabéis que yo no seré un doctor, sin embargo, mi conocimiento llega a Dante, a Petrarca, a Tomas Becket y a alguno más de los prohombres de nuestra era que han estudiado aquí.

—Es que todo lo que me encuentro son malencarados y rufianes.

—Como en todas las ciudades, si vas por las cloacas, encontrarás ratas, pero fuera de ella está lo mejor de la civilización. Nuestro fundador no eligió al azar. No salgáis sola y elegid bien los lugares adonde vais. Veréis cómo vuestra percepción de la ciudad cambia.

Las palabras del cocinero me animaron y al poco tiempo ya estaba de vuelta en mis tribulaciones, como si no hubiera ocurrido nada. O al menos eso creía yo, porque al poco tiempo me crucé con Salva. El estudiante de medicina me debió notar en la cara que había llorado. Se puso un poco pesado rogando que le contara qué es lo que había pasado, y le conté lo que me había ocurrido obviando que hubiera vino de por medio. Según se lo contaba se iba indignando.

—La próxima vez me avisáis y voy yo con vos a ver si son tan valientes.

—Pero Salva —dije al larguirucho, flaco y poco marcial amigo—, eran dos, y a mí me dejaron fuera de combate en un santiamén. Irían los dos a por vos.

Y luego se puso digno:

—Yo, yo… Yo a estos, como os toquen un pelo, vamos…

Yo le miraba y guardaba silencio tratando de no herir sus sentimientos. Él continuaba:

—Mira, yo… Yo agarro un puñado de semillas del albarelo de la cicuta, voy a por ellos y en cuanto abran la boca les lanzo un par

hasta que les entre por la gola, y en unas horas, las diñan como que me llamo Salvador.

—¡Salva! —dije riéndome—, el uso de la fuerza tiene que ser proporcional.

—¡Que no me entere yo!

Tras convencerle de que no pasaba nada y que no iba a necesitar los servicios de un héroe, al menos —y tal y como me hizo repetirle — «por ahora», nos despedimos y fuimos a nuestras cosas.

Pasó la semana y llegó el domingo por la tarde, que era cuando había concertado la cita con el portero. Llovía, como siempre, y nos refugiamos bajo un soportal cerca del colegio. Saqué la garrafa, *ex gratia Domus Hispanica*, por mediación de Giorgio, que yo había ocultado a primera hora de la mañana en unos arbustos extramuros junto a las dos escudillas que me prestó el portugués Tallero. Yo hacía como que bebía, y él se pimpló las dos primeras en un abrir y cerrar de ojos. Tras darle palique de esto y lo otro, comprobé que el portero ya estaba soltando la lengua y me puse a trabajar:

—Para ser honesta, Braulio —aun a sabiendas de que no lo estaba siendo, continué—, es que estoy deseando que vuelva doña Virtudes a sus labores. La verdad, no sé cómo eran las cosas en el colegio antes de que ella viniera. ¿Cómo os organizabais?

—Nos organizamos bien. Esta institución lleva funcionando cien años antes que ella. Antes que ella estaba el mayordomo, que Dios le tenga acogido.

—¿El mayordomo era bien respetado en el colegio? ¿Tenía algún enemigo?

—El mayordomo era el amo del convento, niña. El que manda es el rector, pero en el día a día del colegio con quien tenías que estar bien era con el mayordomo. Al rector le juran fidelidad, ya lo sabes, hip, sabéis. Pero el que lleva el cotarro es el mayordomo.

—¿Y se llevaba bien con todos? —insistí.

Como vi que no se arrancaba, solté:

—Alguien me dijo una vez que no creía que el mayordomo hubiera muerto por la peste.

Me puse colorada y a buscar una excusa por mi repentino rubor: «Diré que es el vino», pensé mientras Braulio no decía ni mu. «¡Qué

mal!, ¿cómo había podido caer tan bajo y ser tan rastrera?». No sabía dónde meterme cuando el otrora mozo del colegio retomó la palabra.

—Él era el que organizaba las credenciales, y las cartas, hip, probatorias. Tal vez…

Tomó un sorbo largo, pero permaneció callado. Tomó otro sorbo, y otro. Yo ya no podía esperar más.

—¿Creéis que es posible que encontrara un colegial con las cartas probatorias falsificadas?

Giró la cabeza para fijar la mirada en mí. No se la pude aguantar y le di un sorbo a mi escudilla, y esta vez de verdad. Cuando estaba tragando el vino pude saborear lo bueno que era. En el colegio sabían hacer buen vino. El veterano apuró su escudilla y me hizo un gesto para que le sirviera más. Tomó un nuevo trago. Cuando casi se me había olvidado la pregunta que le había hecho, el portero asintió:

—Podría ser.

—Y decidme… si hubiera un colegial converso o que no fuera viejo…

—¿Un marrano? —me interrumpió.

—Sí… he oído… digamos…, me dijeron que don Rodrigo de Santaella, al que llaman el «Carmo», es de familia conversa.

—A don Rodrigo lo trajo el arzobispo Carrillo. Hip. No el obispo mismo, sino que vino con un séquito mandado por el obispo. Por muy *madrano* que sea, hip, por muy marrano que sea —repitió esforzándose en pronunciar mejor— ese no tiene nada que ocultar.

No parecía que me fuera a proporcionar más información y, por otra parte, creía que ya me había dado suficiente, así que me preparé la manera de salir de esa conversación.

—Este vino es el mejor que he probado en mi vida. Teníais razón, Braulio. Muchas gracias por el consejo. Apuré mi escudilla, apuré la garrafa en la escudilla del portero y apuré la conversación.

Me dirigí a la residencia, alegre por lo conseguido y por lo bebido. Me tumbé en el jergón y me quedé dormida pensando en que tenía que seguir la pista de las cartas probatorias, porque parecía que Cárdenas tuviera razón y su encargo de copiarlas mereciera la pena, pero ¿cómo?

# CAPÍTULO XVII.
# CREDENCIALES

Tenía que enterarme de cómo funcionaban las credenciales o las cartas probatorias. Pensé en quiénes me podrían dar tal información: Salva, Juan de Jaso y don Elio. Descarté al portugués Tallero, porque, salvo para pedirle las escudillas, hacía tiempo que no conversaba con él. También a don Martín, pues nuestra relación era puramente discursiva. Mis demás amigos —Beatriz, Giorgio y Braulio— supuse que su información sería de segunda mano. Por mucho que quisiera evitarlo, Salva era mi mejor opción. Otras veces pienso que hacía bien en aprovecharme de él. Se lo merecía, por ser tan insistente. Esa misma tarde me lo puso fácil.

A la salida de misa de Muradella fui directa y abordé la conversación.

—Oye, Salva, para entrar de colegial en el colegio, ¿qué se necesita?

El muy bobo estaba feliz porque le había llamado Salva.

—Te manda la diócesis. Tienes que ser buen estudiante, piadoso y buen cristiano.

—Y ¿cómo se sabe eso?

—Tenemos que entregar unas cartas probatorias de que somos cristianos viejos. Las llaman las *primae probationes*, las primeras pruebas —me guardé de decirle que no hacía falta que me tradujera —. Allí se entrega la documentación de la diócesis, de la universidad y las certificaciones de que eres cristiano viejo. Luego se reúne en la

capilla el cuerpo colegial, que lo componen el rector, los consejeros y los colegiales veteranos para dar el visto bueno. Aun así, luego te pueden pedir las *secundae probationes*. Pero estas ya son más raras.

—¿Y cada colegial… tenéis todos esas hojas? No las he visto en vuestra cámara.

—No, esas las guarda el rector, muy celoso, bajo llave. Es un decir, porque en realidad son cinco llaves.

El muy ingenuo se rio feliz de sentirse tan importante en una institución de tanto prestigio.

—¡¿Cinco?! —dije sorprendida—. ¡Qué exageración! ¿No podían ser menos?

Él siguió presumiendo:

—No, tienen que ser cinco. Las llaves las guardan el rector y los cuatro consejeros, o consiliarios, que es como los llamamos nosotros, ya sabes: Elio; Pedro de Mendoza, el «Mendo»; Juan Bernardo, el «Fiti»; y Eduardo, el «Moras». Total: cinco. Si sigo aquí un par de años más, seguramente me hagan consiliario y seré custodio de una de las llaves.

—¿Y para abrirlo tienen que estar presentes los cinco?

—Claro, se reúnen en la habitación del rector, no donde duerme, sino donde despacha.

Yo no conocía bien las dependencias del rector, de ellas se encargaba la «Seve», así que no podía estar segura de que hubiera algún mueble que tuviera las cinco llaves. ¡Cinco! Cada vez que lo recordaba me seguía pareciendo una exageración.

Poco después de caminar, me despedí de él y me fui a la residencia, a copiar unos manuscritos y a pensar cómo demonios iba a conseguir las cinco llaves. La de don Elio me parecía posible; podría hacerme con ella cuando le hacía su alcoba. La de los otros tres colegiales, con dificultad, igual podría entrar en sus cámaras, pero la del rector me parecía fuera de alcance. No era un plan viable, tenía que ser por otro camino, pero en ese momento no se me ocurría ninguna otra manera.

¡Y cómo son las cosas!, justo esa mañana había pensado en que hacía mucho tiempo que no hablaba con el portugués Tallero. Sí es cierto que le había pedido el favor de las escudillas, pero apenas

habíamos tenido conversación. Y casualidades, mientras estaba en la residencia estudiando latín y dándole vueltas a las credenciales, sonó el aldabonazo de la puerta. Beatriz me pegó un grito desde abajo diciendo que preguntaban por mí. Bajé las escaleras y era el portugués. El motivo de su visita fue claro y escueto:

—Malena, mañana he quedado con el señor Palomo. Está de paso en la ciudad y preguntó por vos. He pensado que al ser domingo tal vez querríais saludarle. Vamos a ir a la taberna de *Palavrion* por si deseáis uniros a nosotros.

—Yo a esa taberna no vuelvo, pero con gusto os acompaño a la puerta, siempre y cuando pueda volver a la luz del día.

¡El bueno de mi amigo Palomo!, aquel que me había salvado en la bulliciosa posada genovesa de infausto recuerdo. Y lo poco que sabía sobre él, solo que su familia se dedicaba al comercio de telas y que estaba obsesionado con los viajes de un tal Marco Polo. De telas mi conocimiento era escaso, pero si quería agradarle me bastaría con derivar la conversación hacia el tema de los viajes.

# CAPÍTULO XVIII. PALOMO Y COMPAÑÍA

Había acordado con el portugués Tallero que nos veríamos a la una de la tarde en la entrada del colegio. No es que sea relevante en la historia que me trajo a Bolonia, pero por lo anecdótico y por cómo cambió mi cosmovisión del mundo contaré con brevedad lo que sucedió.

En cuanto sonó la campana, dejé mis lecciones, guardé los útiles de escritura y salí de la residencia a toda prisa hacia la puerta del colegio. Saludé a Braulio, pregunté si había visto al portugués y, cuando me dijo que no, aguardé charlando con él sobre trivialidades hasta que apareció primero el señor Tallero, y al rato —doblando la esquina del callejón ondulado— el señor Palomo junto con un fraile franciscano. Me despedí del portero y fui con el portugués al encuentro de los visitantes. Al ver a mi amigo, alegre le saludé:

—Señor Palomo, ¡qué alegría veros! ¿Cómo vos por aquí?

—De paso y de visita. Este es mi amigo fray Antonio.

El fraile hizo un gesto bajando la cabeza, a modo de saludo.

—Encantada, fray Antonio. ¿Sois boloñés?

—No, soy de Marchena.

Al ver mi cara de sorpresa el fraile continuó:

—Cerca de Carmona… cerca de Sevilla.

—Ah, como mi maestro.

El fraile no dijo nada y el señor Palomo retomó la conversación:

—Pues estuve en Padua, en la universidad, buscando a un viejo amigo, pero no daba señales de vida. Estaba a punto de abandonar

e irme para Génova cuando encontré su pista. Por lo visto ha vuelto a Florencia, lo cual es bastante lógico, ya que él es de allí, así que de paso en mi camino he hecho un alto aquí. He saludado a unos amigos, a fray Antonio y quería saludar también a Pedro y ya de paso a vos.

—Me alegro mucho de veros. Y sigo en deuda con vos, no se me olvida.

—Pues rezad por mí, para que encuentre a mi amigo. De lo contrario, todo este periplo italiano habrá sido en vano.

Seguimos caminando hacia el centro de la ciudad, recordando anécdotas del viaje que nos trajo juntos. Cuando llegamos a la puerta de la taberna, yo me despedí, o eso creía.

—Señores, yo he llegado hasta aquí y me vuelvo. Esa taberna no es para mí. Fray Antonio, un placer; señor Tallero, nos vemos en el colegio; señor Palomo, ha sido bueno veros, y recordad que, si alguna vez necesitáis algo, aquí estoy para serviros.

—No me debéis nada, Magdalena, pero gracias por el aviso. Una cosa, si no queréis entrar en esta taberna, quedaos aquí fuera y podemos charlar un rato.

—Buena idea —dijo Tallero—. Por un día que no llueve, yo voy a por las escudillas y os las traigo.

Juntaron algunas monedas entre el señor Palomo y el portugués, y este último partió hacia la taberna. Nos quedamos el señor Palomo, el fraile Antonio y yo en la calle. Como había pensado la noche anterior, saqué un tema que agradara a mi compañía, el de los viajes. Me interesé por los de aquí para allá que llevaba por todo el norte de Italia. El fraile, escueto, contó que estaba estudiando en la universidad y que había conocido a Palomo en uno de sus viajes. Para participar en la conversación le conté que yo había ido a Santiago y a continuación presumí:

—Y después de Santiago, mi tío y yo llegamos a Finisterre, que es el fin del mundo. Y allí fue la primera vez que vi el mar.

El señor Palomo rio condescendiente y me aclaró:

—El mundo no se acaba allí, querida.

Me quedé sorprendida de la afirmación, por lo que salté enseguida:

—No puede ser. ¿Y el *non plus ultra*, el nada más allá de las columnas de Hércules?

Mi amigo prosiguió con su razonamiento:

—Más allá de Finisterre están la isla de la Madera al sur y la de Tule al norte. ¿Y qué me dices de las Islas Afortunadas? Aquí mi amigo fray Antonio es un gran aficionado a la cosmografía.

Pero el monje no decía nada y a mí me sonaba a fantasías, aunque es cierto que lo de las Islas Afortunadas sí lo había oído alguna vez.

Llegó el portugués cargado con el vino.

—Dos de vino y dos de vino con agua —dijo repartiendo los aguados al fraile y a mí.

El fraile dio un sorbo a su escudilla y dijo:

—Hay quien dice que si se sigue navegando se llega a Cipango y a Catay.

—¿De qué habláis? —preguntó el portugués.

—Le estamos diciendo a nuestra amiga Malena —dijo el señor Palomo— que el mundo es redondo.

—Ah —se limitó a decir el portugués.

—Que es redondo lo sabían hasta los griegos —dijo el fraile.

Yo seguía perpleja escuchando sus raras teorías. Por deferencia hacia el señor Palomo me quedé un poco más de la cuenta, pero en cuento vi que la tarde caía, me despedí, esta vez de verdad. Volví a recordarle al señor Palomo que estaba en deuda con él, me levanté y partí.

Miré hacia ambos lados de la calle, y cuando vi aliviada que no había peligro alguno, me dirigí hacia la residencia rauda, pues quería darle un buen empujón a mi trabajo en los manuscritos de santo Tomás.

Seguí copiando manuscritos, seguí estudiando lecciones, seguí leyendo los discursos, y cada vez me iba olvidando más y más del tema de las credenciales. Estaba tan lejos y me resultaba tan difícil que dejé de pensar en ello.

# CAPÍTULO XIX. FESTINA LENTE

Pasaron los días, y las semanas. No tenía noticias de Castilla, mis pesquisas sobre los sucesos y la búsqueda de las credenciales estaban abandonadas, aunque yo seguía con los ojos y oídos atentos a las cosas del colegio y mi latín había progresado. Con la «Seve» convaleciente, decidimos entre las cuatro mozas turnarnos en las dependencias que la gobernanta hacía. Cuando me tocaron las dependencias del rector, por más que me fijé, no encontré ningún mueble que tuviera las cinco llaves, como me había dicho Salva. El enigma del mueble lo resolví cuatro o cinco días después, cuando me tocó la sacristía. Era la habitación a la que se entraba por la capilla y que estaba justo debajo de la oficina del rector. A diferencia de las cámaras de los colegiales, que tenían una planta cuadrada, las dependencias del lado de la capilla eran rectangulares y su tamaño era entre dos y tres veces superior a las cámaras. Estaba repleta de muebles y bancos de madera noble —no sé de cuál—, pero se notaba a la legua que era buena. Guardaban objetos litúrgicos como cálices en desuso, custodias, crucifijos, candelabros, lámparas de aceite, un mueble para las vestiduras de las ceremonias, un banco y, junto a este, un soberbio arcón de madera con decoraciones y filigranas, y lo más importante, con cinco cerraduras. El mueble que Salva me había dicho que estaba en las dependencias del rector se encontraba en la sacristía. El muy presumido, por no admitir que no sabía dónde estaba el mueble, se lo había inventado.

En cuanto a la «Seve», ella fue mejorando y valiéndose por sí misma, gracias al apoyo de un báculo, aunque Salva, que presumía de lo buen algebrista que era, había dicho que el báculo era totalmente innecesario porque los huesos se habían ayuntado bien. En cuanto la gobernanta se sintió capaz, recuperó las labores de ama de llaves con gran alivio de mi compañera Juana, porque esta tenía que abrir el colegio todas las mañanas y correr a la residencia a devolver la llave. Así, la gobernanta volvió a asumir la tarea de abrir la puerta principal. Lo hacía con mucha dignidad, apoyándose en el báculo, introducía la llave en la ranura y con gran dificultad la giraba. Cuando conseguía abrir la puerta, orgullosa, se erguía. Luego iba donde el ecónomo y se quedaba ahí charlando casi toda la mañana. A última hora daba un paseo, no muy largo, por el patio, como si pasara revista, y después subía con mucho cuidado a la sala de servidumbre para comer.

Con respecto a su trato conmigo, este se fue suavizando. Desde nuestro incidente no me había vuelto a levantar la voz. Tal vez su orgullo le impedía agradecer los cuidados que le procuré en su convalecencia, pero yo notaba que me tenía más respeto. Estuve semanas llevándole el caldo que preparaba Giorgio, acomodándola en su cama y ocupándome, junto con mis compañeras, de todo su trabajo.

Lo que le terminó de hundir fue cuando una mañana el ecónomo nos llamó a las cinco a su oficina. Estábamos las cuatro mozas de pie y la gobernanta ocupaba la silla de cortesía. El ecónomo se puso en pie, carraspeó y ahuecó la voz diciendo:

—Gobernanta, mozas, reunidos los colegiales en asamblea, han elegido nuevo mayordomo para el curso que viene. Este mayordomo tendrá la potestad de elegir su equipo de mozos. En consecuencia, los servicios que vuestras personas desempeñan en el colegio no serán requeridos a partir de la clausura del curso, el próximo junio.

—Pero ¿podremos trabajar con el nuevo mayordomo? —preguntó Ester.

—Me temo que los colegiales han sido tajantes. Volverá a ser vigente la prohibición de entrada a las mujeres.

—¡Pero eso es injusto! —dijo Juana.

—No, no lo es —corrigió el ecónomo—. Así viene en los estatutos. En realidad, y esto os lo cuento por deferencia a vuestras personas, nunca se cambiaron. Siempre tuvisteis vetada la entrada.

—¿Y qué podemos hacer? —volvió a preguntar Ester.

—Seguir trabajando hasta la clausura. El salario se os pagará según lo convenido. Las que deseéis volver a España tenéis incluido el viaje de regreso.

—Pero ¿qué va a ser de nosotras? —preguntó Juana.

—El colegio —contestó el ecónomo— no puede firmar cartas de recomendación, pero los colegiales a título individual sí lo pueden hacer. Con esas referencias os será fácil encontrar dónde servir.

Como he dicho, esto terminó de hundir a la gobernanta y fue un revés para todas. Para mí también lo fue, al menos al principio, aunque luego me sentí aliviada porque comencé a ver el fin de esta historia.

Ese mismo día, en la sala de servidumbre, las mozas estaban con la moral muy baja. Tras una serie de propuestas absurdas, desde el tipo de «yo me vuelvo ya» hasta el «que se hagan ellos la cama», las mozas decidimos hablar con los colegiales que teníamos más accesibles.

La «Seve», sentada y muda, cuando Ester le preguntó sobre qué opinaba, se limitó a decir:

—Haced lo que os plazca, pero no en el colegio.

Ese mismo día, en cuanto a Salva se le ocurrió una excusa para venir a verme, me encaré con él:

—Habéis votado que nos expulsen a final de curso.

—¿Cómo decís?

—Que en la votación que tuvisteis esta mañana habéis votado porque no nos dejen continuar trabajando el año que viene.

—Yo no he votado nada de eso. Yo he votado que continúen los estatutos. Y no sé qué cosas más. Yo en las disputas de gobierno no me meto.

Se marchó algo enfadado, aunque se le pasaría enseguida. Quizá yo no había preguntado a quién debía preguntar. Tenía a todos los colegiales por justos, pero tal vez quien me podía resolver mis dudas era don Juan de Jaso. Ese era el jurista más cercano y el que ya

había probado que era capaz de ejercer la defensa jurídica de una de nosotras.

Siguiendo el procedimiento habitual que seguía cuando quería hablar con un colegial, esa misma tarde esperé en la puerta del colegio a que don Juan regresara de la universidad.

—Don Juan, tengo una consulta legal para vos.

—Decidme, Magdalena, ¿de qué se trata?

—Es sobre la decisión que ha tomado el colegio de que no podemos continuar trabajando el curso que viene.

—Entiendo. Esperadme aquí fuera. Voy a dejar estos legajos, me alivio, vuelvo y os resuelvo vuestras dudas. Siempre que sea a partir de aquí —dijo señalando la línea que formaba la parte del jardín cuidada del alborotado camino.

Esperé al navarro, según sus instrucciones, a un paso fuera del colegio. No tardó en llegar. Yo fui directa al grano.

—Don Juan, habéis votado que nos expulsen a finales de curso.

—Yo no he votado, no tengo derecho, pero los que han votado lo han hecho para que se cumplan los estatutos, querida Magdalena. Que vos no podáis continuar es una consecuencia, no lo que han votado. Otra cosa es que los estatutos no sean adecuados, pero eso ya es de otro debate. *Dura lex, sed lex*.

— Sí, ya sé que «ley dura, pero ley». Y también he oído eso de que «la ley es la ley y está para que se cumpla», pero ¿no podéis cambiar los estatutos?

—Yo, hasta que no jure como colegial, soy un novato sin derecho a voto. Cuando jure, tendré derecho, pero jamás los cambiaría *motu proprio*. Porque habré jurado fidelidad. Ser fiel no es seguir a alguien o a algo cuando estás de acuerdo, sino cuando estás en desacuerdo.

—¿Y quién puede promover el cambio?

—¿De los estatutos? Solo los colegiales. Fuera de estos, me temo que tiene que ser el papa o quizá el rey de Castilla. El mismo rey tendría problemas. El cardenal les regaló el colegio a los españoles, no a los reyes de estos. No sé si sabéis lo que ocurre ante cualquier cosa o sugerencia: el colegio siempre responde que lo hará:

«*dummodo istis nostris statutis non derogent, contradicant vol obvient quoquo modo*»[4].

—*Vel* —se me escapó.

—¿Cómo decís?

—Es *vel*, estimado amigo. Ese *vol* que habéis citado es incorrecto.

—Estoy seguro de haberlo visto escrito como *vol*.

—No lo dudo, don Juan. Pero está mal. Lo correcto es *vel*, conjunción que significa «o», u «o bien».

El navarro hizo una mueca y a continuación dijo:

—Sé quiénes son vuestros maestros. Si vos lo decís, os creo. Ahora, si me excusáis, tengo que volver a mis estudios.

Libré al navarro de mis molestias, aunque sus explicaciones no me habían convencido. Además, al fin y al cabo, él era un novato.

Así que fui a pedirlas a uno de los consiliarios, a la sazón mi maestro de latín y con quien hablaba casi todos los días. Las primeras palabras del maestro fueron casi iguales a las del navarro. Pero yo insistí:

—Entonces don Elio, ¿no hay ninguna esperanza de que las mujeres podamos trabajar en el colegio?

—Las mismas de que las mujeres trabajen en un monasterio de frailes. Ninguna. No sé si habéis tenido oportunidad de leer las palabras de nuestro fundador sobre las mujeres.

—No.

—No puedo citar textualmente, pero algo así como «La mujer es cabeza de pecado, arma del diablo, culpable de la expulsión del paraíso y corrupción de toda ley antigua, por lo que toda conversación con ella ha de ser cuidadosamente evitada. Prohibido expresamente que nadie se atreva a introducir en el colegio mujer alguna, aun cuando sea honrada».

—Pero vos no pensáis así.

—Lo que yo piense no tiene importancia.

—Si pensarais así, no estaríais hablando conmigo.

—También me resultan increíbles muchas expresiones del antiguo testamento. Y también algunas en el nuevo.

Boquiabierta, me persigné.

—Pero maestro, eso que decís…

—Eso que digo no lo debéis repetir. En mi opinión no son más que errores en la traducción. La Biblia Vulgata está plagada de ellos. Pero lo importante, querida Magdalena, es el mensaje. Que Dios nos ama y que su hijo murió en la cruz para salvarnos. El resto son minucias. Del mismo modo que lo importante del cardenal es su obra, este colegio, y no lo que él opinara sobre las mujeres. De no ser por él, los veinticinco que aquí estamos, veinticuatro si quitas a Mendoza, no seríamos más que un conjunto de goliardos y sopistas.

Terminé decepcionada, como mis compañeras. En la sala de servidumbre quedamos a comentar cómo nos había ido en nuestras entrevistas. La conclusión era que los colegiales, de uno en uno, nos daban la razón o, mejor dicho, no se atrevían a contradecirnos. Pero cuando estaban en la asamblea, su voto era expulsarnos. Era su colegio y sus reglas. No había nada que hacer.

Sucedieron los días, las semanas y los meses. Aunque seguía atenta a los comportamientos de los colegiales, me centré en el aprendizaje del latín. Podía volver con las manos vacías, pero el espíritu debía estar lleno. Como he dicho, mi latín había mejorado. Lo escribía y traducía con precisión gracias a las lecciones de don Elio y leía y articulaba con soltura gracias a las de don Martín. El aragonés me había tomado como audiencia para recitar sus discursos. Tenía la sensación de que cada vez que había preparado uno nuevo, buscaba una excusa para cruzarse conmigo por los pasillos y soltarme la disertación. Había veces que yo tenía que salir corriendo o buscarme cualquier excusa, porque como me encontrara —ya fuera en mis labores o en el patio— me soltaba sus tesis sobre teología, que, aunque las primeras veces daba gusto oírle hablar, luego se me hacían algo largas. Aprendí un montón de cosas del amor a la Virgen, pues era su tema favorito, y también sobre san Agustín. Era un buen hombre, estuve tentada de que fuera mi confesor, pero lo descarté. Aunque siempre fui cumplidora en ese sacramento, otra cosa era el apuro que me daba decirle a mi confesor que les estaba mintiendo a él y a los suyos para sacar provecho.

Durante esos meses escribí a mi tío media docena de cartas. Las quemé todas. No se me ocurría ninguna manera de explicar mi situación en el colegio o solicitar nuevas instrucciones sin comprometer mi misión si la misiva llegara a manos equivocadas. Cuanto más tiempo pasaba, más abandonada me sentía por parte de los que me habían enviado. Y en el abandono decidí hacer la guerra por mi cuenta. «¿Qué haría un caballero en mi lugar? ¿Qué haría mi tío? ¿Qué hubiera hecho don Suero de Quiñones? ¿Y el Cid? Ese fue un caballero desterrado, ¡anda, como yo!».

Por muy bajo que tuviera el ánimo, no se me había olvidado la habilidad de sonreír, así que me fue fácil conseguir una copia de *El cantar del mío Cid*. Cuando me aburrí de leer *El Cantar*, también me aburrí de las historias de caballería y también de esperar noticias. A apenas unos meses de la conclusión de mi periplo bolonio, el único éxito posible sería abrir el mueble de las cinco llaves y copiar las credenciales de los colegiales para llevarlas a los que me encomendaron la misión: Chacón o Cárdenas. Y cuando me aburrí todavía más, y además no se me ocurrió cómo hacerme con las credenciales, decidí olvidarme de ese tema por completo. El tiempo pasó lentamente, pero pasó.

# CAPÍTULO XX.
# CELEBRACIONES

Llegó el sábado anterior al quinto domingo después de Pascua. En la colegiata de Roncesvalles era un sábado más, pero en Bolonia era el sábado más importante del año.

Del Santuario de Nuestra Señora de San Luca, sito en un promontorio a una legua del colegio, viajaba en procesión un icono de la Virgen con un niño llamado San Luca. Entraba en Bolonia por la Puerta de Zaragoza, tal y como lo había hecho yo hacía más de medio año, y pasaba por la calle que separaba el colegio de mi residencia para llegar a la catedral.

Pero el paso de la Virgen, ya de por sí merecedor de efeméride, no era el único motivo de alegría dentro del colegio. Ese sábado los colegiales novatos dejaban de serlo para convertirse en veteranos en una solemne celebración cuyo cenit era el juramento a los estatutos y de fidelidad al rector.

La noche anterior, las chicas estábamos alborotadas por si podíamos ver la ceremonia de juramento. Obviamente, teníamos terminantemente prohibido estar en la capilla, que era donde se celebraban los actos dignos de tal, pero las chicas habían dicho que existía la posibilidad de asomarnos al balcón de la habitación de visitantes ilustres, pues, aunque otros años en esas fechas solía estar ocupado por, obviamente, alguien ilustre, ese año había quedado vacante. La otra opción era verla desde el balconcillo de enfrente, al que se accedía desde las dependencias del rector. Esa

era una opción descartada. En la residencia, las cuatro reunidas en nuestro particular sanedrín, discutimos sobre cómo hacerlo:

—Yo digo que tenemos que ir a verlo —dijo Ester.

—Pero si nos pillan la podemos fastidiar —objetó Beatriz.

—¡Ay!, mujer, seremos discretas —Ester era la más determinada —. No nos vamos a asomar al balcón, solo vamos a la habitación, abrimos la puerta y nos escondemos. Así, al menos, oiremos la ceremonia.

—No sé, no lo tengo claro— dudaba mi compañera.

—Sabes de sobra que hacen la vista gorda. ¿Y qué nos van a hacer si nos pillan? ¿Nos van a expulsar a las cuatro? ¡Ja! No tienen mozos suficientes para hacer las alcobas. Y los que hay son unos inútiles, bien lo sabes. Como mucho, una reprimenda y vamos listas.

—O vamos las cuatro o nada—propuso Beatriz—. Votémoslo.

Juana y yo no habíamos abierto la boca, pero estaba claro que las dos también teníamos ganas de verlo. Incluso la «Seve». Seguro que ella también querría. Así que pregunté:

—¿Y la gobernanta? ¿No querrá verlo también?

Ester dio un respingo y muy digna me espetó:

—¿Qué eres? ¿Su mejor amiga ahora? Además, ¿con el bastón? ¡Seguro que hace un ruido que nos delata!

—Pero también es seguro que le hace ilusión verlo.

—Votemos —volvió a proponer Beatriz.

—Un momento —dije—. ¿Cómo entraremos en la cámara?

—Está abierta—dijo Ester—. Desde que la «Seve» lleva bastón nunca echa la cerradura. ¿Quién va a entrar allí? Además, ya ves lo que le cuesta abrirnos el colegio por la mañana. Es un espectáculo de equilibrios sobre bastón.

Votamos varias veces hasta que finalmente salió lo que Ester quería. El plan consistía en que iríamos las cuatro sin la «Seve». Esperaríamos en la sala de servidumbre que estaba contigua a la habitación de ilustres y cuando sonara la campana nos adentraríamos en la habitación cuya puerta del balcón habríamos dejado abierta con anterioridad. Satisfechas y excitadas a partes

iguales, nos retiramos a nuestras alcobas, y a mí —y estoy segura de que a todas— me costó conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, cuando los colegiales entraron en misa, hicimos las cámaras a toda prisa, y cuando los colegiales salieron al patio ya habíamos terminado todas. Los colegiales esperaban para volver a entrar en la capilla y celebrar la ceremonia de clausura del curso, que se adelantaba unas siete semanas antes de que tanto el colegio como las universidades lo clausuraran de verdad. De esa manera, los estudiantes, y en especial los que defendían sus tesis ese año, podían apurar sus estudios con dedicación plena evitando distracciones.

Llegó la hora. En las campanadas del cuarto para las once, habíamos terminado nuestros quehaceres y cada una fuimos yendo a la sala de servidumbre. Cuando estuvimos las cuatro, Ester abrió la puerta, miró a ambos lados y a hurtadillas salimos hacia la habitación contigua, la de los visitantes ilustres. La puerta del balcón estaba entreabierta y podíamos ver al capellán repasando la colocación de los libros y las hojas que se iban a leer antes de la ceremonia, transformando la capilla en una sala de celebración de actos solemnes. Cuando este se dio por satisfecho, se retiró a la sacristía. Al poco sonaron las campanas de las once, las puertas se abrieron y los colegiales fueron entrando. Don Juan de Jaso y don Pedro Tallero, los únicos que no llevaban la banda jacinto, se pusieron en primera fila en los que iban a ser sus últimos minutos de novatos. Todos los balandranes estaban impolutos para la ocasión. Incluso los más descuidados y cuyo aspecto a veces era motivo de reprimenda —Salva era uno de ellos— estaban en perfecto estado de revista.

Cuando todos estuvieron sentados, salió el capellán de la sacristía y abandonó la capilla para recibir al rector. Unos instantes más tarde entraban ambos y todos los colegiales se pusieron en pie. El rector se detuvo para persignarse y continuó su paso. Ocupó la posición que tenía asignada al frente y, de cara al altar, soltó un discurso en latín. Las chicas me miraron para que les tradujera. Con una voz tan bajita como pude les traduje:

—Queridos colegiales, siguiendo los valores que nos unen bajo la guía de San Clemente y el espíritu de nuestro fundador, el Cardenal Gil de Albornoz, hoy nos reunimos en este lugar santo para recibir a quienes, con diligencia y mérito, se incorporan a esta comunidad pequeña en tamaño, pero grande en conocimiento. A vosotros nuevos colegiales, don Juan de Jaso y don Pedro Tallero, os invito a recordar que no solo sois estudiantes, sino portadores de las virtudes de nuestra institución. Por eso, el juramento que os vamos a tomar no solo es por vuestra educación, sino por vuestra fe y por el honor de vuestra patria. Del mismo modo, Señor, al igual que te pedimos antes de tomar los alimentos para el cuerpo, ahora que alimentamos el espíritu te rogamos que tengas en gloria al cardenal y ayudes nuestro esfuerzo para que en nosotros su obra fructifique.

Todos respondieron «amén». A continuación, el rector dejó de improvisar y leyó el juramento. Yo dejé de traducir.

Los novatos repitieron al unísono sus últimas palabras como tales, y don Elio y don Pedro de Mendoza les pusieron las bandas. Don Juan y don Pedro, rivales cuando me juzgaron hacía unos meses, se fundían en un abrazo. Después de los consiliarios, uno a uno fueron todos los colegiales a felicitar a los nuevos veteranos.

Las mozas salimos de la cámara de visitantes ilustres y nos dirigimos a la sala de servidumbre caminando con regusto agridulce: habíamos sido testigos de esa ceremonia tan emotiva, pero también éramos conscientes de que no volveríamos a serlo.

A continuación, fuimos a ver la procesión. Los boloñeses, incluidos los colegiales, y nosotras alfombramos la senda de la Virgen con pétalos de rosa que cubrían la calle y, cuando la *Madonna* pasó por delante del colegio, arrojamos todos los pétalos sobrantes haciendo una suerte de nieve multicolor roja, blanca y amarilla.

Fue una procesión que me emocionó y que todavía recuerdo con gran alegría, aunque hayan pasado todos estos años. Cuando terminó la procesión, los colegiales se dirigieron al refectorio para el ágape especial de la fiesta de clausura. Nosotras aprovechamos para ir al almuerzo a la sala de servidumbre. Antes de terminar nuestro plato —ese día había cordero asado al estilo castellano para todos y vino abundante incluso para nosotras—, un murmullo en el

refectorio fue creciendo, en el que sobresalían los vítores y las loas al Colegio de San Clemente y algún improperio contra el colegio de los dominicos. El refectorio, que durante meses había sido un lugar de silencio, educación y buenas maneras, sonaba como una vulgar posada. Cuando parecía que las cosas se calmaban, volvían a aflorar los gritos, esta vez al unísono.

—¡Bebe!, ¡bebe!, ¡bebe!

—Lo van a poner todo perdido —dijo la «Seve»—. Esperaremos aquí hasta que salgan y hacemos zafarrancho.

—Tomaos un vino, doña Virtudes, ¡que un día es un día! —dijo Esther.

—Es que se me sube a la cabeza, pero servidme un poquitico.

Permaneció en la sala hasta que escuchamos cómo los colegiales salían del comedor, bajaban al patio y, ya cantando, abandonaban el colegio.

—Van a *Palavrion* —dijo Ester.

—Espero que no cometáis la imprudencia de ir vosotras detrás —advirtió la «Seve». Esperaremos a que se hayan ido todos y vamos a ayudar a los mozos a limpiar.

Fuimos al refectorio y estaba hecho un desastre. Había vino derramado por todas partes. Las cuatro chicas, sin decir nada, limpiamos con mucha prisa. Las cuatro no decíamos nada, pero sabíamos que teníamos que terminar rápido. En cuanto la «Seve» salió de la sala, Beatriz comentó lo que todas estábamos pensando:

—Yo no me lo pierdo.

Cuando todo estaba ya limpio, fuimos a la residencia a cambiarnos para ir a la taberna. Al abrir la puerta de la residencia, por debajo de la puerta había una nota. Esther cogió la nota y leyó:

—Para Magdalena. ¡Male tiene un admirador secreto!

Antes de que alzara el brazo para tratar de que yo no llegara a alcanzar la nota, le pegué un pisotón y se la arrebaté.

—¡Auch! Bruta, que te la iba a dar.

De una carrera subí a mi celda, cerré la puerta y la desdoblé para leer:

*«Magdalena, debemos vernos. Reuníos conmigo a las seis bajo la Torre dell'Orologio. Vuestro amigo Palomo».*

Obvio que la nota me pilló de sorpresa. Habían pasado ya un par de meses desde la última vez que vi a Palomo. Aunque se trató de una visita agradable, aquella vez fue en compañía. Sin embargo, esta cita a solas me daba mala espina. Bajo la torre era un lugar público y no debería temer nada. Estaba algo confusa cuando entró Beatriz, que algo debió notar, porque preguntó:

—¿Va todo bien? Parece que os han dado una mala noticia.

—No, Beatriz, es de un viejo amigo con el que compartí el viaje hasta aquí. Me ha citado en la torre del reloj. Pero no sé.

—Pues no vayáis. Precisamente hoy. Yo no me pierdo la juerga por nada.

—Es que creo que tengo que ir. Estoy en deuda con él.

—Vos misma. Pero esta vez no contéis conmigo para ir de sujetavelas.

# CAPÍTULO XXI. LA CITA

El minutero estaba a dos rayas de las seis, y yo estaba bajo la torre. El lugar era concurrido por ser día festivo y la plaza estaba animada. Aunque estaba nerviosa, no tenía nada que temer. Tenía clara una cosa. Atendería a mi cita, pero no me movería de allí. Le despacharía en cuanto pudiera y me iría a buscar a las chicas a la taberna. Las campanas sonaron. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Alargué el cuello para ver si veía al señor Palomo. Una mano se apoyó en mi hombro. Me estremecí y me di la vuelta tan rápido como pude.

—¡Señor Palomo! Vaya susto me habéis dado.

—Magdalena, me alegra que os llegara mi mensaje.

Se disculpó, insistió en que era una alegría verme, miró nervioso para un lado y para el otro y, tras una vacua charla preliminar, por fin fue al grano:

—Una vez dijisteis, a decir verdad, más de una vez os lo he oído, que estabais en deuda conmigo. Ha llegado la hora en que necesito algo de vos.

—Si está en mi mano…

—Puede que lo esté. Se trata de un documento del colegio. Lo necesito. Es muy importante para mí.

—Pero yo no sé los documentos que hay en el colegio, yo no tengo acceso, y aunque lo tuviera, sacar documentos es motivo de excomunión. Creedme, lo sé muy bien.

—Creía que erais una persona de palabra y que sabríais pagar una deuda.

Claro que yo era una persona de palabra, pero no iba a ceder. Lo que me pedía no era proporcional. Titubeé un rato, pero enseguida respondí:

—Señor Palomo, ciertamente estoy en deuda con vos. Pero eso que me pedís… insisto, no sé cómo puedo ayudaros.

—Tal vez tengáis razón. Antes que a vos, le comenté a Tallero lo que necesito. Apenas había empezado a darle detalles diciéndole «Pedro, necesito un documento del colegio» cuando se negó tajantemente a escucharme más. Claro que a él no le salvé de nada y no está en deuda conmigo.

De repente, la falta de proporcionalidad que me servía como excusa para no acceder a sus peticiones me pareció una razón un poco más endeble. Empecé a flaquear.

—¿De qué documento se trata? ¿Quién os ha dicho que está en el colegio?

—Es el *Liber de Rebus Gestis* o más bien una parte de él. Concretamente las hojas referentes a los últimos cinco años.

—¡Claro que está en el colegio! Y sé en qué mueble se guarda, pero tenéis que decirme para qué lo queréis.

—Es complicado. Todo este viaje que he hecho aquí en Italia es en pos de un documento que tiene un mercader. Pero los mercaderes hacen cosas de mercaderes y no me da ese documento a cambio de nada. De casualidad me enteré de que ese comerciante se había interesado en hacer negocios con vuestro colegio. Hablando, salió el tema de que yo tenía amigos en San Clemente de los Españoles, quizá exageré un poco sobre mis vínculos con el colegio, pero el caso es que su actitud cambió. Me habló de algunas fincas que decía que explotáis, me preguntó si conocía dónde había más, de cuántos aparceros, de cómo se abastecía… Si yo pudiera facilitar la información relativa al colegio que hay en ese libro, a cambio, él podría darme cierta información que me interesa. En concreto, cierta carta que… bueno, que a mí me interesa. Llevo un año viajando para conseguirla y ya la tengo cerca.

—Pero eso que me pedís… Ese libro no se puede sacar. Lo conozco porque es donde apuntan cada hecho que pasa en el colegio. Lo rellena el notario, al que llaman el «Fiti».

Conocía con certeza la existencia del *de Rebus Gestis*. Don Elio me había hablado de él, y del *Liber Epistolarum* y del *Liber Decretorum*. Mientras yo pensaba, el señor Palomo solo repetía cosas como «lo necesito, es muy importante para mí». Él era muy insistente. Y como siempre, no sé ni cómo terminé diciendo:

—Es imposible sacarlo, pero tal vez pueda copiar las hojas de los últimos cinco años.

Una sonrisa cubrió la cara de mi interlocutor. Se había salido con la suya y yo otra vez había sido incapaz de decir que no. Al menos esta vez saldaba una deuda. De cualquier manera, no me sentí nada cómoda y en cuanto pude me despedí diciendo:

—No os prometo nada, porque creedme que sé lo difícil que puede ser la empresa de acceder a ese libro. No os puedo prometer nada más que lo voy a intentar. Pero no lo esperéis hasta que clausuren el colegio. Quedaremos aquí a las seis de la tarde el sábado antes de la clausura dentro de siete semanas. Si he sido capaz de haceros el encargo, aquí estaré. De lo contrario, me habré arruinado la vida y…

No seguí, porque solo de pensarlo me entró una congoja. Abandoné el lugar en dirección a *Palavrion*, pero mi mente no estaba para juergas y festejos. El plan de robar las llaves se reactivaba. A partir del día siguiente intentaría averiguar cómo acceder al libro y dónde esconderían las llaves que lo custodian. Un pensamiento me vino a la cabeza con tal fuerza que me golpeé la frente: «Seré idiota, precisamente hoy hubiera sido el día ideal para hacerme con las llaves, y lo he perdido. Maldita fortuna la mía».

# CAPÍTULO XXII. EL PLAN

Llegué a la posada sin quitarme de la cabeza cómo podría hacerme con las llaves y cómo, una vez que las tuviera, podría abrir el armario donde se guardaban el libro y las cartas probatorias. En la posada había un grupo de trovadores, con un laúd, una especie de dulzainas y tambores, panderos y pandereta. Mis compañeras lo estaban pasando como el mejor día del año, y los colegiales… había alguno que no se tenía en pie. Me insistieron en que tomara un vino, y otro. Las chicas, animadas, cuchicheaban sobre los chicos. Yo intentaba quitarme los problemas de la cabeza, pero era imposible. Unos brazos me rodearon la cintura. En un escorzo vi que era el tonto de Salva. Le quité los brazos. Él insistió.

—Male, baila un poco, que un día es un día.

¡Todo el mundo repetía esa frase!, «un día es un día». Salva se movía con torpeza, con una torpeza graciosa, y alternaba el baile local con sus movimientos de cacareo de pollo que solía hacerme cuando estaba contento, pero a mí no me apetecía bailar. Las ganas se me habían pasado con la cita, de lo contrario sin duda lo hubiera hecho, como lo estaban haciendo las otras chicas.

—*Venite, venite*, y baila, baila.

Insistía el torpe. Yo, para que me dejase en paz, hice un par de movimientos al son de la percusión; a él eso le alegró mucho, pero enseguida me repuse y les dije a las chicas que me encontraba mal y que me volvía a la residencia. Pero como ya era de noche y no quería volver sola, esperé sentada en la posada viendo cómo se divertían todos, hasta que por fin encontré un grupo de colegiales que volvían al colegio.

Llegué a la residencia, subí a mi celda, me tumbé en el jergón y reflexioné sobre lo que tenía que hacer.

Estaba en deuda con el señor Palomo y había adquirido un compromiso con mi tío y el señor Chacón, aunque hacía meses que me había hecho a la idea de que no lo iba a poder cumplir. Ahora tal vez podría no decepcionarlos. Tenía un único plan, desesperado, pero único, y tenía siete semanas para conseguirlo antes de la clausura.

La mañana siguiente, aunque fuera domingo, entraría en el colegio con la excusa de ver si faltaba algo por limpiar. Con suerte los colegiales estarían con la resaca de la noche anterior y eso me facilitaría la tarea.

Llegó la mañana, dejé a Beatriz durmiendo y bajé a preguntar a la «Seve» si necesitaba que fuera ese día al colegio a ver si quedaba algo para limpiar y a echar una mano a Giorgio. Se sorprendió, pero me abrió el colegio. Debido a la festividad del día anterior, habían suspendido la misa de las nueve de la mañana y en el colegio estaban todas las puertas de los colegiales cerradas. Parecía desierto, como si la peste no se hubiera ido el verano anterior. Tan solo algunos restos de pétalos por aquí o manchas de vino por allá. Fui al pozo a por agua para limpiar los restos —al menos aprovecharía la mañana— cuando vi que la puerta de la cámara de don Elio se abría y este bajaba a las letrinas.

—Buenos días, don Elio.

—Buenos días, Malena, puedes hacerme la cámara ya, voy a tardar un rato en volver.

Le iba a contestar que era domingo y que no tocaba hacerle la habitación —cosa que él debería saber si hubiera sido consciente de en qué día vivía—, pero me callé. Era una ocasión perfecta para hacerme con la primera llave.

Entré y dejé la puerta abierta, como siempre, abrí la ventana, ordené un poco, me asomé al claustro y, cuando vi que el colegio seguía igual de muerto, abrí una de las gavetas del latinista, y *eccoli qua*: allí estaba la llave. La oculté por dentro del vestido. El rubor me llegó hasta las orejas, que notaba calientes e hinchadas. Terminé de hacer la habitación, cerré y me dispuse a salir del colegio, pero

cuando cruzaba el patio, Giorgio, que salía de la leñera, me entretuvo:

—Buenos días, Malena, ¿puedes traerme un poco de agua?

Fui de nuevo al pozo a por el agua. Y de repente me volvió el rubor. Había cogido la primera llave que había visto. ¿Y qué pasaría si no fuera esa, si esa fuera la llave de cualquier otra cosa? ¡A veces la gente tiene más de una llave! Cuando estaba dudando si volver a subir a la habitación, a mirar en todos los rincones en busca de más llaves, don Elio regresó de donde las letrinas y me volvió a saludar. El regreso a la alcoba estaba descartado, al menos hasta el día siguiente. Ahora tenía que guardar la llave, pero ¿dónde? No en mi celda. Beatriz podría encontrarla sin querer y la «Seve» queriendo, porque siempre sospeché que me seguía fisgando las cosas cuando yo no estaba para ver si me encontraba algo con que volver a acusarme.

Así se me ocurrió que podría esconderlas en los terrenos de los Albergati, pasada la iglesia de Santa María Muradella. Era un buen sitio, allí podría ir a enterrarlas según las fuera adquiriendo. Era parte de mi camino habitual, no levantaría sospechas de nadie y si alguien las encontrara allí siempre podría negar mi culpabilidad.

Terminé de ayudar a Giorgio y salí del colegio camino al citado terreno para proceder al enterramiento según mi nuevo plan. Nada más cruzar la puerta me llevé otro susto. De nuevo, como había ocurrido el día anterior, unos brazos me agarraron por la cintura y me hicieron mover.

—*Venite, venite* y baila, baila, Malena.

Otra vez el tonto de Salva me agarraba.

—¡Déjame en paz, Salva! —protesté.

—Danzad, bailad como bailabas ayer.

—¡Que me dejéis! —forcejeé.

Y mientras forcejeaba, sentí como si una gota fría y pesada resbalara por mi cuerpo y escuché el ruido metálico de la llave que, escurriéndose de mi vestido, rebotaba en la piedra que separaba el camino del terreno del colegio. Me quedé igual que la citada piedra. Salva se quedó extrañado. Miré a un lado y al otro. Por fortuna, Braulio, el portero, libraba esa mañana y nadie nos había visto. La

pisé con cuidado de que no sobresaliera, pues la llave era un poco más larga que la mitad de mi pie.

—¿Y esa llave? —preguntó Salva.

No dije nada, porque me faltó el valor tanto para mentir como para decir la verdad. Según pasaba el tiempo notaba como la respuesta cada vez iba a ser peor.

—Es una llave —dije, mientras me ruborizaba.

—Ya veo que es una llave, pero ¿de dónde?

Me habían pillado en la parte más fácil de mi estúpido plan. Me entraron ganas de llorar, pero por vergüenza no pude. Me agaché, la recogí y me la volví a meter en el vestido. Fue el único movimiento que pude hacer.

—¿Y bien? —insistió él.

Muda. Sin palabras. Como muerta. Hasta que por fin pude pensar. Tenía que ganar tiempo:

—Mirad, Salva, cuando tengamos tiempo os lo explico.

—Yo tengo la tarde libre y vos también, tengo entendido.

—Hasta las ocho es correcto que tengo libre.

—A las cuatro en la puerta de Zaragoza —dijo cortante.

¡Que estúpida! Podría haber dicho que me la habían prestado para cualquier cosa. O, si lo decía con naturalidad, que era una llave de cualquier sitio. Ya era demasiado tarde. Además, el estudiante de medicina, por muy bobo que se comportara a veces, no era tan tonto. Aunque ya había pasado tiempo, él mismo era quien me había contado lo de que existían cinco llaves. Hubiera atado cabos, más pronto o más tarde. Tendría que afrontar las consecuencias.

# INTERTERCIO



## Castilla, Verano 1468

—Vamos a ver, Male, tienes que acertar a la primera. Con tu tamaño y tu fuerza, el combate no puede durar más de lo que tardas en contar hasta diez. De lo contrario, más vale que no luches y salgas corriendo. Si no eres capaz de hacerlo con la lanza, tendrás que usar dagas.

—Pero tío, las dagas no son un arma de caballero, tú mismo lo has dicho, que son para luchar a traición.

—Por eso mismo te digo que tienes que acertar a la primera. Y por eso, si quieres luchar con la lanza, tienes que practicar. Además, cuando arrojas la lanza, ¿piensas acaso que vas a tener otra oportunidad? Descansa un rato y bebe un poco de agua.

—Agua sí, descanso no.

La niña practicó las lanzadas hasta que le salieron ampollas y no podía agarrar el bastón sin experimentar dolor. Y como bien había aprendido en el Camino, un dolor tapa otro, y el dolor del metacarpo tapó el del corazón.

Cuando se metió el sol, descansaron, y con el descanso, como siempre, una nueva lección:

—Querida Male: las dagas no son un arma de caballero, porque no las verás. Si las ves, es que no hay intención de atacar. Cuídate de cuando no las veas, como tienes que cuidarte de quien te puede envenenar.

—¿Cómo lo voy a saber si están ocultas?

—La experiencia, y la providencia, Male. A veces una, a veces la otra.

# TERCERA PARTE

# CAPÍTULO XXIII.
# CONFESIONES

Sonaron las campanas de las cuatro y yo estaba bajo la Puerta de Zaragoza. Tras darle toda la tarde vueltas al asunto de la llave y la excusa que iba a dar, decidí no mentir y decir la verdad. Salva era parte de mi plan, de alguna manera. Cuando planeaba las muchas formas de hacerme con las cartas probatorias, siempre contaba con que él me prestaría su ayuda si se la pidiera. Le daba más vueltas y pensaba: «¿Dónde se ha metido este? ¿Por qué no viene?».

Como si se estuviera vengando de la última vez que quedamos en esa misma puerta hace ya una eternidad, Salva se retrasaba. Eso podría significar que no estaba conmigo y que ya me habría delatado. Estaba en la puerta de Zaragoza, tal vez fuera momento de no mirar atrás y emprender camino a España, a mi querida colegiata. Aunque hubiera fracasado, la abadesa me recibiría bien. Como a la hija pródiga. El verano, con sus días largos, estaba a punto de comenzar. No moriría de frío. Comería de lo que mendigara en el camino, tal y como era la costumbre de muchos peregrinos. Yo tenía experiencia; si no se me daba mal, podría llegar antes del otoño. Orientarme en el camino sería fácil, siempre a poniente hasta que encontrara a otros peregrinos. Volví a pensar, pero esta vez no lo vi tan claro. Lo de huir era una locura, abusarían de mí nada más salir… «¡UESDAN! No me puedo marchar sin él, tengo que volver. Pero no ahora, lo haré de noche». Falta de toda esperanza, me senté en el suelo a seguir dándole vueltas, mientras cabizbaja me

distraía jugando con los guijarros. Un suspiro me hizo alargar más mi mirada hacia el suelo, y entonces vi la punta de unos botines, y según iba levantando la mirada, vi los botines enteros, el balandrán y el quitasol.

—¡Salva!

—¿Qué hacéis ahí en el suelo?

—Si os digo la verdad, pensaba en huir.

—¿Huir a dónde?

—A Roncesvalles.

—¿Y sabéis ir a Roncesvalles?

—Pensaba en ir a poniente. Hacia Módena y Parma.

—¿Y después?

—Siempre a poniente.

—¿Habéis oído hablar de los Alpes?

—No.

—¡Pues entonces dejad de decir sinsentidos! Y explicadme por qué teníais escondida una llave en el vestido, qué es lo que abre y sobre todo por qué no queríais que nadie lo supiera.

—Pero si os lo cuento, tenéis que prometerme que no se lo diréis a nadie.

—Yo tengo mis propios juramentos que cumplir.

—No tenía intención de perjudicar al colegio. Solo quería copiar las cartas probatorias de los colegiales.

Consideré que añadir a la explicación la copia del *Libro de los hechos* para el señor Palomo no ayudaría a clarificar nada, así que lo omití.

—¿Las credenciales? Para qué querríais las credenciales.

—Como parte de una investigación.

De repente me resonaron las palabras de Chacón cuando le conocí en Roncesvalles y me encomendó esta misión: «No os fieis de nadie». Y no dije nada más.

—Queréis dejaros de parquedades y contadme lo que realmente buscabais.

Quizá ya era tarde para ser prudente. Quizá lo que necesitaba era un aliado. Era el momento de descubrir mis cartas.

—Cierto caballero castellano, que omitiré su nombre, me encargó que investigara los sucesos del colegio. Preguntando por aquí y por allá, lo más relevante fue la muerte del mayordomo. Tengo entendido que él era el responsable de certificar las cartas probatorias, y tal vez descubriera que las cartas de alguien eran falsas. Al ser motivo de expulsión puede que las cosas se torcieran y eliminar al mayordomo fuera una manera de zanjar el problema.

—Male, el mayordomo murió por la peste.

—¿Y si no fue así?

—¿Tan mal médico os parezco?

—Pero es posible que don Rodrigo de Santaella fuera un marrano y hubiera falsificado sus credenciales.

—Eso es otro sinsentido. Al «Carmo» lo trajo el séquito del arzobispo Carrillo, que te he contado mil veces que es quien manda aquí. Si nos echaran uno a uno, el «Carmo» y el «Mendo» serían los dos últimos en salir. Y no sé en qué orden.

El colegial tenía razón. Quizá había dejado volar mi imaginación y me había inventado la historia yo sola. Sin embargo, tenía un compromiso y, además, estaba lo del tema del señor Palomo.

—Mira, Salva, yo me he comprometido a mandar una copia de las credenciales. ¿Me ayudaríais a conseguirlo?

—¿Y cuál es vuestro plan?

—Pensaba robar las cinco llaves, una a una, e ir escondiéndolas hasta que tuviera las cinco. Luego entrar por la noche al colegio, no sé cómo, pero vos me dijisteis una vez, cuando estaba presa en el granero, que sabíais entrar, así que os lo pensaba preguntar.

—¡Menuda estupidez! En cuanto noten la falta de una llamarán al herrero y las cambiarán todas. Os atraparán seguro. La expulsión la tendréis garantizada. Puede que la prisión. La excomunión. ¡Uf! La cantidad de doctores de la iglesia con que os enfrentaríais.

—Es eso o volverme a casa —exageré.

Salva hacía tiempo que no me escuchaba, estaba dándole vueltas a algo, ensimismado como hacía a veces, hasta que me preguntó:

—¿Tenéis la llave aquí?

—No —mentí.

Echó un vistazo al suelo, se agachó a por un pequeño palo. Luego, juntó un montón de arena con sus dos palmas y hundió el palito dentro del cúmulo, lo retiró con cuidado y dijo:

—No necesitáis robar las cinco llaves a la vez. Vale con sacarlas de una en una, hacer un molde, fundir plomo y echarlo en el molde. De esta manera tendréis una copia de cada llave, y si lo hacéis bien, nadie se tiene que dar cuenta. Luego…

Me quedé sin palabras. El pánfilo estaba trazando un plan en un abrir y cerrar de ojos, y era mucho mejor que el mío. Tras una leve pausa, continuó:

—… Luego entráis por la noche, sacáis las cartas y las copiáis. Son veinte o veinticinco, no sé las que habrá. Diréis que estáis mala y yo lo certificaré. Después tendréis todo el día para copiarlas. Por la noche las devolveréis.

—Pero ¿cómo se os ha ocurrido?

—Vengo de una familia de herreros antes de sirvientes, ¿recuerdas? Solo tengo que hacerme con plomo para fundir y poco más. Para el molde, con la arcilla a las orillas del Reno… sí, eso nos servirá. Mira, esa parte déjamela a mí. Lo importante: vamos a por la llave, hacemos el primer molde para que puedas devolverla mañana y ya me haré con los materiales de herrería más tarde.

Sin decir nada, me saqué la llave del vestido, puse mi mejor cara de contrición y se la mostré.

—Malena, si vais a hacer esto, más vale que confiéis en mí, y te voy a tutear cuando estemos a solas.

—De acuerdo.

—Conozco una zona del río donde puede haber buena arcilla, además es tranquila.

Le di la llave y nos dirigimos a la orilla del Reno. No hablamos más durante el camino. Yo estaba aliviada, me había sentado bien contarle mi plan. Él caminaba pensativo, y con la llave en una mano se daba golpecitos en la otra.

Bajamos a la ribera y él se agachó a comprobar el barro. Hundió los dedos en una zona embarrada, luego en otra. Yo seguía de pie, callada, mirando a ese personaje tan descuidado, tan cargante, tan torpe, tan alejado de mis gustos; sin embargo, era lo mejor que me

había pasado, porque no solo era mi aliado, es que además dependía de él. Cuando terminó, se lavó las manos en el río, se acercó a mí y me dijo:

—Tal vez el plomo no nos valga y tengamos que fundir bronce.

—¿Qué quieres decir?

—El plomo se funde en una fogata y se usa una sartén de hierro, no hay ningún problema. Para fundir el bronce necesitaremos carbón, fuelle y un crisol. En general, todo es mucho más aparatoso y se necesita más tiempo.

—¿Por qué no nos vale el plomo?

—Porque es muy endeble. Si la cerradura está dura, la llave se doblará. Sin embargo, según el plan, usaremos las llaves dos veces, una para sacar las credenciales y otra para dejarlas. Podría valer.

—Estoy tan desesperada que me tengo que conformar con cualquier plan por endeble como el plomo que me parezca.

—Pues te voy a dar otra mala noticia, esta arcilla no es muy buena. El molde para cualquier cosa aguantaría, pero para una llave no. Como ves la llave tiene unos dientes característicos y los tenemos que reproducir con fidelidad, de otra manera no valdrá.

—¿Qué quieres decir?

—Que en cuanto creemos el molde, tenemos que fundir el plomo y forjar la llave. No nos vale crear el molde ahora y dentro de una semana fundir el plomo. El molde no aguantará. No con esta arcilla.

—¿Necesitamos el plomo ya?

—Sí. Si quieres devolver la llave mañana, que es lo que yo haría, tenemos que fundirla esta misma tarde.

—Pues a las ocho tengo que volver.

—Entiendo. Déjame la llave. La intentaré copiar hoy si puedo encontrar algo de plomo. Mañana, como siempre haces mi cámara antes que la de Elio, la recoges de mi gaveta y la devuelves al lugar donde la encontraste. Y en general, lo haremos así. Cada vez que consigas una llave, me la darás a las seis cuando vayamos a misa, yo haré la copia y la dejaré en la gaveta.

—Otra cosa —dije—, voy a necesitar una llave más, la de la sacristía. El mueble de las cinco llaves no está donde el rector. Lo he visto en la sacristía.

—¿Y la de la capilla? ¿Cómo la vas a conseguir?
—Ya se me ocurrirá algo. ¡Los enemigos de uno en uno!
—¡Pues tienes los primeros seis juntos!

# CAPÍTULO XXIV.
# SIGUIENDO EL PLAN

El haber compartido mi secreto, después de tantos meses ocultándolo, me hizo descansar a pierna suelta. Beatriz me tuvo que insistir más de una vez:

—Vamos, dormilona, que se te pegan las sábanas.

La siguiente llave en la que pensé fue la de la sacristía, que tendría el capellán. Pero ¿cuál de los tres capellanes? Para oficiar a diario en la capilla del colegio se turnaban tres distintos y cada uno venía una semana seguida. Era de suponer que el más antiguo tuviera la llave; sin embargo, pensando, caí en cuenta de que esa llave no la debía tener ningún capellán en su poder. ¿Cómo se la pasaban? Además, había oído que al menos uno de ellos venía de Castenaso, un pueblo cercano. Mucho más lógico a que los capellanes tuvieran una llave cada uno era que solo hubiera una llave, y que esta estuviera guardada en el colegio. Y en qué mejor sitio que en las dependencias del ecónomo, donde había visto armarios llenos de ellas.

La mañana pasó tranquila. Cada vez que podía le echaba un ojo al oficinista y su dependencia para ver si podía idear la manera de hacerle salir y ver dónde estaba la llave. La solución se encontró sola en cuanto dieron las nueve y el ecónomo fue junto a los colegiales a misa. La «Seve» andaba por allí, así que en ese momento no podría entrar, pero ya sabía la hora en que tenía que sacar provecho: a las nueve, cuando el patio se quedaba desierto y solo estábamos

nosotras. Pero ahora tenía otro problema: devolver la llave de don Elio, la primera copiada.

Hice las cámaras hasta que me tocó la de Salva. Abrí la gaveta y, como habíamos planeado, allí estaba la llave. La cogí, me la guardé en el vestido, terminé de hacer la alcoba en un abrir y cerrar de ojos y me fui nerviosa a la de don Elio.

Tenía que devolver la llave y buscar, no fuera que hubiera más llaves, con el desastre que eso supondría, ya que igual hasta tendría que hacer copias de todas. ¡No lo quería ni pensar! Abrí la gaveta donde había encontrado la llave el día anterior, miré bien, saqué la llave del vestido y la dejé tal y como recordaba haberla visto. Hice la alcoba y cuando terminé eché un vistazo en general por la habitación. Abrí el gavetín de la mesita de noche, y mis peores temores se hicieron realidad en un momento. Como si me hubieran despertado dando cacerolazos y arrojándome agua fría, un objeto metálico alargado resonó contra la madera. «Ya está, otra llave, ya la he fastidiado», pensé. Alargué la mano para agarrar el objeto y cuando lo saqué y vi que era un crucifijo de hierro caí sentada en el jergón del latinista.

Me reincorporé, besé el crucifijo y lo deposité en su sitio, alisé el jergón y salí. Como ya era la última alcoba de mi ala, me crucé con Beatriz, que iba a limpiar la sala de esparcimiento. Se paró y me preguntó:

—¡Ay, mi niña! ¿Os encontráis bien? ¡Estáis pálida!

Me excusé y la ayudé a hacer la sala. Mientras terminaba mis labores matutinas ideé un plan para hacerme con la llave del «Mendo». Para ello tenía que hacer la alcoba número uno al menos durante dos días. De la uno a la seis se encargaba Ester, y mi relación con ella no era la mejor.

Llegó el almuerzo y Giorgio había elaborado unos confites, que me encantaban. Me comí el mío y cuando vi que Ester todavía no había empezado el suyo le dije:

—Ester, ¿os vais a comer el confite?

—Pues claro, ¡no te fastidia!

—Si me lo dais os doy —actué un poco y rectifiqué—… Si me lo dais os hago vuestra primera cámara mañana.

Ester se quedó sorprendida.

—Si lo sé, os doy el mío —dijo Juana, que terminaba de masticar el suyo.

—¡Qué golosa! —dijo Beatriz mientras reía divertida.

A Ester parecía no hacerle gracia, pero seguía sin tocar su confite. Finalmente dijo:

—Tres cámaras.

—Una cámara, dos días.

—Hecho.

—De acuerdo. Os haré la cámara número uno mañana y pasado.

Ni en mis mejores sueños me hubiera salido mejor. Además, disfruté del dulce.

Por la tarde, cuando fui a misa, Salva no estaba. Era la primera vez en meses que no venía a acompañarme. Me empecé a preocupar. El plan era que, si yo había conseguido una nueva llave, ese era el lugar de entregársela. Y según tenía previsto, a la mañana siguiente conseguiría la del «Mendo».

Volví por el colegio, a ver si lo veía y le podía hacer algún tipo de seña para que supiera que era importante. Pero no lo vi. Me volví a la residencia preocupada. El muy tonto llevaba desde hacía seis meses escuchando doble misa diaria solo por acompañarme, y ahora que le necesitaba me fallaba. Pese a todo, yo tenía que continuar con el plan. Haría la cámara número uno, buscaría la llave y luego haría las de mi ala y dejaría la llave en la gaveta de Salva. No obstante, hice algo más esa noche. En la doblez de mi vestido me cosí un bolsillo para acomodar las llaves según las iba adquiriendo. No quería más sorpresas en forma de llaves resbalándose por dentro de mis ropas.

Según lo planeado, a la mañana siguiente hicimos nuestros quehaceres, y como hacíamos habitualmente, en las campanadas de los tres cuartos antes de las nueve, nos íbamos a la sala de servidumbre a esperar a que los colegiales dejaran sus cámaras para empezar a hacerlas. Dieron las nueve, y Beatriz, Juana y yo nos levantamos para nuestras tareas. Ester dijo con sorna:

—Creo que me voy a quedar unos minutos más aquí. Malena, quiero la uno bien limpita.

—Hoy y mañana —repliqué.

Entré a toda prisa en la cámara uno, abrí la ventana y, mientras estiraba la ropa del jergón, abrí el gavetín de la mesita, pero no vi nada; abrí la gaveta del escritorio, y allí estaba. «Estos estudiantes no tienen imaginación», pensé. Además, esta vez estaba segura de que la llave era la correcta, porque tenía el mismo cabezal que la de don Elio: un óvalo al que atravesaba una banda en diagonal y, en la parte de arriba del óvalo, una corona con una cruz encima.

En cuanto tuve la llave metida en el nuevo bolsillo, terminé la alcoba asegurándome de que quedara bien. No podía permitirme que hubiera alguna queja, y fui corriendo a las de mi ala. Cuando llegué a la de Salva, dejé la llave en su gaveta y después hice la cámara de don Elio. Como iba más tarde de lo habitual, don Elio tuvo que esperar en la puerta a que terminara. Desde que le paré los pies, ya no se propasaba conmigo, aunque se recreó mirando cómo trabajaba. Eso no se lo pude quitar, pero, al fin y al cabo, nuestra relación era buena, y yo tenía otros problemas.

Por la tarde volví a misa. Ni rastro de Salva. Mi preocupación aumentó. Si me dejaba abandonada, todo mi plan se iría al garete. Y no tenía marcha atrás ahora que conocía que mi plan original tenía muchos defectos, y más sabiendo que ya había alguien que me podría delatar.

El miércoles había cambiado mi método. Tenía que hacer antes la habitación de Salva para recoger la llave y dejarla en la del «Mendo». Así, le advertí a Ester que esta vez dejaría la cámara número uno para el final.

Empecé por mi ala, a toda prisa. Cuando llegué a la alcoba de Salva, recogí la llave de la gaveta, que no estaba como yo la había dejado, y eso quería decir que él se había percatado de que la llave estaba allí. Tal vez había hecho la copia, tal vez no. Daba igual. Tenía que devolverla a su sitio. Ya con la llave en el bolsillo apropiado hice la cámara de don Elio y me dirigí a toda prisa a la número uno, la del «Mendo», pero llegué tarde. Los colegiales salían ya de misa y veía como el consiliario llegaba a su cámara, que estaba sin hacer.

—Disculpad, don Pedro. Tengo que hacer vuestra cámara.

El «Mendo» me miró de arriba abajo. Salió y se quedó en la puerta. Comencé abriendo la ventana, después acomodé el jergón. El inquilino no me quitaba ojo. Empecé a barrer el suelo. Para suavizar un poco las cosas, solté una gracia que se decía en mi pueblo:

—Cuidado, no os barra los pies, que a quien le barren los pies no se casa.

—Soy célibe, imbécil. Y como os volváis a dirigir a mí, presentaré una queja.

Desde luego, las formas fueron horribles, pero en parte tenía razón. Fue un comentario estúpido y fuera de lugar que me podría haber ahorrado. Sin embargo, el desprecio que me hizo vino acompañado por una retirada, lo que me dejó vía libre para sacar presta la llave y devolverla a la gaveta. Continué barriendo, para quitar un par de gotas de sudor que habían caído al suelo, limpié el polvo y salí a la sala de servidumbre como virote que sale de ballesta.

En la sala me relajé y me acordé de Salva. Esperaba con toda mi alma que hubiera hecho la copia, porque yo no iba a volver a pisar esa cámara. Antes hubiera hecho un hatillo a UESDAN y me hubiera ido hacia esos Alpes de los que me había hablado.

Me faltaban tres llaves del mueble y la de la sacristía. Confiaba en cómo conseguir la de los consiliarios, pero no tenía ni idea de cómo encontrar la del rector y ni siquiera sabía en dónde se guardaba la de la sacristía. Entonces se me ocurrió algo brillante que me podría ahorrar muchos quebraderos de cabeza. Fui a ponerlo en práctica en cuanto terminé las lecciones con don Elio. Tenía que probar suerte:

—Maestro, ¿los libros del colegio se escriben en latín o en castellano? Me refiero al *Gestis,* al *Epistolarum* y al *Decretorum*.

—Mi alma, chiquilla. ¡Qué pregunta tan estúpida! —y vaya si lo era—. Si los títulos están escritos en latín, ¿vos qué creéis?

—Ah, claro. Pues igual los podríamos traducir.

Hubo un silencio. Yo solo pensaba «por favor, por favor te lo ruego». Un instante después mi maestro respondió:

—¡Ni hablar! Esos libros son del colegio y no son para traducir ni para divulgar. Además, están a buen recaudo.

Había algo que no me cuadraba, así que seguí preguntando. Tal vez podría sacar información valiosa:

—Y si están a recaudo, ¿cuándo se escriben?

—Los rellena el notario una vez por semana. De la Fita, el notario, va tomando sus notas todos los días y una vez por semana, los viernes, las transcribe a los libros. Imaginaos qué complicaciones si todas las noches tuviéramos que abrir… Pero ¿por qué ese interés?

—Mi afán de aprender, don Elio, mi afán de aprender. Que son mis últimas semanas.

El atajo no me había funcionado, pero había sacado oro de su respuesta. De vuelta al plan inicial, tenía que hacerme con esas tres llaves. Para conseguir cualquiera de ellas era necesario tomar una acción. Y la «Seve» pasaba ahora más tiempo que nunca con el ecónomo. Pensé que Giorgio me podría ayudar

# CAPÍTULO XXV.
# IMPROVISANDO

Fui a cocinas a entrevistarme con el cocinero. Obvio que no le podía informar de mi plan, pero sí hacerle partícipe sin que lo supiera.

—Verás, la «Seve» me sigue fastidiando. Y había pensado que tal vez podrías ayudar a vengarme si le echáramos en la comida ciertas hierbas, o si pusiéramos en ella algo en mal estado.

—Querida Malena. Me ofende que me hagas esa petición.

Me había vuelto a equivocar. Vaya racha que llevaba. Pero el cocinero no había terminado. Siguió con el brazo izquierdo rodeando un gran cuenco que apenas lograba abarcar y que sujetaba pegado al pecho, mientras con la otra mano cascaba al menos dos docenas de huevos cuyo contenido resbalaba por las paredes del cuenco. Cuando terminó, comenzó a dar grandes batidas y me aclaró:

—Yo, si quieres, te ayudo a darle un par de mamporros en la calle, pero la comida del colegio es sagrada y no se toca. Mi responsabilidad es dar de comer a veinticuatro colegiales, un rector, un capellán, un ecónomo, dos mozos, un pinche y ahora a cinco mujeres. Yo no tengo ningún juramento que quebrantar, ni hipocrático, ni como colegial, ni como cocinero. Yo tengo una palabra y un talento culinario. Llevo veintisiete años alimentando y aquí quiero seguir mientras el Señor quiera y el cuerpo aguante.

—Lo siento, Giorgio, tienes toda la razón. Ha sido una petición fuera de lugar. Espero que lo puedas olvidar. Como siempre, si quieres mi ayuda para algo, estoy encantada de ofrecértela.

Me fui humillada, porque me lo tenía merecido. Y otra vez volvieron mis dudas de siempre. Yo era una servidora, hospedaba a los peregrinos, les calmaba las heridas, les daba conversación, aunque fuera por señas. Ahora no era más que una manipuladora que engañaba a todos. Necesitaba ir a rezar más que nunca para ganar fuerzas con las que terminar la misión, pero esa tarde no fui a misa. Esa tarde me quedé charlando con Braulio, no por la conversación de Braulio, sino para montar guardia en la puerta del colegio.

Mi guardia dio sus frutos antes de una hora. El estudiante de medicina, hijo y nieto de herreros, salió por la puerta y dio un respingo al verme.

—Don Salvador, ¿vais a algún lado? —pregunté incorporándome de la roca del jardín en la que me apoyaba cuando charlaba con el portero.

—Voy al centro.

—Os acompaño.

Me despedí de Braulio y aceleré el paso para ponerme en paralelo de Salva. Cuando ya estábamos a solas le recriminé:

—No sé nada de ti. ¿Por qué no vienes más a misa?

—No tengo tiempo. He estado ocupado. Con la misa de tercia ya tengo suficiente.

—¿Viste la llave que te dejé?

—Claro. Ya está copiada.

Tenía respuesta para todo. Decidí no preguntar más y pasar a la acción.

—Pues para las siguientes llaves necesito quitarme de en medio a la «Seve». Necesito que la des algo que la deje aturdida unas cuantas horas.

—¿Cuándo necesitas que lo haga?

—Cualquier mañana. A las nueve, cuando vais a misa, tiene que estar indispuesta y no acudir al colegio.

—Entiendo. Pero por si no lo sabes te advierto que con los preparados de mandrágora hay que tener cuidado. Una dosis de más, lo que los galenos llamamos sobredosis, y la paciente podría fenecer.

—¡Por Dios!, Salva, solo unas horas indispuesta. Y hazme el favor de ir a misa por las tardes, aunque sea a la puerta, para que pueda entregarte la llave. O por si tengo algún problema, como este que te he contado.

—La llave también la puedes dejar en la gaveta, tal y como lo has hecho ayer. Yo, si veo que está, la copio y la vuelvo a dejar en el cajón.

—Bueno, ¿cuándo dejas a la «Seve» en el limbo?

—Mañana le doy cita, pasado estará.

—¿No puedes hoy?

—¡Que impaciente te has vuelto! No, hoy no puedo, tengo cosas que hacer, y mejor si las hago solo.

—Es que quiero terminar con esto cuanto antes.

—Tendrás a la «Seve» en el limbo lo antes que pueda. Ahora déjame solo.

—Te dejo solo, pero si todo va bien haremos el gesto del pulgar hacia arriba, si tenemos que hablar, el pulgar hacia abajo.

No sé qué bicho le había picado, pero ya no dijo más. Me di la vuelta y volví a la residencia, donde pasé la tarde copiando textos de latín.

Dos días después, antes de salir de la residencia al colegio, mientras la «Seve» nos pasaba revista, nos dijo:

—Hoy os abriré el colegio, pero me tengo que volver aquí. He quedado con don Salvador para que me revise la pierna. Me ha dicho que estaré la mañana en reposo, así que, además de vuestras tareas, debéis hacer las mías. Juana, vos repasaréis la dependencia del ecónomo y Beatriz, vos la del rector. Ester, vos la biblioteca, y Magdalena, vos la de esparcimiento. ¿Clarico?

Nos abrió el colegio y se dio la vuelta. Nosotras fuimos a preparar las cosas, como todas las mañanas, y vi como Salva salía de su alcoba y se dirigía hacia la puerta del colegio. Mi plan era ir a la dependencia del ecónomo, pero cambié de opinión. Tal vez la del rector era mejor oportunidad. Él tenía dos habitaciones, una donde dormía y otra donde despachaba. Encontrar la llave sería más complicado. Cuando vi que las otras dos mozas no nos iban a molestar, hablé con Beatriz:

—Me encantaría conocer la habitación del rector. Solo he estado una vez. ¿Os importaría cambiarme?

—¿Por la sala de esparcimiento? Pero si se tarda mucho menos, por supuesto que os la cambio.

Realicé mis labores con nervios durante toda la mañana. Poco antes de las nueve, volvió a entrar Salva, el cual disimuló su pulgar levantado cuando se cruzó conmigo. Eso me tranquilizó. Los colegiales comenzaron a abandonar sus cámaras y yo comencé por la trece, la que estaba junto a las dependencias del rector. En cuanto terminé la trece, entré en las dependencias y eché un rápido vistazo. Desde el despacho se abría el balconcillo que daba a la capilla y que quedaba frente al otro balconcillo, el de los visitantes ilustres, que nos sirvió para ver el juramento de los colegiales. Con cuidado me asomé un poco y vi el damero del suelo, las dos filas de bancos, con unas veinte tonsuras y unas cinco o seis cabelleras, el párroco frente al altar, y en primera fila, en la cabeza del coro, sobre un tapete sitial y una almohada de terciopelo de color jacinto, la coronilla del rector. Todo iba bien. Rebusqué la llave, pero no aparecía. Se me estaba echando el tiempo encima, así que ordené las dependencias y seguí buscando, pero nada. Oí que empezaban a comulgar. No había encontrado la llave y me quedaban cinco alcobas de los colegiales por hacer. Por fin abrí un armarito y vi un montón de llaves. Mi alegría inicial se diluyó cuando me di cuenta de que estaban numeradas del uno al veinticuatro. Eran las llaves de las cámaras de los estudiantes. Allí no estaba la que yo buscaba. De repente caí: «Las lleva encima, seguro». Abandoné las dependencias y me fui a limpiar la catorce. Cuando terminé la catorce, los colegiales ya estaban volviendo a sus cámaras. Me faltaban cuatro por hacer. Menos mal que no estaba la «Seve». Solo esperaba que no hubiera quejas.

Cuando hice la diecisiete, la de Salva, le hice un gesto bajando el pulgar. Estaba segura de que él lo había visto con claridad. El resto del día se pareció mucho a los anteriores. Lo pasé entero pensando cómo abordar las cuatro llaves que me faltaban. La conclusión que saqué es que lo discutiría con Salva, si es que esta vez se presentaba en misa.

Minutos antes de las seis, yo era un manojo de nervios. Me metí en la iglesia y ni rastro de mi compinche. En la iglesia, rezar me tranquilizó. No hice apenas caso a la liturgia, porque solo rezaba. Cuando terminó la misa, por aquello que decía mi tío de que Dios va con los sarracenos cuando estos son más, dejé de rezar y marché decidida a tomar cartas. Me dirigí por el pasillo a grandes zancadas y salí de la iglesia. Cuando me encaminaba a la residencia, Salva, que me estaba esperando fuera, me llamó.

—¿Has conseguido otra llave?

—No, no había ninguna en las dependencias del rector. Las he revisado de cabo a rabo. Y nada. Opino que la lleva encima.

—Puede ser. ¿Y la de la capilla? Creía que ibas a empezar por ahí.

—Por la de la sacristía. Pero no pude. Perdí un montón de tiempo buscando la del rector. He estado pensando. El ecónomo tiene muchas más llaves, el almacén, el granero, en fin, todas esas. Así que, seguro que no las lleva encima, pero el rector, manejará dos o tres. Por eso las lleva con él. Los otros dos, don Elio y don Pedro, usan esa llave una vez por semana, los viernes, y no usan más salvo las de sus alcobas respectivas. Normal que la tengan apartada en una gaveta.

—Pues la «Seve» estará indispuesta hoy y mañana.

—¿No puedes indisponer al rector o al ecónomo?

—No, por varios motivos. El primero, a ellos los atiende el médico del colegio, que viene una vez por semana, salvo que se le llame exprofeso. Segundo, he estado reflexionando sobre mi participación en tu plan. Yo te voy a ayudar a copiar las llaves y a que no cometas ninguna estupidez o, mejor dicho, una estupidez aún más grande. Dejar indispuesta a la «Seve», pase, por todas las faenas que te hizo los primeros meses. Pero atentar contra el rector o el ecónomo, que no solo son inocentes, sino que además con el rector tengo un juramento de fidelidad; atentar contra ellos, ni hablar.

—Entiendo tu postura —le dije— y agradezco tu sinceridad. Pero necesito ayuda. Hay cosas que yo no sé hacer, por ejemplo, cómo entrar por la noche en el colegio. Cuando estaba encerrada en el granero me dijiste que sabías una manera.

—Te lo explicaré a su debido tiempo. Es trepando por los tejados, pero te tengo que enseñar en cada sitio su truco.

—Vale, me parece justo. Yo voy a seguir con mi plan. Mañana es un buen día para intentar la del ecónomo, ya que pasado vuelve la «Seve». En cuanto al rector, pues tendré que fijarme dónde guarda las llaves.

—¡No lo quiero saber! Tú dime cuándo necesitas una copia y yo te la hago.

Nos despedimos y me quedé con la sensación de que Salva había cambiado de postura. Antes de que descubriera mi plan, me seguía como un perrito faldero. Cuando se lo conté, por un momento pensé que se uniría a mi aventura y que lo haríamos todo juntos. Y ahora estaba esquivo y distante. Ni siquiera sabía si me había copiado las llaves de verdad. ¡Ay!, las palabras de Chacón: «No confiéis en nadie». Pero yo tenía que confiar. Necesitaba confiar en Salva. Primero porque no tenía otra opción, y segundo porque hay personas en las que es mejor confiar aun a riesgo de engaño, pues es más grave el desengaño que las consecuencias de la traición.

# CAPÍTULO XXVI.
# VIGILANCIA Y SECRETOS

Era viernes, o —como contaba yo— me quedaban seis semanas y un día para que cerraran el colegio. Había progresado: tenía dos llaves, me faltaban tres y la de la sacristía. Desde que entré por la mañana en el colegio, no paré de mirar la puerta de las dependencias del rector. Tenía asignada también la sala de esparcimiento para cubrir el turno de la «Seve». En cuanto hice las cosas comunes de todas las mañanas, empecé por la sala. Después estuve limpiando el suelo de la arcada superior, por donde debía salir la máxima autoridad de la institución. Por fin salió. Le saludé como habitualmente: un escueto «buenos días, magíster», inclinando la cabeza contra el suelo. Me respondió con otro escueto «buenos días». Se dirigió a las escaleras del ala y le seguí mientras hacía como que limpiaba cosas que me encontraba. El rector bajó las escaleras. Yo pensé: «Va a cocinas… ah, no, a letrinas, ¡claro!». Fui a letrinas a toda la distancia que pude. En las letrinas se quitó la levita y la colgó en el perchero. Me acerqué mirando a ambos lados y palpé los bolsillos de la levita, noté algo y ¡eureka! Ahí había un manojo de tres o cuatro llaves. Volví a mirar a ambos lados, metí la mano en el bolsillo y saqué el llavero. Una de las llaves tenía el mismo cabezal que las otras dos que conocía. Las volví a dejar en su sitio y me fui a terminar mis quehaceres. Le hice a Salva la señal de que debíamos hablar y hasta las seis lo pasé pensando cómo haría el plan. Después de misa, Salva me esperaba.

—Ya sé cómo hacerme con la llave del rector. Necesito que me expliques cómo haces los moldes.

—Coges arcilla y arena fina, luego hundes la llave y la forma queda ahí grabada. Luego, en unas horas, antes de que la arcilla se seque del todo y comience a agrietarse, ya te dije que no es de muy buena calidad, aunque la estoy mejorando…

Detuvo su explicación, le entraron las dudas y tras quedarse un rato parado me dijo:

— Espera, espera. Mejor, explícame bien tu plan.

—No me voy a llevar las llaves. Solo debo tener un bloque de arcilla preparado. Espero a que la llave esté disponible, la hundo en el molde y devuelvo la llave a su sitio.

—Y le limpias bien la arcilla y la arena.

—Buen apunte. ¿Podrías enseñarme a fundir plomo? Así terminaría allí mismo. Claro que no sé dónde lo voy a fundir…

—Mejor la copia la haré yo. Tú me avisas cuando vayas a por la llave. Yo voy donde estés con el molde de arcilla. Hacemos la presión sobre la arcilla y yo me voy con el molde a hacer la llave.

—Eso valdría para el rector, pero no para el capellán, porque vosotros estaréis en misa. Todavía no he localizado la llave, que asumo que estará en la dependencia del ecónomo. En cuanto a los otros colegiales, ya se me ocurrirá algo.

—De acuerdo, puedo hacer paquetes de arcilla y esconderlos en la leñera. Allí pueden aguantar, siempre y cuando humedezcas de vez en cuando los trapos que los envuelven. Cuando consigas una llave, la imprimes en la arcilla y me lo haces saber. Luego fundo el metal y lo tendremos listo. Pero… ¿y la llave de la capilla?

—Por el tamaño de ojo, la llave de la capilla debe medir más de un palmo. Esa no se puede copiar —dije divertida—, pero no me hace falta. Ya sé cómo entrar, y para salir no se usa. Se puede abrir desde dentro sin llave.

Con algo de su ayuda terminé por trazar el plan de cómo íbamos a copiar el resto. Pulimos algún detalle y cuando me di por satisfecha, cambié de tema:

—Y ahora, ¿te apetece ir a dar un paseo al río?, ¿o ir a la plaza?

—Otro día mejor.

El sábado me pareció un día raro. Todavía estaba preocupada por mi plan, pero no tanto como había estado la semana anterior, cuando no había otra idea que me rondara por la cabeza más que el objetivo de mi misión. Sin embargo, una sensación de vacío me invadió todo el día. Llevaba meses esquivando a Salva, y ahora que no le tenía encima, en lugar de sentirme más libre, me sentía más sola. Para distraerme hice lo que solía hacer cuando era niña y me aburría en los días fríos del invierno de Castilla: coser. Pasé por el almacén, donde me hice con algo de trapo negro, lo suficiente para poder coserme un gorro, una bandolera y unos arreglos al vestido, pero no tanto como para que el ecónomo lo echara en falta a corto plazo. A largo, me daba igual porque yo no iba a estar. A la bandolera le cosí seis bolsillos para que guardaran las llaves que iba a necesitar. Luego el domingo, con un poco de maña y las ropas que ya tenía, logré hacerme un vestido completo negro para que me ayudara a pasar desapercibida por la noche. Me lo probé a escondidas y estaba muy contenta con el resultado y deseando que llegara el momento de poder usarlo.

Esa noche, por distraerme del tema de las llaves, tuve una conversación con Beatriz. La conversación es irrelevante para esta historia, pero a mí me ayudó a distraerme y espero que a vos que me leéis os purgue un poco de tanta llave de esas dichosas cinco cerraduras.

Abrumada por mi secreto y por no tener cerca a Salva para desahogarme, me tenía que morder la lengua para no contárselo a Beatriz, hasta que no pude más y dije:

—Beatriz, una vez me dijisteis que todas teníamos secretos…

Hice una pausa para pensar qué parte le contaba y cómo lo hacía, mientras Beatriz guardaba silencio. Raro en ella. Tan raro que no duró mucho y me dijo:

—Tuve una hija.

—¿Cómo?

—¡No querréis que os cuente cómo!

—¿Cómo decís? Quería decir…

—Tuve… es posible que todavía tenga una hija. Hace tres años.

—y ¿cómo?... perdón, quiero decir que ¿dónde está?

—En un convento, en Salamanca.

Me contó quién era el padre y por qué había decidido dejar a la niña en un convento y venir a Bolonia. Como he dicho, no es relevante para la historia y, por tanto, no voy a seguir profundizando. Lo que sí es relevante para mí fue entender que cada uno de nosotros llevamos nuestra carga y tenemos que jugar las cartas que nos reparte la fortuna con los talentos que nos dio el Señor. El saber el secreto de Beatriz me curó en parte mis penas y me dio fuerzas para seguir con la historia de las llaves.

# CAPÍTULO XXVII. BUENAS IMPRESIONES

Llegó el lunes. Siguiendo el plan que había elaborado con Salva, esa mañana estuve pendiente de la puerta del rector. Nerviosa, hacía mis tareas; le pasé el trapo a las columnas de mi ala del claustro, como tres veces a cada una. Cuando la puerta del rector se abrió y vi que salía el inquilino, no miré más, dejé las cosas, pasé por la puerta de Salva, di dos golpes y me encaminé a la leñera unos pasos por delante del rector. La leñera era el espacio más cercano a las letrinas. El día anterior, aparte de dedicarlo a la costura, me había encargado de distribuir leña a cocinas y asegurarme de que los mozos tenían suficiente. En esa época del año, nadie más requería troncos. Por eso nadie debía haber entrado en la leñera en las últimas doce horas para darse cuenta de que había tres trapos que envolvían sendos paquetes del tamaño de un zapato que, según nuestro plan, habría dejado Salva. Esperé unos momentos hasta que escuché el ruido de pasos franquear la leñera. Conté hasta diez y recogí uno de los paquetes envueltos. Salí a las letrinas y vi la levita del rector colgando en la percha. Desenvolví el trapo y noté la arcilla fresca. Miré a un lado y a otro y palpé la levita hasta que sentí las llaves. Escuché un ruido de pasos y el corazón casi se me sale del pecho. Alguien más iba a letrinas. Disimulé y ni siquiera me di la vuelta a ver quién era. En cuanto escuché la puerta, me giré hacia la levita. Mientras hacía como que limpiaba la zona, metí la mano en el bolsillo. De las tres llaves elegí la del cabezal que conocía. Volví a limpiar la nada con una mano, mientras presionaba la llave con la

otra hasta que el metal se hundió en el molde, luego la retiré con cuidado y la volví a meter en el bolsillo. Envolví el molde en el trapo y me dirigí a mi ala, decidida hasta la puerta diecisiete. Di tres golpes y el colegial abrió.

—Don Salvador, ¿puedo haceros la cámara?

Salva salió. Dejé el paño con el molde. Cuando estaba terminando la cámara, dieron el cuarto para las nueve y los colegiales comenzaron a salir de sus habitaciones para ir a la capilla. Esa mañana terminé mi ala antes de que acabara la misa. Por eso tuve tiempo de pasar por la leñera a por el segundo paquete y después ir por las dependencias del ecónomo a probar suerte. Allí estaba la «Seve»; no me costó hacerme la sorprendida.

—Doña Virtudes, ya sé que estáis bien, pero he terminado mi ala un poco antes y venía a echaros una mano.

La «Seve» no dijo nada, solo asintió y se sentó en la silla de cortesía de la dependencia. Me puse a barrer, mientras localizaba cuantos armarios y gavetas podrían albergar las llaves, pero esa dependencia tenía un montón. Con la gobernanta allí sentada no podía fisgar nada. Por muy mal que me hubiera tratado, reconocía que la «Seve» hacía bien su trabajo, y salvo por las charlas que se daba con el ecónomo, sus labores las tenía bien atendidas. Sin embargo, desde que el jueves pasado Salva la drogara, se estaba dejando cuidar. A pesar de que el colegial me había dicho que la pierna había soldado bien, ella estaba cogiendo afición a dramatizar.

Las puertas de la capilla se abrieron y los colegiales comenzaron a salir y a dirigirse a sus cámaras. También salió el ecónomo, que me saludó y ocupó su silla, lo que me hizo dejar de barrer. Como había planificado, lancé los dados:

—Hace semanas que no repaso el granero. ¿Os parece que vaya?

La «Seve» hizo ademán de levantarse, pero la tonsura una vez más se convirtió en ojos y sobre todo nariz, y dijo:

—No os molestéis, Virtudes, yo abro a la niña.

El ecónomo se levantó hacia uno de los armarios, tomó un aro con llaves y me acompañó al granero. Cuando llegamos, sacó las llaves y fue deslizando por el aro una a una hasta que después de

una mínima duda eligió una que insertó en la cerradura, giró la llave y la puerta se abrió. Al entrar, le dije:

—Os aviso cuando termine para que cerréis.

Mi gozo en un pozo cuando el ecónomo asintió, se dio la vuelta y se fue por donde habíamos venido. Por un momento pensé que la suerte me iba a sonreír del todo y me iba a dejar el manojo. No ocurrió así. Di un repaso a la zona de la habitación que se podía limpiar. Cuando terminé, avisé al ecónomo, que se levantó y fue hacia el granero para cerrar la puerta.

Estaba claro que eso no iba a funcionar, y le daba vueltas a cómo iba a conseguir esa llave, que ni siquiera sabía cómo era.

También tenía que conseguir las otras dos, la del «Mora» y la del «Fiti», pero me parecían mucho más accesibles, y más con el nuevo método de copia. No me preocupaban. Ambas cámaras estaban en el ala de Juana. Esa misma tarde logré quedarme un rato con Juana a solas y le propuse el cambio de ala por un día. Ella receló, así que insistí:

—Mira, Juana, Salva está muy pesado y quiero quitármelo de encima, aunque sea una jornada. ¿de verdad que no me puedes cambiar por un solo día?

—Es que no sé si la «Seve» nos va a dejar.

—Pero es que nadie se tiene que enterar.

—La «Seve» nos va a ver seguro.

—La «Seve» está a sus cosas, cada vez menos, y le da igual mientras el trabajo esté hecho.

Las negociaciones se alargaron más de lo previsto y me costaron tres días de postre de Giorgio.

Llegó el día acordado del intercambio. Entramos en el colegio e hicimos las labores, como cualquier otro día. Cuando sonó la campana del colegio, nadie notó que Juana y yo habíamos cambiado nuestra ala en el piso de arriba del claustro; como tampoco nadie notó que yo estaba un poco más gorda debido a los dos paquetes de arcilla que tenía bajo el vestido. Fue coser y cantar: antes de que los colegiales salieran de la misa, ya tenía los dos bloques de arcilla marcados con la forma de sendas llaves del «Fiti» y del «Mora». Y, antes de comer, Salva ya tenía los dos moldes para fundir. Menuda

diferencia de estas dos últimas con las primeras copias que hice. Solo me quedaba la maldita —que Dios me perdone— manera de entrar en la sacristía.

Un lunes más, a poco más de cuatro semanas para la clausura, me dediqué a vigilar cómo se hacía el proceso de apertura de la capilla. Llevaba más de medio año en el colegio y aún no lo sabía, claro está porque nunca me había importado. De ese día no iba a pasar.

Lo primero que hice nada más llegar, en cuanto vi que cada una de las mozas se iba a su tarea y la gobernanta no miraba, fue asegurarme de que la puerta de la capilla estaba cerrada. Ahora no debía perder de vista esa puerta y echar un ojo para saber a qué hora llegaba el capellán de turno.

El capellán entró por la puerta del colegio cuando sonaban las campanas de las ocho y media. Se dirigió hacia la oficina del ecónomo y salieron juntos. El ecónomo sacó la enorme llave de la capilla y la giró hasta que la puerta se abrió. No vi que el ecónomo diera en ningún momento ninguna llave al capellán, así que me apresuré corriendo a las habitaciones de los visitantes ilustres y, como siempre que disimulaba, tuve que esperar —haciendo como que limpiaba algo— a que el «Fiti», que acababa de salir de su cámara, bajara por las escaleras. Cuando tuve vía libre, abrí la habitación, que estaba sin cerrar, y en silencio me asomé al balconcillo que daba a la capilla para ver si veía al capellán entrar en la sacristía. No lo logré ver. Cuando llegué ya estaba dentro. Como no estaba donde debía estar, no me quedé vigilando más y me dirigí hacia la salida de la habitación. Entorné levemente la puerta para asegurarme de que nadie andaba cerca, y cuando estuve segura salí de la habitación y, andando por el primer piso del claustro, me dirigí a mi ala. Trabajé muy satisfecha el resto del día. Ya solo tenía que volver al día siguiente y asegurarme de estar escondida en la habitación de visitantes ilustres y desde el balcón espiar los movimientos del capellán: ver si la llave la traía él o se la daba el ecónomo en un momento que yo no había visto.

El martes, en cuanto dieron las campanadas de la media, dejé lo que estaba haciendo, me metí en la habitación y me coloqué en una

posición desde la que tenía vista a la capilla a través del balcón y en la que nadie me pudiera ver desde abajo. Al momento escuché el ruido de la llave introduciéndose en la gran cerradura, la falleba liberando la apertura y la puerta abriéndose. El corazón me latía de una manera que, por un momento, pensé que lo iban a escuchar. El capellán entró solo. Tras persignarse, avanzó por el pasillo de la capilla y de un lateral del altar alcanzó una llave. Se volvió a santiguar antes de dar la espalda al altar y se dirigió a la puerta de la sacristía. Introdujo la llave recién adquirida, abrió la puerta y desapareció dentro. No podía ser. Sin contar los meses anteriores, cuando abandoné el plan, había estado diecisiete días pensando en dónde se encontraría esa maldita llave y resulta que estaba al alcance. Tan al alcance que no necesitaba copiarla.

Pero lo que más recuerdo de ese martes fue cuando estaba terminando de hacer la cámara de don Elio, que me esperaba fuera leyendo unos textos, y este comentó sin perder de vista las hojas:

—El ablativo absoluto de esta frase no está mal…

Dejé de barrer y me quedé quieta esperando el reproche. Él continuó mirando el escrito:

—Lo has resuelto como alguien que piensa, no que memoriza.

Hizo una pausa y plegó la hoja con cuidado. Yo seguía sin saber cómo interpretar sus palabras. Mi maestro terminó diciendo:

—No es común, ni siquiera entre muchos de los colegiales que creen que hablan buen latín.

Me hizo un gesto como para que me moviera afuera del quicio de la puerta, se cruzó conmigo con cuidado de no tocarme y añadió:

—Gracias por entender. Me alegro de que el tiempo invertido no haya sido en vano.

Y me cerró la puerta en las narices.

# CAPÍTULO XXVIII. SALIDA NOCTURNA

Después de misa establecimos el plan. Uno nuevo, uno más. Salva trajo cinco paños que envolvían a cada una de las cinco llaves. En los burdos cabeceros, que eran una masa cuadrangular que no tenía nada que ver con la bonita ornamenta del escudo del colegio en las originales, estaban marcadas las llaves del uno —representado con un palito del que salía una raya más pequeña formando el símbolo «1»— al cinco —representado con un símbolo en forma de «5»—. El estudiante de medicina usaba ese tipo de numeración, y debo decir que, desde que vi esa manera de representar los números, comencé a usarla yo también.

—Escucha con atención —me dijo—. Los números son en el orden en que conseguiste la llave. Es decir, Elio, Mendo, Magíster, Mora y Fiti. Es importante que empieces por la uno. El molde de la primera era mucho peor que las otras. Y no es fiable que haya quedado bien. Al menos, si no lograra abrir, sería la más fácil de reemplazar, porque es la que tienes mejor acceso a la original.

—-No entiendo, ¿por qué es peor molde?

—El barro era peor. Es el que saqué del río. Para el resto, consulté con un alfarero de la ciudad al que le he comprado alguna vasija para mis cosas, ya sabes. Me dijo cómo podría purificarlo. Anduve aguando y colando con un trapo varias arrobas de barro hasta que conseguí una masa mucho más estable y maleable, menos quebradiza. Por eso las otras cuatro llaves están mucho más definidas. Como ves, son de plomo. Estas llaves son muy endebles.

No las fuerces, porque se podrían doblar y romper. Lo último que queremos es que se rompa y se quede media llave dentro.

—Me estás asustando más de lo que estoy.

—-Es que es muy serio lo que vas a hacer.

—Ya sé que es muy serio lo que voy a hacer. Y no me preguntes qué saco yo de esto.

—Al menos sacas que estás aquí.

—No me fastidies, Salva, no me fastidies.

—Yo no te fastidio, solo quiero que no lo hagas.

—Lo voy a hacer, espero que con tu ayuda. Ayuda que no mencionaré si me pillan.

—Bajo tormento confesarás todo. Si te pillan estamos condenados los dos.

—Entonces, Salva, avísame si me vas a delatar, porque saldré de la ciudad esta noche. Y si no me vas a delatar, entonces, ayúdame a entrar. A medianoche saldré de la residencia. Si te veo bajo el álamo del colegio, bien. De lo contrario, seguiré a la Puerta de Zaragoza y no volveré jamás.

Llegué a la residencia y preparé un hatillo con lo más necesario. Mayo estaba ya avanzado y en mi camino de regreso andando a la colegiata moriría de muchas cosas antes que de frío. Confiaba en que Giorgio no se enfadara mucho por el queso y las longanizas que había sacado de la despensa y que, bien envueltos, había escondido a salvo de los ratones en una de las ramas de un árbol del terreno de los Albergati. Había estudiado bien el itinerario y, para no perderme en los Alpes, sabía que tenía que seguir el camino a Módena, Parma y Plasencia o *Piaseinsa*, como la llaman ellos. Luego, cuando el plan no funcionara, improvisaría como siempre. Durante la noche traté de dormirme rápido para ir descansada, pero no pude. Por supuesto, cuando decidí que era mejor quedarme despierta, se me cerraban los ojos; aun así, creo que escuché cada campanada del reloj de la torre. Cuando por fin las campanas marcaron la medianoche, salí de la residencia, con UESDAN en una mano, crucé la calle y me escondí en las sombras del álamo frente a la puerta del colegio. Escuché el susurro:

—Male, por aquí.

Salva me estaba esperando. Había dejado de llover. La luna estaba en cuarto creciente y de vez en cuando las nubes dejaban ver el brillo selenita. A la luz podía ver el cuerpo de Salva envuelto en su capa negra, subido en una de las ramas del álamo blanco, cuyas ramas más bajas crecen fuertes y largas y, formando una pirámide, se van afinando hasta llegar a su redondeada copa. Hacía un mes que ya no estaba florido; sin embargo, seguía siendo formidable y bonito. Intenté llegar a la primera rama, pero quedaba muy alta para mí. Además, las ramas húmedas estaban resbaladizas y la bandolera con las cinco llaves de plomo me pesaba un montón, así que el colegial tuvo que bajar. Le puse la bandolera sobre la cabeza y él, entrelazando sus dedos, me hizo un estribo y me aupó para que yo llegara a la primera rama. Era sólida y robusta, cabíamos los dos sin ningún problema, y hasta el mismísimo Giorgio hubiera podido unirse.

—Espera aquí hasta que cruce. Fíjate donde piso yo y haz lo mismo —me dijo.

Trepó hasta otra rama y otra más. Luego se descolgó agarrándose a una tercera y terminó sobre el tejado de la cocina. Muerta de miedo, repetí sus movimientos. Llegué sana y salva a poner un pie sobre las tejas. Caminamos los dos por el tejado sobre la cocina. Por un lado, ascendía hacia lo que sería el techo de la sala de esparcimiento y el comedor, por el otro, cambiando de agua, descendía hacia las letrinas. Cuando creía que íbamos a descender, Salva me tomó la mano y subimos hasta el tejado del comedor. Cambiamos de agua del tejado, Desató su capa negra y la estiró sobre las tejas aún un poco húmedas, se sentó y dio un par de golpes sobre la capa para invitarme a hacer lo mismo. El claro de luna iluminaba tenue, por un lado, la ciudad majestuosa con su bosque de torres; por el otro, a media legua, el santuario de la Virgen de San Luca. A pesar de los nervios y el miedo, esa imagen me transmitió paz.

—Salva, este sitio es muy bonito.

—¿Sabes algo gracioso? El pasado julio, antes de la peste, estuve aquí, aunque subí por la escalerilla del desván. Fue cuando descubrí que podía entrar y salir usando los árboles. Cuando estaba aquí

mirando, rompió una tormenta veraniega de agárrate. Caían rayos y truenos, y me puse a bailar bajo la lluvia, porque había bebido un poco de vino. Había subido con otro colegial, uno que ya no está en el colegio. Así que yo bailaba, y como el otro colegial estaba para volverse a su cámara, yo le gritaba: «*Venite*, *venite*». Caían los rayos, tronaba, los perros de la ciudad ladraban y yo seguía gritando: «*Venite*, *venite*». Y más rayos que caían y, cuando lo hacían, mi sombra se proyectaba sobre el campanario mientras bailaba desnudo bajo la tormenta.

—Y ¿qué es lo gracioso? Porque me parece una locura.

—Lo gracioso es que el «Fiti», el mismísimo don Juan Bernardo de la Fita Jiménez, apuntó en el *de Rebus Gestis* que, a las nueve de la noche en medio de una terrible tempestad, el diablo se le había aparecido en el campanario pronunciando las palabras «*Venite, venite*».

Entonces es cuando vi claro que mi amigo, el colegial, también era, en ocasiones, amigo del vino, y quizá esa noche nos había citado a los dos.

—Salva, tengo que terminar lo que he venido a hacer.

—Está bien, sígueme.

Se incorporó, recogió la capa y descendimos por el tejado hasta el de las letrinas, que era lo suficientemente bajo para descolgarse y de un pequeño salto llegar hasta el suelo.

—Para salir, tienes que subirte a ese otro árbol —dijo señalando el que estaba al lado de las letrinas—, y haces el camino al revés de como lo hemos hecho. Yo espero aquí para ayudarte.

Me dio la bandolera con las llaves. Me la ceñí y me metí en el patio oculta en la arcada del claustro. Bajo la puerta encendí una pequeña vela en la antorcha del patio. Podía oír a don Martín roncar a través de la puerta. Subí las escaleras del patio y me dirigí a la *Camera de l'ambasciatore*. Estaba abierta, tal y como me había asegurado esa tarde antes de irme. Abrí el balcón que da a la capilla, apagué la vela, me descolgué por la balaustrada, que —aunque no parecía muy sólida— resistió bien mi pequeño cuerpo. De un salto llegué al suelo de la capilla. Santiguándome, me dirigí al altar. Aun a oscuras, distinguí el retablo de Marco Zoppo, palpé el

lateral y allí estaba la llave de la sacristía. Después de santiguarme, volví por el pasillo en busca de la puerta. La encontré. Apenas podía ver, pero pude acertar con la llave. Dentro de la sacristía, casi a tientas, localicé el pedernal que usaban para encender las velas, y con más ruido del que hubiera deseado, *fiat lux*, logré encender la mía.

Saqué las cinco llaves y comencé por la primera, como me había aconsejado Salva. Tenía presente que las llaves eran endebles, pero que para los dos usos que les iba a dar —uno ese día y otro al siguiente— debían aguantar. Pero, idiota de mí e idiota de Salva, que tampoco se había dado cuenta, no sabíamos cuál de los cerrojos correspondía a cada llave. Todas entraban en todos. Traté de tranquilizarme y me puse a pensar. Estaba segura, tal y como funcionaba el colegio, que la del rector sería la de en medio y las de los otros colegiales estarían colocadas por antigüedad: cuanto más nuevos, más al extremo. Pero no tenía ni idea de quién era el más antiguo. Probé un extremo. Muy delicadamente intenté girar el cerrojo, pero nada. Probé el otro extremo, tampoco. Probé las de los lados, nada. Probé la del centro. Tampoco. Tal vez no estaba haciendo suficiente fuerza. Repetí la operación, aunque aplicando un poco más de fuerza, y luego un poco más. La llave se torció. La saqué con cuidado y, tal y como había previsto el aprendiz de herrero, uno de los dientes —como si fuera un diente de leche— se movía y estaba a punto de quebrarse. No iba a funcionar. No me atreví a probar con las demás. Me entraron las prisas, los miedos, las angustias, y decidí abandonar.

Apagué la vela y salí de la sacristía a la capilla. Para salir de la capilla no hacía falta la llave. Levanté la falleba, abrí la puerta y me aseguré de escuchar el ruido del resbalón cuando la cerré. Muerta de miedo, miré para un lado y para el otro, y algo me llamó la atención. Sobre el tejado de la sala de esparcimiento, donde había estado tumbada hacía un rato, a la luz del cuarto creciente, el imbécil de Salva bailaba como cuando me quería hacer reír: haciendo el cacareo del pollo. «Será estúpido». Salva era gracioso, un buen estudiante, ocurrente y fiable, y había demostrado ser un gran amigo, leal, y también una gran ayuda, pero no era tan

habilidoso como él pensaba. Con las tejas todavía húmedas, resbaló en el voladizo que vierte aguas a la cisterna y, tras unos vanos aspavientos, se precipitó sobre ella, golpeando con los pies el arco de hierro del que colgaba la garrucha que sujetaba el cangilón para estamparse de bruces contra el suelo entre el brocal y las columnas.

«Se ha matado», pensé. Iba a correr hacia él, pero había hecho tanto ruido que me entró el pánico a que algún colegial se asomara, por lo que doblé la esquina y me quedé oculta entre las sombras del pasadizo que lleva a cuadras y al almacén. Esperé un tiempo. Nadie daba señales de vida. Tampoco Salva. Paralizada por el miedo, susurré:

—¡Salva!, ¡Salva!

Me di cuenta de lo estúpido que era pronunciar un nombre a oscuras cuando quieres pasar desapercibida, así que me acerqué a la cisterna con un tembleque en las piernas. El estudiante de medicina yacía en el suelo con el cuerpo inmóvil. Me acerqué a él.

—¡Ayyyyyy! —dijo con un hilillo de voz.

—Salva, ¿estás bien? —susurré.

—No podía respirar —dijo con voz de moribundo.

—Salva, no te mueras.

—No me voy a morir, por desgracia, porque me duele todo.

Le ayudé a incorporarse y se quedó sentado en el brocal. De la tensión me empezaron a entrar náuseas y no pude contenerme. Con una mano apoyada en una de las columnas de la arcada y con la otra sujetando el pañuelo que me cubría el cabello, no pude aguantar el otro tipo de arcadas y vomité.

—¿Qué tal ha ido? —me preguntó con voz dolorida.

—Mal —respondí—. Tenemos que hablar. Ahora vámonos.

Estaba oscuro y no podía ponerme a limpiar. Saqué el cangilón lleno de agua, la derramé sobre el recuerdo que había dejado y me fui hacia las letrinas para subirme al árbol. Salva, renqueante, me acompañó para ayudarme a trepar. Acercamos la mesa de las sobras que estaba en la puerta de la cocina, me subí a ella para luego encaramarme a una rama, de la rama al tejado de las letrinas, luego trepé hasta el de la cocina, descresté al otro agua del tejado y llegué hasta la rama del álamo de la entrada. Me deslicé por otras dos

ramas hasta que llegué a la altura segura de descuelgue. Recogí a UESDAN y mi hatillo, que había escondido en el jardín del colegio, y me fui a la residencia. Abrí la puerta sin hacer ruido. Con la poca luz de la luna que reflejaban los ventanucos, pude subir a mi celda sin problemas. Abrí la puerta, dejé a UESDAN y el hatillo, calmé a Beatriz diciéndole que no pasaba nada y me dormí las horas que pude hasta que una voz me recordó que era un nuevo día:

—Despertad, dormilona. No os voy a preguntar nada.

—Mejor, así no tendré que mentiros.

—La que os ha mentido soy yo porque sí que os voy a preguntar. ¿Fue con Salva?

—Mejor que no lo sepáis.

—¡Lo sabía!

Me vestí tan rápido como pude. Escondí la bandolera con las llaves —ya me ocuparía luego de ella— y bajé rauda y nerviosa. Sabía que una vez que la «Seve» abriera la puerta del colegio, tenía que ir a limpiar el vómito de la noche anterior, pues era mayo y el sol hacía ya tiempo que había salido. Fui rauda hacia el almacén para recoger los útiles de limpieza. Con suerte, cada una se iría a sus cosas y podría limpiar antes de que la gobernanta lo viera. Estaba llegando para limpiar cuando vi que la «Seve» venía hacia mi zona, así que pasé de largo con intención de ir a fregar desde la entrada de la cocina. El que yo fuera a cocinas a esa hora no tenía sentido, ya que Giorgio y su mozo se ocupaban de la limpieza de su negociado. Al menos vi que Salva había devuelto la mesa de las sobras a su lugar. Me di la vuelta y vi a la «Seve» pararse cuando vio el vómito. Era imposible no verlo. Brazos en jarras me miró y dijo:

—Magdalena, limpiad esta vergüenza. ¡Borrachuzos!

—Sí, señora, inmediatamente.

Limpié eso y vi que todo lo demás estaba como tenía que estar. Solo me faltaba recoger la bandolera con las llaves. Las provisiones escondidas en el campo de los Albergati las dejaría allí unos días, por si acaso. No se iban a pudrir, y si tenía suerte y los pájaros no podían con el envoltorio de tela, siempre estaría bien por si las cosas se torcieran.

Como era habitual, los colegiales salieron de sus cámaras para ir a misa, y yo hice mi ala dejando la alcoba de Salva para la última. Una vez terminado el oficio, los colegiales salieron de la capilla y el rector se acercó a la diecisiete. Llamó a la puerta:

—¿Don Salvador, os encontráis bien?

El rector se fue a sus dependencias y al rato volvió con una llave. Abrió la puerta; yo me quedé observando. Salva estaba tumbado en la cama, despierto. El rector entró. Yo permanecí bajo el umbral, ya que no podía pasar con el colegial dentro.

—Salve, magíster. He tenido un accidente en las escaleras cuando iba a letrinas. Mea culpa.

—Avisaré al médico.

—No hace falta, magíster. Solo necesito reposo.

—Muy bien, avisaré a los mozos por si necesitáis algo.

El rector se dio la vuelta y me ordenó:

—Magdalena, avisad a los mozos, que don Salvador tiene que guardar reposo y recibirá sus vituallas en la alcoba.

—Como ordenéis, magíster.

Vaya contratiempo. Con Salva en la cama, yo no podía entrar a hablar con él y no sabía cómo proceder. En cuanto mis labores me lo permitieron, me dirigí a la residencia, oculté la bandolera debajo del vestido y pasé por mi escondite de los Albergati, a dejarla allí. Después fui a misa.

# CAPÍTULO XXIX.
# CONVALECENCIA

El convaleciente llevaba semanas en cama, por lo que no me pude comunicar con él, y a mí se me echaba el tiempo encima porque se acercaba el día de mi partida del colegio. Todavía tenía todo por hacer.

Ya me había hecho a la idea que no iba a ser posible abrir el arcón con las llaves. De ninguna manera quería pasar por la experiencia de volver a copiarlas otra vez. Yo no me acercaba a la alcoba del «Mendo» ni por todo el vino de Giorgio. La verdad, echaba de menos a Salva, porque con él compartía mis planes y a veces ponía algo de cordura a mis locas ideas. Tan pronto me agobiaba porque no tenía tiempo para actuar como que se me iban las ganas y lo único que quería era acabar y volver a la colegiata. Un viernes, dos semanas y media después de la incursión nocturna, por primera vez, Salva salió del colegio. A la salida de misa me estaba esperando.

—Bueno, ¿cómo fue? —me preguntó.

—Pues mal, Salva, mal. Todas las llaves entran en todos los cerrojos, con lo cual tuve que probar la de Elio en todos. Al principio lo hice con delicadeza y luego un poco más fuerte. La llave se torció y uno de los dientes se quedó bailando, si es que no se ha caído ya. Hace dos semanas que las escondí y no las he vuelto a mirar.

—Me lo temía. Hay que hacerlas de bronce.

—Yo no pienso conseguir las llaves otra vez.

—No hace falta, hice dos copias de cada, por si se rompían.

—¿De bronce?

—No, de plomo.

—¿Pero no has dicho que tienen que ser de bronce?

—Sí, pero podemos hacer el molde con las de plomo que tengo.

Di un salto de alegría y me abalancé sobre él. Le di un beso en la mejilla antes de que él me apartara quejándose de sus costillas. Se ruborizó más de lo que lo suelo hacer yo, pero hizo como si no pasara nada.

—Para poder fundir bronce, necesitamos algo más que una fogata —dijo—. Hace dos semanas estuve hablando con un herrero cerca de la plaza. Le conté que necesitaba alquilar la fragua una tarde. A él no le pareció bien, porque le dije que él no podía estar presente. No quiero ir dejando testigos. Así que me puse a echarle una mano con unas herraduras, para que viera que estaba familiarizado con el oficio, a ver si cedía, pero tampoco. Después de pasarme una semana ayudándole, lo más que pude conseguir es el préstamo de un crisol con sus agarres y un fuelle. Nos venderá también algo de carbón que necesitaremos para el fuego. Pero lo que no tenemos es el bronce.

—¿Cuándo podremos trabajar?

—Yo ahora no puedo —dijo señalándose las costillas.

—¿Y cuándo puedes?

—Lo normal sería dentro de quince días. Para las costillas hay que reposar entre tres y seis semanas.

—No tengo dos semanas, dentro de dos semanas cierran el curso y yo me vuelvo a la colegiata.

El convaleciente levantó los hombros dando a entender que él no podía hacer nada.

—Pues enséñame cómo se hace y las hago yo.

—¿Tú?, ¿herrero?

—*Sic faber ferrarius ero* —le dije, «entonces seré yo la herrero».

No hablé mucho más con Salva esa semana, pues se tomó en serio lo del reposo. Pasé las tardes que tenía libres paseando por la ciudad, mirando al suelo, entre los desechos, buscando algo de bronce. Pregunté donde estaban poniendo los nuevos relojes si les sobraba alguna pieza. Miré en el mercado por si algún comerciante

me vendía alguna pesa que ya no fuera precisa. Tras varios días solo había conseguido una hebilla de un cinturón. Me pasé por las herrerías, pero los herreros no parecían estar interesados en lo que una moza extranjera les quería contar. Fue ahí, en un herrero, donde encontré por dónde seguir. Ese herrero estaba fundiendo metal y entre el amasijo distinguí una cuchara. ¡Giorgio tal vez me pudiera ayudar una vez más!

Era sábado y empezaba la última semana del curso. Los tres doctorandos que defenderían sus tesis a final de la semana estaban de los nervios, paseaban por el colegio como almas perdidas en el purgatorio, recitando sus temas. Las chicas estaban tristes porque perderíamos nuestro trabajo, aunque con «buenas cartas de recomendación», según el ecónomo. Yo estaba con unas ganas locas de que todo terminara para bien o para mal. Había destinado demasiado tiempo en trazar planes locos para una misión que ahora me resultaba absurda. El colegio, con sus defectos, funcionaba bien. Los colegiales, con sus defectos, eran brillantes; incluso el bruto del «Mendo», que no me podía ni ver, era, a ojos de los demás colegiales, alguien respetable. Mis profesores —don Elio y don Martín— eran excepcionales. Pero, por encima de todo, yo tenía una palabra e iba a hacer lo posible por cumplirla. En cuanto tuve un rato libre fui a ver al cocinero:

—Giorgio, ¿qué haces con los útiles de cocina viejos? ¿Tienes algo de bronce que vayas a tirar?

—Pues en este momento, no. ¿Te acuerdas del mortero donde molíamos la carne de cerdo?

—Sí, claro, hacíamos la mortadela. Ese sería ideal. ¿Ya no lo tienes?

—No, se lo di a la «Seve». Las cosas que podrían tener algún valor se las mando al ecónomo. Él usa términos suyos como *amortejado* o algo así cuando ya las cosas han dado el valor que tienen que dar y se las suele quedar la «Seve» por nada y menos.

Agradecí a Giorgio su amabilidad y su tiempo. Ahora tenía una nueva duda: ¿sería una buena idea tratar de negociar con la gobernanta? Y si no negociaba conmigo, con las nuevas habilidades que estaba adquiriendo, tal vez podría… ¡Ay!, cuánto echaba de

menos a mi confesor. Tenía muchos pensamientos impuros. Había cruzado demasiados Rubicones. No iba a cruzar uno más.

En la sala de servidumbre, cuando estábamos comiendo, saqué el tema.

—No sé qué hacer con todas las hojas con escritos de latín que he acumulado en estos meses, y también algún objeto que no me podré llevar. ¿Tenéis algo pensado?

Las chicas empezaron a divagar sobre qué es lo que se iban a llevar y cómo lo iban a hacer. Las tres iban a probar fortuna en Italia. Beatriz aquí, Ester y Juana en Florencia o Roma. El ecónomo les había dado sitios donde poder ir. Extrañada porque Beatriz no volviera a Salamanca, pregunté:

—¿No queréis volver a Salamanca? ¿No queréis ver…?

Interrumpí la pregunta al ver la cara de Beatriz. Una de esas caras que te piden que cierres la boca. Un nuevo desatino. Me fui por las ramas diciendo que yo me volvía a España. Por fin, la «Seve» participó en la conversación. Ella se iba a quedar en Bolonia, porque ya llevaba muchos años y no sé qué más contó. El caso es que la charla entre las cinco era distendida y aproveché para hacerle una pregunta directa.

—Doña Virtudes, Giorgio me dijo que teníais un mortero de bronce. Si no lo necesitáis, tal vez le podríamos dar algún uso en la colegiata —mentí una vez más.

—¿El mortero? Lo doné a los pobres.

No sé si su mentira era más grande que la mía, porque en qué cabeza cabía que me iba a hacer un viaje hasta la colegiata cargando con un mortero. El caso es que ella rectificó:

—Esperaos, Magdalena, creo que el mortero se lo vendí a los chatarreros del *Mercato di Mezzo.* Se lo iba a vender al herrero, pero ellos son los que aparecieron por aquí. Yo no estoy para caminar hasta la fragua con ese peso.

—Oh, muchas gracias —respondí, más avergonzada que agradecida.

Incluso la arpía de la «Seve» era más sincera que yo.

En cuanto pude, fui a hablar con el ecónomo para que me diera un anticipo de mi sueldo. Apenas había necesitado dinero en todos

esos meses. El ecónomo, como era él, fue tajante. Según la norma que él o sus predecesores habían puesto, si había elegido cobrar el salario a final del curso, solo me podía dar anticipos a partir de Pascua, condición que se cumplía, y como máximo cuatro décimos del monto total, aunque apenas faltaran unas semanas para terminar. Yo le dije que bueno, que me diera mis cuatro décimos. Él me preguntó que en qué moneda los quería. Y cuando dudé, él me dijo:

—Os daré tres partes en florines y una en bologninos.

A mí me pareció bien, con eso tendría dinero para comprar el bronce, a pesar de que no tenía ni idea de cuánto metal necesitaría ni de su precio. Hice una estimación *grosso modo* en diez libras.

Volví al «Mercado de en Medio». Yo lo llamaba así porque las mozas se referían a él como el *Mercato di Mezzo* y supuse que era porque estaba a medio camino entre la plaza Mayor y el colegio. Fui a ver al herrero con mis bologninos en el bolsillo, y se los pondría uno a uno delante de él, como había hecho con el tabernero de *Palavrion*. No había mucho bullicio, porque era por la tarde, así que pude oír los martillazos del herrero desde antes de ver su fornida espalda. En todos esos meses apenas había interactuado con gente local, con lo que mi emiliano era más bien escaso, pero habiendo aprendido un buen latín, salía confiada de que no iba a tener problemas de comunicación con los locales, y siempre me equivocaba, como iba a volver a comprobar. Al llegar delante del herrero, por cada martillazo que daba, puse un bolognino en el lugar más parecido a un mostrador que tenía la herrería. Al cuarto llamé su atención. Me preguntó algo y yo respondí en latín, con la dicción más clara que pude: «Quiero diez libras de bronce». Él se puso como un basilisco y me dijo que ya me había dicho que no tenía bronce para mí. Y después añadió una expresión típica del lugar, de tres palabras, que significa que me largara de allí, y que no voy a reproducir.

Recogí las monedas y me giré sobre mí misma, tan enfadada que ni siquiera me acordé de lo que significaba para mi plan no tener el bronce. Estaba llegando al camino del colegio cuando me di la vuelta. A lo mejor estaba de suerte y todavía lo tenían los

chatarreros. Callejeé por el centro de la ciudad hasta que llegué a donde los chatarreros tenían su almacén. Entré en un cobertizo y pregunté en latín si tenían bronce. Solo había un mozo y me costó hacerme entender. Cuando enseñé las monedas, me dijo que volviera el lunes.

Tras la tarde del sábado, el día entero del domingo y mañana de lunes sin sobresaltos, por la tarde salí a las calles de Bolonia a por el bronce prometido. Alegre y confiada, llegué al chatarrero. Vi el mortero, lo tenían sobre uno de los montones de chatarra. Me entraron dudas sobre si era suficiente y pregunté si tenían algo más. El mozo me hizo un gesto con los dedos rozando repetidas veces el pulgar con el corazón y el índice. Saqué las monedas. El mozo se quedó parado. «Y a este, ¿qué diantre le pasa?», pensé.

Entraron otros dos mozos. Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y la claridad de la puerta abierta me cegó. El susto vino por el oído en forma de algo que sonaba así:

—*Chiao, pazza*.

Me agarraron uno de cada brazo, me quitaron el dinero y me soltaron después de toquetearme. Yo grité. Y ellos me respondieron algo parecido a:

—*Trancuila, pazza. Cuesto e il precho per aver versato il nostro vino.*

—Era mi vino —protesté en castellano.

—*Bella, non arrabbiarti* —me decían mientras me tiraban besos.

—Devolvedme mi dinero o dadme el bronce.

—*Chiao, ragazza, arrivederchi*.

Me empujaron entre los tres mientras me sacaban del cobertizo. Fui a protestar una vez más, revolviéndome para meterme en la chatarrería, y si no llego a salir, me sacan a puntapiés.

Enojada, me volví al colegio. Ellos se lo habían buscado. Fui a mi celda, agarré a UESDAN y volví a las callejuelas. Por el camino mi humor fue oscilando entre la calma y la ira. Tan pronto quería matarlos como perdonarlos para que me devolvieran mi dinero tras venderme el bronce. «Ellos han empezado primero, son unos ladrones, merecen castigo. Pero el uso de la fuerza tiene que ser proporcional; en eso consiste su virtud. Pero son tres contra una y

me van a machacar. Tengo que terminar con ellos antes de contar hasta diez. Es dentro de un cobertizo, mi lanza perderá eficacia. Si fallo en el ataque, me acuchillarán seguro…».

Me detuve a unos pasos de la puerta y me escondí contra la pared. Durante algo más de un minuto, cerré los ojos y me los cubrí con la mano. Quité la caperuza del bastón, y con los párpados casi cerrados, me dirigí hacia la puerta. Con decisión, la abrí de un tirón y entré en el cobertizo. Yo no había tardado nada en ir a por UESDAN y volver. Ellos menos en ir a por vino, y estaban compartiendo un pellejo. La luz había entrado conmigo, y ellos despistados miraron hacia la puerta. Algo gritaron sorprendidos. «Uno», acerté una picada en el hombro derecho del primero. «Dos», tiré del bastón hacia atrás. «Tres». «Cuatro», clavé la punta en el pie izquierdo del segundo. «Cinco», desclavé el bastón tirando hacia arriba. «Seis». «Siete», le pegué un bastonazo al tercero. «Ocho», regresé a la posición original. «Nueve», adopté posición de ataque. Antes de contar hasta diez, había terminado. Los amenacé con el bastón y les dije en alto, claro y perfecto castellano:

—Al que se mueva, lo mato.

Me devolvieron el dinero que aún les quedaba metiéndolo en el mortero, que no me cobraron. El mortero en pago de lo ya gastado. Tampoco el resto de las cucharas y chatarras del montón del bronce con el que llenaron el mortero. Había bronce para dos docenas de llaves al menos. Ni siquiera se movieron cuando solté una mano del bastón para colocarme el mortero bajo el brazo. No dijeron nada, o yo no lo escuché. O quizá sí lo hicieron, porque ahora que lo recuerdo me viene a la mente una sonata de sollozos y lamentos.

# CAPÍTULO XXX.
# FUNDICIÓN

Días antes, mientras buscaba el bronce, por encargo de Salva, elegí un terreno cerca de los Albergati, pero subiendo un poco hacia el cerro de Gaibola. Allí haríamos nuestra pequeña fundición. En esa época del año, por las tardes, el sol estaba bien alto y nadie sospechaba de los continuos viajes que hice. El terreno elegido llaneaba en la subida y las constantes lluvias en la zona habían hecho un charco con su barro. Siguiendo las instrucciones del aprendiz de herrero, con mis manos había hecho una especie de chimenea que me llegaba por la cintura, y a la altura de las rodillas había insertado una maya de hierros viejos y oxidados que había conseguido Salva en no sé dónde. Esa tarde del martes teníamos las piezas de bronce, con el mortero quebrado a pedradas, los moldes, el crisol, el fuelle, las pinzas, carbón y el horno preparados. Hicimos un fuego, bueno, lo hice yo, que tenía más experiencia que Salva, pero en cuanto el fuego estuvo hecho, el médico dio muestras de saber lo que estaba haciendo. Abrió unos respiraderos en el horno con forma de chimenea. Agregó el carbón, introdujo el crisol con el bronce y cerró la apertura de la chimenea con más barro. Metódicamente, momentos antes de manipular algo del horno, se mojaba las manos en el charco, como si fuera un ritual. El humo salía con fuerza por el pequeño agujero de arriba. Las pequeñas fumarolas de los respiraderos también humeaban. Primero blanco, luego más negro. A mí me resultaba extraño, porque cuando yo hacía un fuego en el campo, significaba que estaba asando o

cociendo algo; sin embargo, ahí no olía a comida. Es más, ni siquiera olía bien. Salva culpó al barro.

Estuvimos esperando. Salva de vez en cuando usando sus útiles de herrero, removía un poco del barro seco para echar un vistazo al crisol. Luego lanzaba un pegote al hueco hecho para volver a taparlo. Cuando estuvo satisfecho, que fue cuando se acabó el carbón, abrió una de las pequeñas fumarolas, introdujo una lámina de metal para evitar que entrara barro en el crisol y, con los hierros de las pinzas, desmochó la chimenea. Con el antebrazo se limpió el sudor de la frente y se quitó las ropas del colegio, dejando el flaco torso al descubierto. Quitó la lámina y, antes de agarrar el crisol con las pinzas, me dijo:

—¡Cuidado, Malena! Esto está caliente. Pero de un caliente que te mueres si te toca. Me aparté de los moldes rectangulares, mucho más trabajados que con los que había empezado a forjar hacía un mes, y el herrero vertió el líquido caliente y brillante sobre cada uno de los cinco moldes. El crisol desprendía calor, el líquido naranja desprendía calor, el torso desnudo, brillante y tiznado de carbón, desprendía calor.

El torpe bailarín, el nada agraciado colegial, el doctorando en medicina forjaba el bronce con destreza y precisión. Cuando terminó de llenar los cinco moldes, dejó el crisol en el suelo.

—Aquí tienes tus llaves.

Con las pinzas hizo surco con forma de corazón en el barro, volvió a enganchar el crisol y vertió lo sobrante sobre el surco recién escarbado.

—Y aquí tu llavero.

Esperamos un tiempo mientras el brillo del metal naranja se fue apagando. Luego el estudiante sacó una cantimplora y fue ayudando a enfriar cada metal. En cada cabecero de la llave había hecho un agujero. Cuando ya estaban frías, tomó una llave y la frotó contra una piedra, luego sacó una lima y pulió con cuidado, y luego llenó un trapo con arena, hundió la llave dentro, cerró el trapo y me lo pasó para que yo moviera con las manos como si amasara pan. Repetimos con las otras cinco. Luego grabó en cada cabecero el número de orden en que se correspondían: Elio, Mendo, Rector,

Mora y Fiti. Pulimos el llavero en forma de corazón. Ató las llaves al llavero y me lo tendió. Yo lo agarré y él, sin soltarlo, me dijo:

—Estas llaves tienen un propósito, yo no estoy de acuerdo, pero tampoco quiero que te metas en un lío. Úsalas esta noche y copia las cartas mañana. Diré que estás enferma y devuélvelas mañana por la noche. Ya sabes cómo entrar y cómo salir. Yo no estaré.

—Salva, lo tengo que hacer. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé.

—Ahora separémonos. Baja tu primero, yo iré después.

Así lo hice, con mi nuevo llavero, mucho más ligero que mi bandolera repleta de plomo. No recuerdo bien lo que hice hasta que llegaron las once de la noche y me levanté de la cama sin hacer ruido para prepararme para mi segunda incursión nocturna. Cuando estaba a punto de salir de la celda, un susurro me dijo:

—Da recuerdos a Salva.

Beatriz se dio media vuelta y siguió durmiendo. Salí de la residencia y fui al colegio. Coloqué la mesa de Braulio debajo del árbol y me aupé a él. Crucé el tejado sin dificultad y bajé por las letrinas. Entré al patio, subí las escaleras y me colé a las habitaciones de visitantes ilustres. Bajé por el balconcillo de la capilla, encontré la llave de la sacristía, abrí su puerta, usé el pedernal para encender las velas, me sequé el sudor de la frente y las manos y probé la llave marcada con «1», la de don Elio, en la cerradura del centro derecha. Hice un poco de fuerza y la cerradura giró. El corazón me dio un vuelco. Probé la número «2» en el centro izquierda. La cerradura giró. Mora en el extremo derecha, y giró a la primera. La Fiti en el extremo izquierda y giró. Solo me faltaba la del rector. Repetí el ritual de secarme el sudor. Introduje la llave y giré. El arcón se abrió. Qué fácil había sido al final. Pero no me duró mucho la alegría. El orden de las hojas y los libros era impoluto, hasta tal punto que me asusté. Yo no era muy buena en ese campo, más bien lo contrario. Debía recordar cómo estaba todo para dejarlo igual. Tenía mucho miedo y quería abandonar el lugar, pero también sentía mucha curiosidad en ver los documentos que allí se encontraban. Los libros más habituales estaban los primeros. *De Rebus Gestis, Epistolarum y Decretorum*. Había otras hojas, como el

testamento del cardenal Gil de Albornoz. Me estremecí y se me erizó el vello. Apartada en un lateral, había una funda de cuero con un montón de documentos. Eran las cartas probatorias. Había un montón, no veinticinco. Eran cientos. No podía sacarlas todas, no podría trepar por los tejados con ellas. No cabían en mi zurrón. Eso era un nuevo error de planificación. «¡Tanto tiempo planeando para que luego no salga nada!». Metí el *Liber de Rebus Gestis* en el zurrón y comencé a leer las hojas de las cartas probatorias. Separé una a una las de los colegiales que estaban actualmente en el colegio. Cuando pasé por don Salvador de León del Páramo, sonreí.

Estuve allí dentro un buen rato. Cuando estuve satisfecha, guardé las credenciales apartadas en el zurrón junto con el *de Rebus Gestis*. Cerré la puerta de la sacristía, me aseguré de que el resbalón caía en la puerta de la capilla y salí hacia las letrinas. Me apoyé en la mesa de las sobras, subí al árbol, al tejado de las letrinas, descresté, bajé por el otro lado, al otro árbol, a la otra mesa y al suelo de la entrada del colegio. Devolví la mesa de Braulio a su sitio y confié en que Salva movería la mesa de las sobras de la pared de las letrinas a la de la cocina en algún momento. Llegué a la residencia y me acosté. Me costó dormir, pero al final lo conseguí.

Por la mañana Beatriz me despertó como siempre, llamándome dormilona. Cuando le dije que me encontraba mal y que me iba a quedar en cama, cambió el adjetivo de dormilona a picarona. Añadió que tenía una cara horrible de no haber dormido, pero que me tranquilizara, que ella me hacía mi ala, a cambio de que le contara, en cuanto pudiera, todos los detalles de mi noche de pasión. Abandonó la celda como lo hacía todas las mañanas, solo que esta vez lo hizo sin mí. Al poco rato la «Seve» abrió la puerta.

—¿Cómo os encontráis?

—Me encuentro mal, doña Virtudes. ¿Podéis decírselo a don Salvador?

—Don Salvador vendrá cuando pueda estar yo aquí. Esta es una residencia decente.

—Claro, doña Virtudes, espero que no me dejéis a solas con él.

La «Seve» y las tres mozas abandonaron la residencia. Aproveché para sacar el *de Rebus Gestis* y comencé a copiar desde los últimos

cinco años, tal y como mi deuda con Palomo había quedado establecida. Tenía la puerta de la celda abierta y había calculado el tiempo que tardaría en esconder todo en caso de que alguien viniera. Iba sobrada. Podía copiar con total tranquilidad.

Así lo hice, hasta que escuché voces de Salva, que desde la calle hablaba en un tono exageradamente alto. Con tranquilidad porque me daba tiempo, guardé los útiles de escritura, guardé las hojas donde copiaba y metí el libro en el zurrón. Escuché la puerta de la calle abrirse y al idiota de Salva dando gritos exagerados, por si acaso no lo había notado:

—Doña Magdalena, soy don Salvador, estoy aquí con doña Virtudes. Vamos a subir a vuestra celda.

Me metí en el jergón con el zurrón junto a mis caderas y me tapé con las sábanas. Di permiso para que pasaran cuando estos llamaron a la puerta. Abrieron, pero ambos se quedaron en el umbral. Salva, hábil, tomó la palabra.

—Doña Virtudes, voy a examinar a doña Magdalena. No tengo intención de quedarme a solas con ella, pero sí que necesito privacidad para hacerle unas preguntas.

—¿Cómo decís? —preguntó la «Seve».

—Que el paciente debe tener el derecho de decirle al médico lo que le pasa, sin que nadie más lo oiga. Puede dejar la puerta abierta, y yo solo tardaré unos minutos, pero, por favor, esperad abajo.

La «Seve» accedió a regañadientes, aun así, aunque Salva y yo no lo comentamos, intuimos que estaba oído al parche. Salva hizo un gesto con la cabeza que solo podía significar la pregunta de «¿cómo ha ido?».

—Bien, contesté. Lo tengo aquí todo —susurré.

Tonta de mí, levanté un instante las sábanas para mostrarle el zurrón. Supongo que lo hice por presumir de lo bien que había planeado y ejecutado todo. Para enseñarle de qué había sido capaz. Para que estuviera orgullosa de mí. ¡Estúpida vanidad! El zurrón estaba sin cerrar y mostraba claramente el lomo del *de Rebus Gestis*. Salva me miró. Levantó las sábanas y lo vio con claridad. Me volvió a mirar con cara de no entender nada. Como siempre, me

quedé muda. Salva salió de la celda. Mientras bajaba por las escaleras, le dijo a la «Seve» a buena voz:

—Magdalena estará bien esta tarde o mañana, pero ahora debe guardar reposo. Mejor si no se le molesta.

Escuché cómo seguían hablando, y cómo salieron ambos de la residencia. Seguí con mis copias y a eso de las cuatro ya había terminado. Me dio tiempo a ir a misa, pero Salva no se asomó por allí.

Estaba excitada y a la vez tenía sueño, pues había dormido poco. Se me hicieron largas las horas hasta mi próxima salida nocturna. Por fin terminaría con todo. Han pasado los años, pero recuerdo esa noche tanto que escribí unos versos:

*Vestido negro*
*cubierto el pelo,*
*salí por la noche al jardín del colegio.*
*Trepé por el árbol,*
*brillante era el cielo,*
*mirar la ciudad resultó un privilegio.*

La luna, alta y enorme, iluminaba mis pasos sobre el tejado y, cuando reduje mi silueta para descrestar, me fijé en la ciudad. Las líneas de las torres que se dibujaban a la luz de la luna le daban un aire majestuoso. Qué tranquilo estaba todo, me hubiera quedado a pasar la noche tumbada sobre las tejas, contemplando de un lado la silueta de la ciudad y del otro la colina sobre la que se alza el santuario de San Luca. Me sentí triste de no poder compartir esa imagen. Me costó reponerme y seguir con la misión, que, por lo demás, fue un paseo como quien entra a su casa a oscuras. Llegué hasta la habitación del balcón, bajé de la balaustrada a la capilla y después fui a por la llave de la sacristía. No la encontré a la primera. Rebusqué y rebusqué, pero allí no estaba. Me fijé bien, había tanta luz que podía hasta leer la placa del retablo: «*Opera del Zoppo da Bolognia*». Me entraron los sudores y, antes de encender una vela para ver si podía encontrarla, probé a ir a la puerta y ver si por casualidad estaba abierta. Con gran alivio, así era. Entré a la sacristía recuperándome del pequeño susto. Hubiera sido una broma pesada si me hubieran cambiado la llave en el último momento.

Dentro no me hizo falta encender la vela. La luz de la luna rebotaba en las paredes de la sacristía y era suficiente para atinar en los cerrojos. En nada tendría abierto el arcón. Toda mi preocupación era dejar las cosas tal y como las había encontrado la noche anterior. Arrodillada, primero dejé las probatorias, despacio, bien colocadas. Las había dejado perfectas. Abrí de nuevo el zurrón y saqué el *de Rebus Gestis* para dejarlo con precisión en el sitio donde lo había encontrado. Lo deposité con gran satisfacción del trabajo realizado. Entonces fue cuando una mano se posó en mi hombro. Del susto me caí al suelo, y eso que estaba de rodillas. Me oriné, o al menos algo se me escapó. Y escuché su voz susurrante:

—El *Liber Rebus Gestis* no estaba en nuestro acuerdo.

—Salva, puedo explicarte.

—¿Quién sois?

Cerré el arcón y me puse en pie.

—Salva, verás…

—¿Para quién espiáis?

—Ya te dije que investigaba las cartas probatorias.

—No os hagáis la tonta, que os conozco bien.

—El *Rebu*s fue el encargo de un amigo, lo necesitaba para el pago de una carta, y yo le debía ese favor.

—El *Rebus* es propiedad del colegio —dijo, y continuó de carrerilla, como si lo hubiera ensayado muchas veces—, y el colegio no se fundó para pagar favores a nadie en particular, sino para que los españoles recibieran la educación más alta, para mayor gloria de estos, nosotros. Porque nuestro cardenal fundador fue el único español en un colegio cardenalicio poblado de franceses e italianos y eso tenía que cambiar. Su testamento... —dijo señalando al arcón— su testamento estará ahí dentro. Lo podíais haber copiado también, a ver si se os pegaba aunque fuera una brizna de su legado.

—Salva, yo… —traté de decir algo.

—Vos habéis traicionado la confianza del colegio y la mía. ¿Que queríais inspeccionar las cartas probatorias? Pues bueno, yo no tenía ningún problema, porque a quien iba a perjudicar era a mí. Mis apellidos, De León del Páramo, como habréis leído en mis cartas, son tan falsos como vuestra sinceridad. Herrero es mi verdadero

apellido, como Herrero era mi padre y como Herrero era mi abuelo, judíos ambos que tomaron apellido de su profesión. Mi fe es tan verdadera como la vuestra, y en este semestre he asistido a dos misas diarias, solo por estar con vos, cosa de la que no me arrepiento.

—Salva, te puedo explicar…

Me dejó con la palabra en la boca, salió de la sacristía y de la capilla. Yo, que iba detrás de él, logré parar la puerta de la capilla antes de que se cerrase. Entonces oí otra voz:

—¡Alto! ¡Quién va!

—Soy yo, Salva…, don Salvador.

—¡Ah, qué susto!, estaba repasando mi tesis y escuché unas voces en la capilla— dijo el aspirante a doctor, que no identifiqué.

No escuché más. Me tapé la cara con el pañuelo y salí corriendo entre las columnas del patio, que atravesé hasta llegar a letrinas. Escuché varios gritos llamándome al alto, y las puertas de varias cámaras comenzaron a abrirse. De un salto trepé a la mesa, y en un abrir y cerrar de ojos ya estaba al otro lado de la puerta del colegio. Seguí corriendo hasta la residencia, sin mirar atrás. Recogí las copias que había hecho y las metí en el zurrón vacío. Miré a UESDAN y, cuando lo así, se me escapó una sonrisa. No sé por qué. Para mis adentros, me despedí de mi compañera Beatriz. Salí de la residencia y me dirigí al terreno de los Albergati, donde solía ir cuando buscaba algo de privacidad. Bajo un árbol, el mismo de siempre, apoyé mi bastón, me tumbé en el suelo acurrucada y quedé dormida.

# CAPÍTULO XXXI. EL TORNAVIAJE

Me despertó el ruido de los pájaros. Había mucha luz, pues el sol estaba cercano al cenit. Las últimas horas las había pasado dormida, pero dándome cuenta de que era de día. Con pesadillas de mayordomos muertos, de nobles castellanos diciéndome que no me fiara de nadie, y el cardenal Gil de Albornoz acusándome de haber traicionado a los españoles. Tumbada, sin querer levantarme todavía, pues no había ningún motivo para hacerlo, abrí los ojos hacia las ramas. Allí colgando estaban el queso y las longanizas. Me sacó una sonrisa, pues se los veía enteros. Me di la vuelta y traté de dormir otra vez. Era jueves, no tenía pensado volver al colegio y hasta el sábado a las seis de la tarde, que había quedado con Palomo, no tenía otra cosa que hacer. Tenía comida, no hacía frío, solo me faltaba algo de agua y esperar. Conseguí el agua, e incluso una buena cantimplora. Fue fácil. La sonrisa de una joven era algo apreciado en esas tierras. Me aburrí. Me aburrí tanto que me leí la copia de las cartas probatorias y los cinco últimos años del Rebus. Y me aburrí tanto adrede, porque si no, solo podía pensar en Salva. Y no pensé en él. Lloraba tanto su ausencia que no tenía tiempo para pensar en él.

A las cinco de la tarde del sábado, cogí el zurrón con las copias, cogí a UESDAN, y partí hacia la plaza Mayor, por el camino más alejado posible del colegio, aunque fuera irreconocible por mi atuendo negro. Cuando dieron las campanadas de las seis, acudí al sitio exacto y allí estaba el señor Palomo.

—Señor Palomo. Tengo vuestra copia, mas quiero que sepáis que esta copia me ha costado mucho a nivel sentimental. Y he traicionado la confianza de muchos. Pero soy una mujer de palabra y aquí lo tenéis.

Saqué las hojas del zurrón que correspondían al *Libro de los hechos*.

—Con esto mi deuda queda pagada y estamos en paz. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

El señor Palomo alargó la mano para recibir el encargo, pero yo no lo solté.

—Esto es propiedad del colegio, y el propósito del colegio es el beneficio de los españoles y sus reinos. Juradme que lo que saquéis de provecho será también provecho de los reinos españoles, o al menos de alguno.

Palomo se quedó pensativo mientras ninguno de los dos soltábamos las hojas. Luego dijo:

—Lo juro.

Y eso me tranquilizó más que si lo hubiera jurado al instante. Solté las hojas y el señor Palomo se las guardó con cuidado. Al menos tenía cierta confianza de que no las usaría en contra del espíritu del cardenal fundador.

Dicho y hecho eso, no tenía más razón para estar en Bolonia. Fui a mi árbol secreto por última vez, recogí las viandas y me encaminé hacia la Puerta de Zaragoza para caminar hasta Módena, Parma, Plasencia o *Piaseinsa*…

Me quedé a descansar a pie de la vía, a mitad de camino entre Bolonia y Módena. No pasé frío, pero sí algo de miedo. Me acordé de mi frase: «Moriré de muchas cosas antes que de frío». Por la mañana del domingo, antes de mediodía, ya estaba arrepentida. Era una locura de viaje. Con provisiones para unos días, sin apenas dinero, sin conocer el camino, sin conocer el destino. No me acordaba de Salva. Solo rezaba. En ningún momento pensé en Salva. Dudé si darme la vuelta, pero seguí cabizbaja, paso a paso, apoyada en UESDAN, y ninguno de los pasos me hacían recordar a Salva. Rezar y andar. «Oh, Dios, échame una mano». Iba mirando al

suelo cuando escuché los insultos —supongo que insultos, porque no prestaba atención a los gritos— de un conductor cuyo carro me adelantaba. La verdad es que yo iba andando por en medio del camino, y estos italianos eran muy suyos con sus carros y carretas. Al levantar la vista, me fijé en que era el carruaje del colegio, que era mucho más grande que los que me habían estado adelantando durante toda la mañana. Me dio un poco de vergüenza que me hubieran reconocido, pero me invadió la nostalgia. De pronto, el vehículo se detuvo.

Antes de seguir, quiero advertir, para no defraudaros a vos que me habéis acompañado hasta aquí, que esta no es una historia que termine bien. Salva no estaba en el carruaje, y tampoco aparecerá al final de esta historia para abrazarme bajo la lluvia. Si os sirve de consuelo, más lo sentí yo. Ahora, permitidme acabar.

Me acerqué al vehículo y vi al navarro, Jaso, asomándose por uno de los ventanucos. Por el otro lado se asomó el señor Tallero. Me invitaron a subir y pregunté dónde iban. Tallero tomó la palabra:

—El carruaje va a Zaragoza, a buscar a un nuevo colegial. Hemos aprovechado para ir a pasar el verano a casa. Yo me quedo en Barcelona, luego Dios mediante me embarcaré hacia Lisboa.

—Yo voy hasta Zaragoza —dijo el navarro—. Allí buscaré la manera de llegar a Sangüesa, bueno cerca, a Javier, voy a visitar a los Azpilicueta, unos amigos con los que me he carteado todos estos meses. Si vais para la colegiata, os podemos llevar.

—No sé dónde voy, pero acepto. Sois la respuesta a mis plegarias. Qué bueno que me adelantarais justo por donde caminaba yo.

—Mujer —dijo Jaso—, este es el único camino. Tarde o temprano íbamos a coincidir.

Conociendo el tedio que iba a suponer el viaje, aunque esta vez los días eran largos, la luz abundante y la lluvia escasa, uno de mis compañeros, supongo que fue Tallero, sacó el tema.

—Vaya lío lo de don Salvador.

—¿Qué ha pasado con don Salvador? —respondió con la pregunta un resorte dentro de mí.

—Le pillaron con una mujer dentro del colegio —dijo Tallero, con la alegría del que cuchichea un chismorreo fresco.

—Don Salvador —corrigió don Juan— admitió que hablaba con una mujer dentro del colegio. Nada más.

—Que os lo cuente don Juan, que fue quien le defendió.

—Don Pedro, sabéis que no discuto mis casos.

—¡Por favor, don Juan! —interrumpí con un tono que sorprendió a mis compañeros de viaje—. No entréis en detalles si no queréis, pero contadme. Sabéis que era gran amigo mío.

—Que conste que lo hago solo por aliviar el tedio del viaje. Don Salvador estuvo hablando con una mujer dentro del colegio en la noche del miércoles. Eso es, como sabéis, motivo de expulsión. Sin embargo, don Salvador se negó a declarar, y nadie pudo probar que fuera él quien hubiera metido a la mujer dentro de los muros. Hay un testimonio que asegura que la mujer trepó por el tejado como un gato y desapareció entre las sombras. Por resumir dos días de juicio intenso, don Salvador admitió que discutió con una mujer dentro de la capilla y que omitió dar la voz de alarma para el arresto e interrogatorio de esta. Como parte de la negociación, a cambio de no figurar como expulsado, don Salvador renunciaría a su estatus de colegial y se borraría cualquier referencia a que en este curso hubiera habido mujeres dentro del colegio, incluida vos, jovencita.

—No había nada que borrar —dije, o más bien se me escapó.

—¿Qué queréis decir?

Fue un nuevo desatino, en general, como llevaba desatinando todo el año. Ya tenía suficientes mentiras, así que aclaré mi comentario:

—Tuve ocasión de leer el *Liber Rebus Gestis*. Allí no aparece ninguna mención de que hubo cinco mujeres trabajando en el último curso.

Creo que les dejé bastante asombrados, porque guardaron silencio durante un rato. Para romperlo hice una pregunta al azar sobre un tema trivial que no me importaba nada:

—Y de Salva, ¿se sabe algo? De don Salvador, quiero decir.

—Que abandonó el colegio. Ahora tengo todo el verano para preparar la apelación, si es que ese leonés cabezota quiere hacer las cosas bien.

—Don Juan —dije—, si necesitáis ayuda para revisar escritos en vuestra apelación, hacédmelo saber.

Pasaron los días. El viaje en sí era mucho más alegre que el que nos había traído hacía unos meses. La tristeza me la traje yo conmigo. Por fin entramos en el Rosellón y mi tristeza se fue apagando. Paramos a repostar en Perpiñán y para cuando cuatro días después llegamos a Barcelona, donde hicimos noche en la Posada del Mar, a mí ya me había vuelto la alegría. Esa alegría del que vuelve a casa después de un tiempo. En la posada, Tallero se quedaría en busca de un pasaje a Lisboa y nosotros al día siguiente seguiríamos en el carruaje hasta Zaragoza. En la cena, por nostalgia supongo, pues todo el viaje no era más que un devenir de nostalgia y recuerdos, en el cálido saboreo de unos vinos, me vino a la cabeza lo que compartí con mis compañeros de viaje:

—Don Pedro, en esta ciudad es donde os vi por primera vez.

—Es verdad, lo recuerdo —contestó Tallero.

—¿Qué fue del señor Palomo? —preguntó don Juan.

—El domingo que partimos —respondió el portugués— estuve con él. Por casualidad andaba en Bolonia. Así me pude despedir. Él también dejaba la ciudad para ir a Florencia a buscar a un amigo suyo.

—Ya —dije divertida—, a ese que perseguía durante meses de acá para allá en toda la península itálica.

—Sí —dijo don Pedro mientras apuraba el vino—, Toscanelli se llamaba el amigo misterioso. Palomo, que, por cierto, ya no se llama así porque ahora usa su nombre en la lengua toscana, estaba muy contento porque iba a conseguir una carta de navegación. Esas cosas que a él le gustaban.

Terminamos la jornada entre risas; fue muy agradable tener el tiempo de despedirme del señor Tallero. Un gran tipo.

A la mañana siguiente partimos el navarro y yo con destino a Zaragoza. En Zaragoza conocimos al nuevo colegial. Un señor serio y recto, como todos, llamado don Pedro de Arbués. El aragonés era un filósofo que daba gusto oírle, me recordaba a mi maestro don Martín, pero más ameno y profundo a la vez. Juan estuvo charlando amistosamente con él. Empezaron hablando del colegio y

terminaron, algún vino de por medio, hablando sobre la mentira y lo esclavizante que resulta. Aunque tuvieron la deferencia de invitarme a su mesa, yo me limité a oír, ver y callar, como siempre, pero pensando: «*Veritas vos liberabit*, la verdad os hará libres». Después de cederle nuestro vehículo al nuevo colegial y descansar en la ciudad del Ebro, encontramos un par de pollinos a buen precio, que pagó el navarro, «en avance de futuros trabajos de copia y traducción», y partimos Ebro arriba.

Al no utilizar el carruaje del colegio, me sentí libre de toda vinculación con la institución. Entonces fue cuando reflexioné sobre lo que le iba a decir a mi tío o a Chacón. Que el colegio era un nido de estudiantes geniales. Pero que dentro de su genio eran hombres normales. Que el rector era un colegial más que discutía con sus compañeros de los problemas que les apremiaban. Que el más veterano y respetado de los colegiales creía que se le había aparecido el diablo. Que, al más docto en la gramática latina, le tenías que parar los pies porque se le iban las manos. Que el más cerrado aragonés era el orador en latín más brillante, que al conocido cristiano joven le había llevado el mismísimo séquito del arzobispo Carrillo, o que el mejor jurista español no era ni castellano, ni portugués, ni aragonés, sino navarro. Más les valía dejar al colegio seguir como estaba si querían que durara otros cien años nutriendo de altos funcionarios a la administración.

Nos desviamos hacia Ejea y después pusimos rumbo a Sos. En el puerto de Sos compartí una reflexión con mi amigo Juan:

—Don Juan, creo que no voy a mentir nunca más.

Don Juan me miró y sonrió, y en su sapiencia, no dijo nada. Sin embargo, algo dentro de él, ahora que llegábamos al final del viaje, le impulsó a decirme:

—Sabéis, Malena, lo que más me preocupa de Salva es cómo va a justificar las semillas de cicuta que llevaba encima la noche que le capturaron.

Al cruzar Sos, último pueblo de Aragón, entramos en Navarra y me volví a acordar de Chacón. ¿Cómo le iba a explicar esos sucesos raros por los que me envió a Bolonia? Con toda sencillez le

respondería que el principal sospechoso de haber matado al mayordomo era el médico más leal y fiel que había conocido.

Llegamos a Javier. Allí, en la puerta del castillo, don Juan me preguntó:

—¿Seguís a la colegiata?

—No.

FIN.

# NOTA DEL AUTOR

Este autor y esta novela no tienen ninguna relación con el Real Colegio Mayor de San Clemente. No es más que una novela de ficción. Escribo estas líneas en los tiempos en que están floreciendo las herramientas de grandes modelos de lenguaje —LLM's en inglés— o inteligencia artificial, la cual crea una incertidumbre en muchas áreas del trabajo humano, incluida la escritura de historias. Todo el texto ha sido escrito por mí; sin embargo, estas herramientas han sido una bendición a la hora de buscar documentación y de traducir las imágenes de los documentos antiguos que he encontrado.

Así, he podido encontrar documentación de muchos de los personajes reales que salen en esta novela.

Entre los reales de los que existen biografías están Juan de Jaso, Antonio de Nebrija, Rodrigo de Santaella, Martín García Puyazuelo y Pedro de Arbués. Y de los personajes que he usado de apoyo: Gonzalo Chacón, su sobrino Gutierre de Cárdenas y fray Antonio de Marchena. Estudió por esa época un Pedro de Mendoza que tenía fama de violento y también un notario del colegio llamado don Juan Bernardo de la Fita Jiménez, y tengo entendido que, en julio de 1468, en el libro de cosas ocurridas en el colegio, apuntó que, a las nueve de la noche, en medio de una terrible tempestad, el diablo se le había aparecido en el campanario pronunciando las palabras «*Venite, venite*». No he querido comprobarlo, para mí *è ben trovato.*

Son personajes de ficción la gobernanta y las camareras. Tallero: hubo en San Clemente un estudiante portugués llamado Pedro Tallero, pero yo lo he movido convenientemente unos años. También

son de mi invención Salva, Giorgio, Braulio, el rector, el ecónomo y los motes. Los motes son responsabilidad de este que les escribe.

Escribir esta novela me ha supuesto un esfuerzo considerable, y en este tiempo de atajos, me doy cuenta de que me queda mucho por aprender de este arte de inventar historias, porque no soy capaz de expresar el agradecimiento que siento porque haya leído hasta aquí. Si le ha gustado la novela, dígalo. Y si no, admiro su paciencia.

Sinceramente,

Íñigo R-Rovira

¿Y qué fue del señor Palomo? Eso mejor que os lo cuente Male.

# BONUS: EL PUENTE DE LOS PINOS

El cuarto día del mes de marzo del año de nuestro señor de 1492, viajaba yo por la sierra de la Elvira camino a la corte, que en ese momento se encontraba en Santa Fe, ciudad levantada para la conquista de Granada. El camino para los que veníamos de Castilla, tras pasar por Alcaudete y Alcalá la Real, atravesaba la citada sierra. Todo ese trayecto me recordó lo que contaba mi tío de la batalla de la Higueruela de 1431. Como hacía bueno, después de un invierno de perros que estábamos teniendo más al norte, yo iba en el pescante de la calesa disfrutando de los rayos del sol. Para traspasar el río Cubillas, que atravesaba un pinar, solo había un puente, así que todos los transeúntes que íbamos de Castilla a la corte de Santa Fe, pasábamos por ese estrecho pasadero. En el margen del puente por el que veníamos, unas edificaciones habían hecho un claro en el pinar. Lo vi de lejos. Venía en sentido contrario, acompañado por un mozo de mulas, pero lo reconocí al instante, veintitrés años después, a pesar de que él llevaba la cabeza baja, el pelo entrecano y la mirada perdida.

—¿Señor Palomo?

No dijo nada, solo levantó la mirada, arrugó sus ojos claros. Confuso dudó:

—¿Malena?... ¿Señora Malena?

Ordené detener la calesa y me apeé a toda prisa para saludarle.

—¡Qué alegría veros! ¡Cuántos años! De viaje, como siempre, ¿a dónde os dirigís esta vez?

—A Francia.

Nos pusimos al día en un momento, me contó que había estado alojado por su amigo el fraile de Marchena y fue entonces cuando me pareció escuchar el galope, al principio como rumor lejano, al que no hicimos caso, porque nuestra conversación continuó.

—Señora, a propósito de la promesa que os hice. No va a poder ser.

—Me disteis vuestra palabra. Jurasteis a conciencia. Para los reinos de España.

—Lo sé, pero me niego a volver a esa corte ni aunque me fuercen. Son unos testarudos, unos ignorantes y no entienden nada. Y Dios es testigo que lo he intentado.

—¡Señor Palomo! Intentadlo mejor.

Tuve que levantar un poco la voz porque el galope ya era tropel tronador. Tres jinetes con los colores de Castilla se disponían a cruzar el puente.

—Por cierto, señora, hace mucho tiempo que nadie me llama así, en Italia me cambié el nombre por el mismo, pero en toscano y al llegar a Castilla lo acorté para que sonara más castellano.

—¿Y cómo os llaman ahora?

—¡Alto! —gritó uno de los tres jinetes.

Se detuvieron junto a nosotros. Por un momento me asusté y estuve a punto de protestar. Rodearon al señor Palomo y el jinete que llevaba la voz preguntó:

—¿Sois el señor Colón? ¿Cristóbal Colón?

—Así es.

—La reina os concede nueva audiencia.

Magdalena d Q. Granada, A.D. 1493

*¡Atención, la pagina anterior es el final y contiene espoilers!*

*Vuelve  a la posición original haciendo clic en el número de la nota.*

---

[1] ¿Juras decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, según tu conciencia, así te ayude Dios?
[2] Juro.

[3] Dios, protégenos.
[4] Siempre que no perjudiquen, contradigan o se opongan de algún modo a estos nuestros estatutos.

# AGRADECIMIENTOS

A mis padres y hermanos, por el apoyo continuo.
A los amigos lectores de los borradores, por los bodrios que os mando hasta que sale algo legible.

Por su trabajo profesional:

A Pedro Viejo, que es el artista de la cubierta.

A José Antonio González Salgado, que deja el texto como una patena y, si aun así hay algún error, estén seguros de que es en la trascripción.

A Lucía de Antonio Rodríguez, por las ilustraciones de interior.